



**Comunidad
de Madrid**

**XXVII CERTAMEN DE TEATRO ESCOLAR
DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

MODALIDAD

SECUNDARIA - TEATRO EN ESPAÑOL

Teatro Clásico

del Siglo de Oro

(o pertenecientes a la tradición del siglo de Oro)

Repertorio de textos dramáticos

Curso 2019/2020

**Consejería de Educación y Juventud
Dirección General de Bilingüismo y Calidad de la
Enseñanza**



CUESTIONES PREVIAS

Selección de los textos

La Consejería de Educación y Juventud ha pedido asesoramiento a la Real Escuela Superior de Arte Dramático (RESAD) para efectuar la selección de los textos dramáticos que se proponen en esta convocatoria. Este asesoramiento, junto con la selección de un número determinado de textos, ha sido fundamental para conseguir que todas las posibles actuaciones tengan un mismo grado de dificultad, y que de este modo los criterios de valoración del jurado sean homogéneos.

Representación de escenas del Siglo de Oro o pertenecientes a esa tradición

Los actores no se limitarán a leer expresivamente, sino que deberán interpretar la escena seleccionada, que debe estar dentro de las propuestas para el certamen. No podrán recurrir a ningún soporte escrito durante su interpretación.

Vestuario

Aunque no es obligatorio, sí recomendable el uso de vestuario adecuado a la obra.

Escenografía

Las representaciones de las escenas del Siglo de Oro se hacen fuera del centro escolar, en un lugar que determina la Consejería de Educación y Juventud. Por eso, el director del montaje ha de valorar la incorporación de elementos escénicos fácilmente movibles.

Lugar y fecha de la representación

A la vista de las solicitudes recibidas, la Consejería de Educación y Juventud organizará el calendario y el o los lugares en los que los centros participantes representarán sus montajes. La comunicación de los mismos se hará con suficiente antelación.

Numeración de los versos

La Consejería de Educación y Juventud ha respetado los criterios seguidos por las distintas editoriales.



Selección de textos dramáticos

TEXTO DRAMÁTICO Nº 1 - Entremeses: El viejo celoso (1)	4
TEXTO DRAMÁTICO Nº 2 - Entremeses: El viejo celoso (2)	8
TEXTO DRAMÁTICO Nº 3 - El Caballero de Olmedo	14
TEXTO DRAMÁTICO Nº 4 - La discreta enamorada (1)	18
TEXTO DRAMÁTICO Nº 5 - La discreta enamorada (2)	24
TEXTO DRAMÁTICO Nº 6 - La dama boba	30
TEXTO DRAMÁTICO Nº 7 - La verdad sospechosa (1)	34
TEXTO DRAMÁTICO Nº 8 - La verdad sospechosa (2)	40
TEXTO DRAMÁTICO Nº 9 - El alcalde de Zalamea (1)	43
TEXTO DRAMÁTICO Nº 10 - El alcalde de Zalamea (2)	46
TEXTO DRAMÁTICO Nº 11 - La vida es sueño (1)	50
TEXTO DRAMÁTICO Nº 12 - La vida es sueño (2)	56
TEXTO DRAMÁTICO Nº 13 - La vida es sueño (3)	61
TEXTO DRAMÁTICO Nº 14 - No hay burlas con el amor	64
TEXTO DRAMÁTICO Nº 15 - La dama duende (1)	68
TEXTO DRAMÁTICO Nº 16 - La dama duende (2)	76
TEXTO DRAMÁTICO Nº 17 - Casa con dos puertas mala es de guardar (1)	82
TEXTO DRAMÁTICO Nº 18 - Casa con dos puertas mala es de guardar (2)	89
TEXTO DRAMÁTICO Nº 19 - Casa con dos puertas mala es de guardar (3)	103
TEXTO DRAMÁTICO Nº 20 - El vergonzoso en palacio (1)	118
TEXTO DRAMÁTICO Nº 21 - El vergonzoso en palacio (2)	124
TEXTO DRAMÁTICO Nº 22 - El vergonzoso en palacio (3)	128
TEXTO DRAMÁTICO Nº 23 - El vergonzoso en palacio (4)	132
TEXTO DRAMÁTICO Nº 24 - Marta la Piadosa	139
TEXTO DRAMÁTICO Nº 25 - El burlador de Sevilla	145
TEXTO DRAMÁTICO Nº 26 - El castigo del penseque (1)	149
TEXTO DRAMÁTICO Nº 27 - El castigo del penseque (2)	153
TEXTO DRAMÁTICO Nº 28 - El lindo Don Diego	159
TEXTO DRAMÁTICO Nº 29 - Don Juan Tenorio (1)	165
TEXTO DRAMÁTICO Nº 30 - Don Juan Tenorio (2)	168
TEXTO DRAMÁTICO Nº 31 - Don Juan Tenorio (3)	174
TEXTO DRAMÁTICO Nº 32 - Angelina o el honor de un brigadier	183
TEXTO DRAMÁTICO Nº 33 - Bodas de Sangre	193
TEXTO DRAMÁTICO Nº 34 - La Marquesa Rosalinda (1)	198
TEXTO DRAMÁTICO Nº 35 - La Marquesa Rosalinda (2)	203



**Comunidad
de Madrid**

**CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Y JUVENTUD**

Dirección General de Bilingüismo y
Calidad de la Enseñanza



TEXTO DRAMÁTICO Nº 1 - Entremeses: El viejo celoso (1)

Autor: Miguel de Cervantes Saavedra

Edición: Edición de Antonio Rey Hazas

Editorial: Alianza editorial; 2ª edición 2015; Madrid

Salen Doña Lorenza y Cristina, su criada, y Hortigosa, su vecina.

Doña Lorenza: Milagro ha sido éste, señora Hortigosa, el no haber dado la vuelta a la llave mi duelo, mi yugo y mi desesperación. Éste es el primero día, después que me casé con él, que hablo con persona de fuera de casa; que fuera le vea yo desta vida a él y a quien con él me casó.

Hortigosa: Ande, mi señora doña Lorenza, no se queje tanto; que con una caldera vieja se compra otra nueva.

Doña Lorenza: Y aun con esos y otros semejantes villancicos o refranes me engañaron a mí; que malditos sean sus dineros, fuera de las cruces, malditas sus joyas, malditas sus galas, y maldito todo cuanto me da y promete. ¿De qué me sirve a mí todo aquesto, si en mitad de la riqueza estoy pobre y en medio de la abundancia con hambre?

Cristina: En verdad, señora tía, que tienes razón, que más quisiera yo andar con un trapo atrás y otro adelante, y tener un marido mozo, que verme casada y enlodada con ese viejo podrido que tomaste por esposo.

Doña Lorenza: ¿Yo le tomé, sobrina? A la fe, diómele quien pudo; y yo, como muchacha, fui más presta al obedecer que al contradecir, pero si yo tuviera tanta experiencia destas cosas, antes me tarazara la lengua con los dientes que pronunciar aquel sí, que se pronuncia con dos letras y da que llorar dos mil años; pero yo imagino que no fue otra cosa sino que había de ser ésta, y que las que han de suceder forzosamente no hay prevención ni diligencia humana que las prevenga.

Cristina: ¡Jesús y del mal viejo! Toda la noche: “Daca el orinal, toma el orinal; levántate, Cristinica, y caliéntame unos paños, que me muero de la ijada; dame aquellos juncos, que me fatiga la piedra”. Con más ungüentos y medicinas en el aposento que si fuera una botica; y yo, que apenas sé vestirme, tengo de servirle de enfermera. ¡Pux, pux, pux, viejo clueco, tan potroso como celoso, y el más celoso del mundo!



- Doña Lorenza:* Dice la verdad mi sobrina.
- Cristina:* ¡Pluguiera a Dios que nunca yo la dijera en esto!
- Hortigosa:* Ahora bien, señora doña Lorenza, vuesa merced haga lo que le tengo aconsejado, y verá cómo se halla muy bien con mi consejo. El mozo es como un ginjo verde, quiere bien, sabe callar y agradecer lo que por él se hace; y pues los celos y el recato del viejo no nos dan lugar a demandas ni a respuestas, resolución y buen ánimo: que, por la orden que hemos dado, yo le pondré al galán en su aposento de vuesa merced y le sacaré, si bien tuviese el viejo más ojos que Argos y viese más que un zahorí, que dicen que ve siete estados debajo de la tierra.
- Doña Lorenza:* Como soy primeriza, estoy temerosa, y no querría, a trueco del gusto, poner a riesgo la honra.
- Cristina:* Eso me parece, señora tía, a lo del cantar de Gómez Arias:
- Señor Gómez Arias,
doleos de mí;
soy niña y muchacha,
nunca en tal me vi.
- Doña Lorenza:* Algún espíritu malo debe de hablar en ti, sobrina, según las cosas que dices.
- Cristina:* Yo no sé quién habla; pero yo sé que haría todo aquello que la señora Hortigosa ha dicho, sin faltar punto.
- Doña Lorenza:* ¿Y la honra, sobrina?
- Cristina:* ¿Y el holgarnos, tía?
- Doña Lorenza:* ¿Y si se sabe?
- Cristina:* ¿Y si no se sabe?
- Doña Lorenza:* ¿Y quién me asegura a mí que no se sepa?
- Hortigosa:* ¿Quién? La buena diligencia, la sagacidad, la industria y, sobre todo, el buen ánimo y mis trazas.



- Cristina:* Mire, señora Hortigosa, tráyanosle galán, limpio, desenvuelto, un poco atrevido y, sobre todo, mozo.
- Hortigosa:* Todas esas partes tiene el que he propuesto, y otras dos más: que es rico y liberal.
- Doña Lorenza:* Que no quiero riquezas, señora Hortigosa, que me sobran las joyas y me ponen en confusión las diferencias de colores de mis muchos vestidos; hasta eso no tengo que desear, que Dios le dé salud a Cañizares: más vestida me tiene que un palmito, y con más joyas que la vidriera de un platero rico. No me clavara él las ventanas, cerrara las puertas, visitara a todas horas la casa, desterrara della los gatos y los perros, solamente porque tienen nombre de varón, que a trueco de que no hiciera esto y otras cosas no vistas en materia de recato, yo le perdonara sus dádivas y mercedes.
- Hortigosa:* ¿Que tan celoso es?
- Doña Lorenza:* Digo que le vendían el otro día una tapicería a bonísimo precio, y por ser de figuras no la quiso, y compró otra de verduras por mayor precio, aunque no era tan buena. Siete puertas hay antes que se llegue a mi aposento, fuera de la puerta de la calle, y todas se cierran con llave; y las llaves no me ha sido posible averiguar dónde las esconde de noche.
- Cristina:* Tía, la llave de loba creo que se la pone entre las faldas de la camisa.
- Doña Lorenza:* No lo creas, sobrina; que yo duermo con él y jamás le he visto ni sentido que tenga llave alguna.
- Cristina:* Y más, que toda la noche anda como trasgo por toda la casa, y si acaso dan alguna música en la calle, les tira de pedradas porque se vayan: es un malo, es un brujo; es un viejo, que no tengo más que decir.
- Doña Lorenza:* Señora Hortigosa, váyase, no venga el gruñidor y la halle conmigo, que sería echarlo a perder todo; y lo que ha de hacer, hágalo luego, que estoy tan aburrída que no me falta sino echarme una soga al cuello, por salir de tan mala vida.
- Hortigosa:* Quizá con esta que ahora se comenzará, se le quitará toda esa mala gana y le vendrá otra más saludable y que más le contente.



- Cristina:* Así suceda, aunque me costase a mí un dedo de la mano, que quiero mucho a mi señora tía, y me muero de verla tan pensativa y angustiada en poder deste viejo y reviejo, y más que viejo; y no me puedo hartar de decille viejo.
- Doña Lorenza:* Pues en verdad que te quiere bien, Cristina.
- Cristina:* ¿Deja por eso de ser viejo? Cuanto más, que yo he oído decir que siempre los viejos son amigos de niñas.
- Hortigosa:* Así es la verdad, Cristina, y adiós, que en acabando de comer, doy la vuelta. Vuesa merced esté muy en lo que dejamos concertado, y verá cómo salimos y entramos bien en ello.
- Cristina:* Señora Hortigosa, hágame merced de traerme a mí un frailecico pequeñito, con quien yo me huelgue.
- Hortigosa:* Yo se le traeré a la niña pintado.
- Cristina:* ¡Que no le quiero pintado, sino vivo, vivo, chiquito como unas perlas!
- Doña Lorenza:* ¿Y si lo vee tío?
- Cristina:* Diréle yo que es un duende, y tendrá dél miedo, y holgareme yo.
- Hortigosa:* Digo que yo le trairé, y adiós.
- Vase Hortigosa.*
- Cristina:* Mire tía: si Hortigosa trae al galán y a mi frailecico, y si señor los viere, no tenemos más que hacer sino cogerle entre todos y ahogarle, y echarle en el pozo o enterrarle en la caballeriza.
- Doña Lorenza:* Tal eres tú, que creo lo harías mejor que lo dices.
- Cristina:* Pues no sea él viejo celoso, y déjenos vivir en paz, pues no le hacemos mal alguno y vivimos como unas santas.



TEXTO DRAMÁTICO Nº 2 - Entremeses: El viejo celoso (2)

Autor: Miguel de Cervantes Saavedra

Edición: Edición de Antonio Rey Hazas

Editorial: Alianza editorial; 2ª edición 2015; Madrid

Entra Cañizares.

Cañizares: ¿Con quién hablábades, doña Lorenza?

Doña Lorenza: Con Cristinica hablaba.

Cañizares: Miradlo bien, doña Lorenza.

Doña Lorenza: Digo que hablaba con Cristinica. ¿Con quién había de hablar?
¿Tengo yo, por ventura, con quién?

Cañizares: No querría que tuviédes algún soliloquio con vos misma que
redundase en mi perjuicio.

Doña Lorenza: Ni entiendo esos circunloquios que decís, ni aun los quiero
entender; y tengamos la fiesta en paz.

Cañizares: Ni aun las vísperas no querría yo tener en guerra con vos; pero
¿quién llama a aquella puerta con tanta priesa? Mira, Cristinica,
quien es, y si es pobre, dale limosna y despídele.

Cristina: ¿Quién está ahí?

Hortigosa: La vecina Hortigosa es, señora Cristina.

Cañizares: ¿Hortigosa y vecina? Dios sea conmigo.
Pregúntale, Cristina, lo que quiere, y dáselo, con condición que
no atraviese esos umbrales.

Cristina: ¿Y qué quiere, señora vecina?

Cañizares: El nombre de la vecina me turba y sobresalta; llámala por su
propio nombre, Cristina.

Cristina: Responda: ¿y qué quiere, señora Hortigosa?



Hortigosa: Al señor Cañizares quiero suplicar un poco, en que me va la honra, la vida y el alma.

Cañizares: Decidle, sobrina, a esa señora, que a mí me va todo eso y más en que no entre acá dentro.

Doña Lorenza: ¡Jesús, y qué condición tan extravagante! ¿Aquí no estoy delante de vos? ¿Hanme de comer de ojo? ¿Hanme de llevar por los aires?

Cañizares: ¡Entre con cien mil Bercebuyes, pues vos lo queréis!

Cristina: Entre, señora vecina.

Cañizares: ¡Nombre fatal para mí es el de vecina!

Entra Hortigosa, y trae un guadamecí y en las pieles de las cuatro esquinas han de venir pintados Rodamonte, Mandricardo, Rugero y Gradaso; y Rodamonte venga pintado como arrebozado.

Hortigosa: Señor mío de mi alma, movida y incitada de la buena fama de vuesa merced, de su gran caridad y de sus muchas limosnas, me he atrevido de venir a suplicar a vuesa merced me haga tanta merced, caridad y limosna y buena obra de comprarme este guadamecí, porque tengo un hijo preso por unas heridas que dio a un tundidor, y ha mandado la justicia que declare el cirujano, y no tengo con qué pagalle, y corre peligro no le echen otros embargos, que podrían ser muchos, a causa que es muy travieso mi hijo; y querría echarle hoy o mañana, si fuese posible, de la cárcel. La obra es buena, el guadamecí nuevo, y con todo eso, le daré por lo que vuesa merced quisiere darme por él, que en más está la monta, y como esas cosas he perdido yo en esta vida. Tenga vuesa merced desa punta, señora mía, y descojámosle, por que no vea el señor Cañizares que hay engaño en mis palabras; alce más, señora mía, y mire cómo es bueno de caída, y las pinturas de los cuadros parece que están vivas.

Al alzar y mostrar el guadamecí, entra por detrás dél un galán; y, como Cañizares ve los retratos, dice:

Cañizares: ¡Oh, qué lindo Rodamonte! ¿Y qué quiere el señor rebozadito en mi casa? Aun si supiese que tan amigo soy yo destas cosas y destos rebocitos, espantarse ía.



- Cristina:* Señor tío, yo no sé nada de rebozados; y si él ha entrado en casa, la señora Hortigosa tiene la culpa, que a mí, el diablo me lleve si dije ni hice nada para que él entrase; no, en mi conciencia, aun el diablo sería si mi señor tío me echase a mí la culpa de su entrada.
- Cañizares:* Ya yo lo veo, sobrina, que la señora Hortigosa tiene la culpa; pero no hay de qué maravillarme, porque ella no sabe mi condición ni cuán enemigo soy de aquestas pinturas.
- Doña Lorenza:* Por las pinturas lo dice, Cristinica, y no por otra cosa.
- Cristina:* Pues por esas digo yo. ¡Ay, Dios sea conmigo! Vuelto se me ha el ánima al cuerpo, que ya andaba por los aires.
- Doña Lorenza:* ¡Quemado vea yo ese pico de once varas! En fin, quien con muchachos se acuesta, etc.
- Cristina:* ¡Ay, desgraciada, y en qué peligro pudiera haber puesto toda esta baraja!
- Cañizares:* Señora Hortigosa, yo no soy amigo de figuras rebozadas ni por rebozar; tome este doblón, con el cual podrá remediar su necesidad, y váyase de mi casa lo más presto que pudiere, y ha de ser luego, y llévese su guadamecí.
- Hortigosa:* Viva vuesa merced más años que Matute el de Jerusalén, en vida de mi señora doña... no sé cómo se llama, a quien suplico me mande, que la serviré de noche y de día, con la vida y con el alma, que la debe de tener ella como la de una tortolica simple.
- Cañizares:* Señora Hortigosa, abrevie y váyase, y no se esté agora juzgando almas ajenas.
- Hortigosa:* Si vuesa merced hubiera menester algún pegadillo para la madre, téngolos milagrosos; y, si para mal de muelas, sé unas palabras que quitan el dolor como con la mano.
- Cañizares:* Abrevie, señora Hortigosa, que doña Lorenza, ni tiene madre ni dolor de muelas, que todas las tiene sanas y enteras, que en su vida se ha sacado muela alguna.
- Hortigosa:* Ella se las sacará, placiendo al cielo, porque le dará muchos años de vida, y la vejez es la total destrucción de la dentadura.



- Cañizares:* ¡Aquí de Dios! ¿Que no será posible que me deje esta vecina?
¡Hortigosa, o diablo, o vecina, o lo que eres, vete con Dios y déjame en mi casa!
- Hortigosa:* Justa es la demanda, y vuesa merced no se enoje, que ya me voy.

Vase Hortigosa.
- Cañizares:* ¡Oh vecinas, vecinas! Escaldado quedo aun de las buenas palabras desta vecina, por haber salido por boca de vecina.
- Doña Lorenza:* Digo que tenéis condición de bárbaro y de salvaje; y ¿qué ha dicho esta vecina para que quedéis con la ojeriza contra ella? Todas vuestras buenas obras las hacéis en pecado mortal: dístele dos docenas de reales, acompañados con otras dos docenas de injurias, ¡boca de lobo, lengua de escorpión y silo de malicias!
- Cañizares:* No, no, a mal viento va esta parva; no me parece bien que volváis tanto por vuestra vecina.
- Cristina:* Señora tía, éntrese allí dentro y desenójese, y deje a tío, que parece que está enojado.
- Doña Lorenza:* Así lo haré, sobrina; y aun quizá no me verá la cara en estas dos horas; y a fe que yo se la dé a beber, por más que la rehúse.

Éntrase Doña Lorenza.
- Cristina:* Tío, ¿no ve cómo ha cerrado de golpe? Y creo que va a buscar una tranca para asegurar la puerta.

Doña Lorenza por dentro.
- [Doña Lorenza]:* ¿Cristinica? ¿Cristinica?
- Cristina:* ¿Qué quiere, tía?
- Doña Lorenza:* ¡Si supieses qué galán me ha deparado la buena suerte! Mozo, bien dispuesto, pelinegro y que le huele la boca a mil azahares.



- Cristina:* ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! ¿Está loca, tía?
- Doña Lorenza:* No estoy sino en todo mi juicio, y en verdad que si le vieses, que se te alegrase el alma.
- Cristina:* ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Ríñala, tío, porque no se atreva, ni aun burlando, a decir deshonestidades.
- Cañizares:* ¿Bobear, Lorenza? Pues a fe que no estoy yo de gracia para sufrir esas burlas.
- Doña Lorenza:* Que no son sino veras, y tan veras que, en este género, no pueden ser mayores.
- Cristina:* ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Y dígame, tía, ¿está ahí también mi frailecito?
- Doña Lorenza:* No, sobrina; pero otra vez vendrá si quiere Hortigosa, la vecina.
- Cañizares:* Lorenza, di lo que quisieres, pero no tomes en tu boca el nombre de vecina, que me tiemblan las carnes en oírle.
- Doña Lorenza:* También me tiemblan a mí, por amor de la vecina.
- Cristina:* ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías!
- Doña Lorenza:* Ahora echo de ver quién eres, viejo maldito, que hasta aquí he vivido engañada contigo.
- Cristina:* Ríñala, tío, ríñala, tío; que se desvergüenza mucho.
- Doña Lorenza:* Lavar quiero a un galán las pocas barbas que tiene con una bacía llena de agua de ángeles, porque su cara es como la de un ángel pintado.
- Cristina:* ¡Jesús, y qué locuras y qué niñerías! Despedácela, tío.
- Cañizares:* No la despedazaré yo a ella, sino a la puerta que la encubre.
- Doña Lorenza:* No hay para qué: vela aquí abierta; entre, y verá como es verdad cuanto le he dicho.
- Cañizares:* Aunque sé que te burlas, sí entraré para desenojarte.



Al entrar Cañizares, danle con una bacía de agua en los ojos; él vase a limpiar; acuden sobre él Cristina y Doña Lorenza, y en este ínterim sale el galán y vase.

Cañizares: ¡Por Dios, que por poco me cegaras, Lorenza! Al diablo se dan las burlas que se arremeten a los ojos.

Doña Lorenza: ¡Mirad con quién me casó mi suerte, sino con el hombre más malicioso del mundo! ¡Mirad cómo dio crédito a mis mentiras, por su menoscabo, fundadas en materia de celos, que menoscabada y asendereada sea mi ventura! Pagad vosotros, cabellos, las deudas deste viejo; llorad vosotros, ojos, las culpas deste maldito; mirad en lo que tiene mi honra y mi crédito, pues de las sospechas hace certezas, de las mentiras verdades, de las burlas veras y de los entretenimientos maldiciones. ¡Ay, que se me arranca el alma!

Cristina: Tía, no dé tantas voces, que se juntará la vecindad.



TEXTO DRAMÁTICO Nº 3 - El Caballero de Olmedo

Autor: Lope de Vega

Edición: Edición de Francisco Rico

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

Acto primero

Salen Don Alonso, Tello y Fabia.

- Fabia:* Cuatro mil palos me han dado.
- Tello:* ¡Lindamente negociaste!
- Fabia:* Si tú llevaras los medios... 535
- Alonso:* Ello ha sido disparate
que yo me atreviese al cielo.
- Tello:* Y que Fabia fuese el ángel,
que al infierno de los palos
cayese por levantarte. 540
- Fabia:* ¡Ay, pobre Fabia!
- Tello:* ¿Quién fueron
los crueles sacristanes
del facistol de tu espalda?
- Fabia:* Dos lacayos y tres pajes.
Allá he dejado las tocas 545
y el monjil hecho seis partes.
- Alonso:* Eso, madre, no importara,
si a tu rostro venerable
no se hubieran atrevido. 550
¡Oh, qué necio fue en fiarme
de aquellos ojos traidores,
de aquellos falsos diamantes,
niñas que me hicieron señas
para engañarme y matarme!
Yo tengo justo castigo. 555
Toma este bolsillo, madre...
y ensilla, Tello, que a Olmedo
nos hemos de ir esta tarde.



- Tello:* ¿Cómo, si anochece ya?
- Alonso:* Pues ¿qué, quieres que me mate? 560
- Fabia:* No te aflijas, moscatel,
Ten ánimo, que aquí trae
Fabia tu remedio. Toma.
- Alonso:* ¡Papel!
- Fabia:* Papel.
- Alonso:* No me engañes.
- Fabia:* Digo que es suyo, en repuesta 565
de tu amoroso romance.
- Alonso:* Hinca, Tello, la rodilla.
- Tello:* Sin leer no me lo mandes,
que aun temo que hay palos dentro,
pues en mondadientes caben. 570

Lea

- Alonso:* «Cuidadosa de saber si sois quien pre-
sumo, y deseando que lo seáis, os supli-
co que vais esta noche a la reja del
jardín desta casa, donde hallaréis atado
el listón verde de las chinelas, y ponéos-
le mañana en el sombrero para que os
conozca».
- Fabia:* ¿Qué te dice?
- Alonso:* Que no puedo
pagarte ni encarecerte
tanto bien.
- Tello:* Ya desta suerte
no hay que ensillar para Olmedo.
¿Oyen, señores rocines? 575
Sosiéguese, que en Medina
nos quedamos.
- Alonso:* La vecina
noche, en los últimos fines
con que va espirando el día,



	vayas solo acompañarme.	
<i>Tello:</i>	Yo sabré muy bien guardarme de ir a esos pasos contigo. ¿Tienes seso?	605
<i>Fabia:</i>	Pues, gallina, adonde yo voy, ¿no iras?	
<i>Tello:</i>	Tú, Fabia, enseñada estás A hablar al diablo.	
<i>Fabia:</i>	Camina.	610
<i>Tello:</i>	Mándame a diez hombres juntos temerario acuchillar, y no me mandes tratar en materia de difuntos.	
<i>Fabia:</i>	Si no vas, tengo de hacer que el propio venga a buscarte.	615
<i>Tello:</i>	¡Qué tengo de acompañarte! ¿Eres demonio o mujer?	
<i>Fabia:</i>	Ven, llevarás la escalera, que no entiendes destes casos.	620
<i>Tello:</i>	Quien sube por tales pasos, Fabia, el mismo fin espera.	



TEXTO DRAMÁTICO Nº 4 - La discreta enamorada (1)

Autor: Lope de Vega

Edición: Quinta edición

Editorial: Espasa Calpe, S.A.; Colección Austral; 1981; Madrid

Acto primero, Escena IX

Lucindo, Hernando.

Lucindo: Aún no sale aquel galán.

Hernando: ¿Qué es salir? Está despacio.

Lucindo: Mis celos no me le dan.

Hernando: Es esta casa un palacio;
mostrándosele estarán.
En sólo ver niñerías
hay dos semanas enteras.
Andarán las galerías...
- Mejor esté yo en galeras,
que la sirviera dos días.

Lucindo: Si en galeras de Gerarda
anda al remo este dichoso
que agora en salir se tarda,
no sé yo cuál envidioso
a la ribera le aguarda.
¡Ay de mí, Hernando, que quiero
una mujer diestra, astuta,
de amor vano y lisonjero,
despejada y resoluta,
y con una alma de acero!

Hernando: Que el amor cause afición
está muy puesto en razón;
pero que el ser muy querido
descuido engendre y olvido,
efectos bastardos son.

Lucindo: Él sale, y ella se ha puesto a la ventana.

Hernando: Querrá verle galán y dispuesto.



Escena X

Doristeo, que sale con Finardo de casa de Gerarda, la cual se asoma a su ventana.-
DICHOS

- Gerarda:* (Aparte) Lucindo en la calle está.
- Lucindo:* ¡Tantas desdichas! ¿Qué es esto?
- Doristeo:* ¿No es gallarda?
- Finardo:* Es extremada.
¡Qué discreta y qué cortés!
- Doristeo:* Todo en su talle me agrada.
- Finardo:* (aparte a Doristeo)
¿Si es éste Lucindo?
- Doristeo:* Él es.
- Finardo:* ¿Si viene a sacar la espada?
- Doristeo:* Venga a lo que más quisiere;
yo sé que es aborrecido.
- Gerarda:* (Aparte.)
(Celoso está; desespere;
que por desdenes y olvido
yo sé lo que un hombre quiere.
Mas para picarle más,
quiero hablar con Doristeo,
a quien no quise jamás;
que por abreviar rodeo,
y por saltar vuelvo atrás).
¡Ah, caballero!
- Lucindo:* ¿Es a mí?
- Gerarda:* No os llamo, señor, a vos.
- Doristeo:* ¿Y a mí, señora?
- Gerarda:* A vos, sí.
- Lucindo:* ¿No ves aquello?
- Hernando:* Por Dios,



que es infamia estar aquí.

Lucindo: Buscaremos invención
para que entienda que vengo
aquí con otra ocasión.

Gerarda: (a *Doristeo*)
Salir esta noche tengo;
acompañarme es razón.

Doristeo: ¿Dónde iréis?

Gerarda: Pienso que al Prado.
Venid por mí.

Doristeo: Yo vendré.

Lucindo: Ir al Prado han concertado.

Hernando: Tú fueras mejor, a fe.
Tus mismos celos te han dado.

Doristeo: ¿Qué me mandáis más?

Gerarda: Serviros.

Doristeo: Adiós.

Finardo: ¿No nos quiere nada?

Doristeo: ¿Puedo irme?

Finardo: Podéis iros.

(*Vanse Doristeo y Finardo.*)

Escena XI

*Lucindo y Hernando, en la calle, Gerarda,
en la ventana*

Lucindo: ¿Que no he sacado la espada,
haciéndome tantos tiros?
Pues ¡vive Dios, que he de darte
celos, por ver si con celos
puedo a quererme obligarte,
ya que no quieren los cielos



que pueda amando obligarte!

Hernando: ¿Cómo se los piensas dar?

Lucindo: Quiero esta noche llevar
al Prado alguna mujer,
adonde me pueda ver
hablar, requebrar y amar.

Hernando: Y ¿quién ha de ser?

Lucindo: No sé.

Hernando: Hallarla será imposible.

Lucindo: No importa. -Yo te pondré
un manto...

Hernando: Doña Terrible
me podrás llamar.

Lucindo: Sí, haré.

Hernando: ¡Estás loco!

Lucindo: Pues, ¿qué importa?

Hernando: ¿No importa, si topo acaso
gente de palabras corta?

Lucindo: Saldré yo muy presto al paso.
Hernando, la voz reporta.
Llega, y habla esa mujer.
Pregunta si vio unas damas.

Hernando: Bien dices, déjame hacer.
Pues no agradas, porque amas,
celos serán menester.
-¡Ah, mi señora Gerarda!

Gerarda: ¿Eres tú, Hernando?

Hernando: Yo soy.

Gerarda: Tengo qué hacer.

Hernando: Oye, aguarda.

Gerarda: ¡Por ti en la ventana estoy!



- Hernando:* Eres discreta y gallarda.
Gerarda: ¿Qué quieres?
Hernando: Saber querría
en qué casas de éstas vive
cierta doña Estefanía,
porque un loco no me prive
de la ración de este día;
que me la mandó seguir,
y la perdí por mirarte.
- Gerarda:* ¡Oh, qué gracioso fingir!
Dígale a su Durandarte
que me suelo yo reír
de tretillas tan groseras.
¡Ah, mi señor Beltenebros!
¿Para qué son las quimeras?
Trueque celos en requiebros;
lléguese, hablemos de veras.
¿De qué se finge valiente,
si está, de verme, temblando?
Muestre el pulso. ¿A ver la frente?
¡Jesús, que se está abrasando!
¡Qué temerario accidente!
¡Hola!, lleva a aquel celoso
dos tragos de agua de azar.
- Hernando:* (*Aparte*) Macacao
- Gerarda:* ¡Cuento donoso!
¿Él me viene a amartelar?
- Lucindo:* Corrido estoy.
- Hernando:* Yo furioso.
¿Conoces algún poeta?
- Lucindo:* ¿Para qué?
Hernando: Para enviar
una sátira en receta
a esta bruja, o hazle dar
una hermosa cantaleta.
Haya pandorga esta noche;
yo compraré los cencerros,
aunque hasta el alba trasnoche.
Haya sábanas y entierros,
campanillas, hacha y coche.
¡Vive Dios!...



Lucindo: Calla, ignorante.
¡Ah, mi bien, ah, mi Gerarda!

Gerarda: ¿Llamas?

(Vase.)

Lucindo: ¿Quitaste delante?
-¿Adónde te vas? Aguarda.
Oye la voz de tu amante.
¿Para qué es matarme así?

Hernando: ¿Vive Estefanía aquí?
Lucindo: ¿Quieres callar, bestia?
Hernando: No.
Por aquí pienso que entró.

Lucindo: ¡Mi bien, duélete de mí!

Hernando: Tu padre.

Lucindo: ¡Válgame el cielo!



TEXTO DRAMÁTICO Nº 5 - La discreta enamorada (2)

Autor: Lope de Vega

Edición: Quinta edición

Editorial: Espasa Calpe, S.A.; Colección Austral; 1981; Madrid

Acto primero, Escena II

Lucindo, Hernando .- DICHOS

Lucindo: *(aparte a Hernando)*
Dijeron que llevarían
quien cantase.

Hernando: Ellos serán,
pues aquí cantando están.

Lucindo: Ni cantan mal ni porfían.

Hernando: Cesaron, como las aves
luego que alguno se acerca.

Lucindo: Llega y míralos más cerca.

Hernando: Plegue a Dios, señor, que acabes
de ser necio.

Lucindo: Si no es hora
para hablar con mi Fenisa,
¿qué importa, pues todo es risa?

Hernando: Celos ríen, y amor llora.
Yo paso a lo caballero
por delante; espera aquí.

Lucindo: Yo aguardo.

*(Pasa Hernando embozado por delante de los
sentados,
y vuélvese adonde quedó su amo)*

Finardo: ¿Qué mira así
este necio majadero?

Doristeo: Algo debe de buscar



que de casa se le fue.

Gerarda: Canta solo.

Liseo: Cantaré.

Gerarda: Sí; pero no has de templar.

Hernando: *(aparte a su amo)*
En la voz la conocí.

Lucindo: ¿Luego es Gerarda?

Hernando: Sin duda.

Lucindo: ¡Ay!

Hernando: ¿Es menester ayuda?

Lucindo: Y el otro ¿es su galán?

Hernando: Sí.

Lucindo: ¡Triste de mí!

Hernando: ¿Qué tenemos?
¿Date por ventura el parto?

Lucindo: Mientras más de ti me aparto,
más me acerco.

Hernando: Sin extremos;
que te podrá conocer.

Lucindo: ¿Está en su regazo?

Hernando: ¡Y cómo!

Lucindo: Celos por los ojos tomo,
y el alma comienza a arder,
¡oh veneno, que desalmas
La vida con tus enojos,
siendo la copa los ojos
donde le beben las almas,
nunca yo viniera acá!

Hernando: Vámonos de aquí, señor,
¿no es aquel ángel mejor,
que esperándonos está?



- Lucindo:* ¿Cuál ángel?
- Hernando:* Fenisa bella.
- Lucindo:* No estoy para hablar agora
con ángeles.
- Hernando:* Si te adora,
¿no será justo querella?
- Lucindo:* Esa peligro no corre;
que como es amor primero,
estará, como otra Hero,
aguardándome en la torre;
pero ésta que está en los brazos
deste venturoso amante,
si me descuido un instante,
haráme el alma pedazos.
¿Traes el manto?
- Hernando:* ¿Pues no?
- Lucindo:* Póntele.
- Hernando:* Gran mal recelo.
- Lucindo:* Haz saya del herrero.
- Hernando:* ¡Yo mujer! ¡Tu dama yo!
- Lucindo:* A esos árboles te ve,
y de mujer te disfraza.
- Hernando:* Voy; mas temo que esta traza...
- Lucindo:* Ve, majadero.
- Hernando:* Yo iré;
mas defenderme te toca,
y si hacerlo no quisieres,
no te espantes si me vieres
con la barriga a la boca.
- (Vase.)

Escena III



*Lucindo, en pie y lejos de Gerarda, Doristeo, Finardo,
Liseo y Fabio, sentados*

Lucindo: ¡Qué mal se cura amor con invenciones!
¡Que vano error sobresanar la herida,
si en las muertas cenizas escondida
la viva lumbre al corazón le pones!
Celos, desdenes, iras, sinrazones
tienen el alma alguna vez dormida:
mas ¿qué letargo habrá que no despida
la fuerza de celosas prevenciones?
¡Oh celos!, con razón os han llamado
mosquitos del amor, de amor desvelos:
el humo de su fuego os ha engendrado.
¿Qué importa que se duerma un hombre (¡oh cielos!),
de pesadumbres del amor cansado,
si con sus voces le despiertan celos?

Escena IV

*Hernando, con un manto puesto, y la capa por saya
Lucindo; y en el proscenio, Gerarda, Doristeo, Finardo,
Fabio y Liseo*

Hernando: (*aparte a Lucindo*)
¿Vengo bien?

Lucindo: Vienes tan bien,
que espero que bien me vaya.

Hernando: ¿Qué te parece la saya?

Lucindo: Muy bien.

Hernando: ¿Y el manto?

Lucindo: También.

Hernando: ¿No voy muy apetecible?

Lucindo: Vamos.

Hernando: En notables trabajos
me pone tu amor terrible.

(Acércanse a los otros cinco.)

Doristeo: Un galán con cierta dama



hacia donde estamos viene.

- Gerarda:* Gentil brío y arte tiene!
A fe que es ropa de fama.
- Doristeo:* ¿Cómo?
- Gerarda:* Diome el buen olor.
- Doristeo:* Tomó pastilla al salir.
- Finardo:* Pastilla y Prado es decir
que es dama...
- Doristeo:* ¿De qué?
- Finardo:* De amor.
- Doristeo:* A tu lado toma asiento.
- Gerarda:* ¡Qué de golpe se ha asentado!
- Finardo:* Debe de tener pesado
lo que es el quinto elemento.
- Lucindo:* *(a Hernando)*
Bella doña Estefanía,
¿qué os parece esta frescura?
- Hernando:* *(con voz de mujer)*
Fue mucha descompostura
venir aquí sin mi tía;
pero el mucho amor que os tengo
a más me puede obligar.
- Lucindo:* Señores, ¿quieren cantar?
- Hernando:* *(con voz de mujer)*
¿Déjanlo porque yo vengo?
- Gerarda:* *(aparte)*
Lucindo es éste. ¡Ay de mí!
Verdad sin duda sería
que aquella dama quería,
por quien preguntar le vi.
Celos que pensé fingidos
me han salido verdaderos.
¡Ay, amores lisonjeros,
de engaño y traición vestidos!



Entendíome ha la letra,
herido me ha por el filo,
vengóse del mismo estilo.

Hernando: *(aparte a Lucindo)*
Ya se altera y inquieta:
¿qué te parece el jarabe?

Lucindo: Que hace su operación.

Gerarda: *(Aparte. ¡Qué bien sabe dar pasión!*
¡Qué mal el tomarla sabe!)
Por vida de Doristeo,
que un poco de agua traigáis

Doristeo: Y traeré con qué bebáis;
que regalaros deseo.
Entreteneos aquí
mientras voy por colación.

Gerarda: Que vais solo no es razón.

Finardo: ¿Acompañaréle?

Gerarda: Sí;
que aquí quedan los amigos.

Finardo: Pues vamos.

Doristeo: Venid.

Finardo: Adiós.

(Vanse Doristeo y Finardo.)



TEXTO DRAMÁTICO Nº 6 - La dama boba

Autor: Lope de Vega

Edición: Vigésimoctava edición

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

ACTO SEGUNDO

ESCENA II

LAUREN.	A estar sin vida llegué el tiempo que no os serví; que fue lo más que sentí, aunque sin mi culpa fue. Yo vuestros males pasé, como cuerpo que animáis;	1195 1200
	vos movimiento me dais, yo soy instrumento vuestro, que en mi vida y salud nuestro todo lo que vos pasáis. Parabién me den a mí	1205
	de la salud que hay en vos, pues que pasamos los dos el mismo mal en que os vi. Solamente os ofendí, aunque la disculpa os nuestro,	1210
	en que este mal que fue nuestro, sólo tenerle debía, no vos, que sois alma mía, yo sí, que soy cuerpo vuestro.	
NISE	Pienso que de oposición me dais los tres parabién.	1215
LAUREN.	Y es bien, pues lo sois por quien viven los que vuestros son.	
NISE	Divertíos, por mi vida, cortándome algunas flores los dos, pues con sus colores la diferencia os convida, de este jardín, porque quiero hablar a Laurencio un poco.	1220



DUARDO	Quien ama y sufre, o es loco o necio.	1225
FENISO	Tal premio espero.	
DUARDO	No son vanos mis recelos.	
FENISO	Ella le quiere.	
DUARDO	Yo haré un ramillete de fe, pero sembrado de celos.	1230

(Vanse DUARDO y FENISO)

ESCENA III

LAURENCIO, NISE

LAUREN.	Ya se han ido. ¿Podré yo, Nise, con mis brazos darte parabién de tu salud?	
NISE	¡Desvía, fingido, fácil, lisonjero, engañador, loco, inconstante, mudable hombre, que en un mes de ausencia -que bien merece llamarse ausencia la enfermedad-, el pensamiento mudaste!	1235 1240
	Pero mal dije en un mes, porque puedes disculparte con que creíste mi muerte, y, si mi muerte pensaste, con gracioso sentimiento, pagaste el amor que sabes, mudando el tuyo en Finea.	1245
LAUREN.	¿Qué dices?	
NISE	Pero bien haces: tú eres pobre, tú discreto, ella rica y ignorante; buscaste lo que no tienes, y lo que tienes dejaste. Discreción tienes, y en mí la que celebrabas antes	1250



	y quieres que yo los pague. ¿Pedro a Clara, aquella boba?	
NISE	Laurencio, si le enseñaste, ¿por qué te afrentas de aquello en que de ciego no caes? Astrólogo me pareces, que siempre de ajenos males, sin reparar en los suyos, largos pronósticos hacen.	1295 1300
	¡Qué bien empleas tu ingenio! «De Nise confieso el talle, mas no es sólo el exterior el que obliga a los que saben.» ¡Oh, quién os oyera juntos!... Debéis de hablar en romances, porque un discreto y un necio no pueden ser consonantes. ¡Ay, Laurencio, qué buen pago de fe y amor tan notable!	1305 1310
	Bien dicen que a los amigos, prueba la cama y la cárcel. Yo enfermé de mis tristezas, y, de no verte ni hablarte, sangraronme muchas veces. ¡Bien me alegraste la sangre! Por regalos tuyos tuve mudanzas, traiciones, fraudes; pero, pues tan duros fueron, di que me diste diamantes. Ahora bien: ¡esto cesó!	1315 1320
LAUREN.	¡Oye, aguarda!...	
NISE	¿Qué te aguarde? Pretende tu rica boba, aunque yo haré que se case más presto que tú lo piensas.	1325
LAUREN.	¡Señora!...	



- DON GARCÍA. Sí.
- DON JUAN. Bien venido seáis.
- DON GARCÍA. Vos, don Félix, ¿cómo estáis?
- DON FÉLIX. De veros, por Dios, contento:
vengáis bueno en hora buena.
- DON GARCÍA. Para serviros; ¿qué hacéis?
¿de qué habláis? ¿en qué entendéis?
- DON JUAN. De cierta música y cena,
que en el río dio un galán
esta noche a una señora,
era la plática agora. 610
- DON GARCÍA. ¿Música y cena, don Juan?
¿y anoche?
- DON JUAN. Sí.
- DON GARCÍA. ¿Mucha cosa?
¿grande fiesta?
- DON JUAN. Así es la fama.
- DON GARCÍA. ¿Y muy hermosa la dama?
- DON JUAN. Dícenme que es muy hermosa.
- DON GARCÍA. Bien.
- DON JUAN. ¿Qué misterios hacéis?
- DON GARCÍA. De que alabéis por tan buena
esa dama y esa cena,
sino es que alabando estéis
mi fiesta y mi dama así. 620
- DON JUAN. ¿Pues tuvistes también boda
anoche en el río?
- DON GARCÍA. Toda
en eso la consumí.



- TRISTÁN. ¿Qué fiesta, o qué dama es ésta
si a la Corte llegó ayer? *(Aparte.)*
- DON JUAN. ¿Ya tenéis a quién hacer,
tan recién venido, fiesta?
presto al amor dio con vos.
- DON GARCÍA. No ha tan poco que he llegado,
que un mes no haya descansado. 630
- TRISTÁN. Ayer llegó, voto a Dios;
él lleva alguna intención. *(Aparte.)*
- DON JUAN. No lo he sabido a fe mía,
que al punto acudido habría
a cumplir mi obligación.
- DON GARCÍA. He estado hasta aquí secreto.
- DON JUAN Esa la causa habrá sido
de no haberlo yo sabido:
pero ¿la fiesta en efeto 640
- DON GARCÍA. Por ventura
no la vio mejor el río.
- DON JUAN. Ya de celos desvarío:
¿quién duda que la espesura
del sotillo el sitio os dio?
- DON GARCÍA. Tales señas me vais dando,
Don Juan, que voy sospechando
que la sabéis como yo.
- DON JUAN. No estoy de todo ignorante,
aunque todo no lo sé: 650
dijéronme no sé qué
confusamente, bastante
a tenerme deseoso
de escucharos la verdad;
forzosa curiosidad
en un cortesano ocioso,
o en un amante con celos.
- (A DON JUAN, aparte.)*
- DON FÉLIX. Advertid cuán sin pensar



- DON JUAN. Por Dios que la habéis pintado
de colores tan perfetas,
que no trocara el oírla,
por haberme hallado en ella. 750
- TRISTÁN. ¿Válgate el diablo por hombre, (Aparte.)
que tan de repente pueda
pintar un convite tal
que a la verdad misma venza?
- DON JUAN. Rabio de celos.
- DON FÉLIX. No os dieron
del convite tales señas.
- DON JUAN. ¿Qué importa, si en la substancia
el tiempo y lugar concuerdan? 760
- DON GARCÍA. ¿Qué decís?
- DON JUAN. Que fue el festín
más celebre que pudiera
hacer Alejandro Magno.
- DON GARCÍA. Oh, son niñerías éstas,
ordenadas de repente.
Dadme vos que yo tuviera,
para prevenirme, un día:
que a las romanas y griegas
fiestas que al mundo admiraron,
nueva admiración pusiera. 770
- (Mira adentro.)*
- DON FÉLIX: Jacinta es la del estribo
- (A DON JUAN aparte.)*
- en el coche de Lucrecia.
- (A DON FÉLIX aparte.)*
- DON JUAN. Los ojos a don García
se le van, por Dios, tras ella.



DON FÉLIX: Inquieto está y divertido.

DON JUAN. Ciertas son ya mis sospechas.



TEXTO DRAMÁTICO Nº 8 - La verdad sospechosa (2)

Autor: Juan Ruiz de Alarcón

Edición: Alva V. Ebersole

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

Acto primero

(DON JUAN encuentra a ISABEL al salir.)

DON JUAN. ¿Puedo hablar a tu señora?

ISABEL. Solo un momento ha de ser,
que de salir a comer
mi señor don Sancho es hora (Vase.)

DON JUAN. Ya, Jacinta, que te pierdo,
ya que yo me pierdo, ya.

JACINTA. ¿Estás loco?

DON JUAN. ¿Quién podrá
estar con tus cosas cuerdo?

JACINTA. Repórtate, y habla paso,
que está en la cuadra de mi tío. 1050

DON JUAN. Cuando a cenas vas al río,
¿cómo haces dél poco caso?

JACINTA. ¿Qué dices?, ¿estás en ti?

DON JUAN. Cuando para trasnochar
con otro tienes lugar
¿tienes tío para mí?

JACINTA. ¿Trasnochar con otro? advierte
que aunque eso fuese verdad,
era mucha libertad
hablarme a mí de esa suerte: 1060
cuanto más que es desvarío
de tu loca fantasía.

DON JUAN. Ya sé que fue don García
el de la fiesta del río;



- ya los fuegos, que a tu coche,
Jacinta, la salva hicieron,
ya las antorchas, que dieron
sol al soto a media noche.
Ya los cuatro aparadores
con vajillas variadas, 1070
las cuatro tiendas pobladas
de instrumentos y cantores.
Todo lo sé, y sé que al día
te halló, enemiga, en el río;
di agora que es desvarío
de mi loca fantasía.
Di agora que es libertad
el tratarte desta suerte,
cuando obligan a ofenderte
mi agravio y tu liviandad. 1080
- JACINTA. Plega a Dios.
- DON JUAN. Deja invenciones,
calla, no me digas nada,
que en ofensa averiguada
no sirven satisfacciones.
Ya, falsa, ya sé mi daño,
no niegues que te he perdido,
tu mudanza me ha ofendido,
no me ofende el desengaño.
Y aunque niegues lo que oí,
lo que vi confesarás, 1090
que hoy, lo que negando estás,
en sus mismos ojos vi.
Y su padre, ¿qué quería
agora aquí?, ¿qué te dijo?,
¿de noche estás con el hijo,
y con el padre de día?
Yo lo vi, ya mi esperanza
en vano engañar dispones:
ya sé que tus dilaciones
son hijas de tu mudanza. 1100
Mas, cruel, viven los cielos
que no has de vivir contenta,
abrásate, pues revienta
este vulcán de mis celos.
El que me hace desdichado,
te pierda, pues yo te pierdo.
- JACINTA. ¿Tú eres cuerdo?



TEXTO DRAMÁTICO Nº 9 - El alcalde de Zalamea (1)

Autor: Calderón de la Barca

Edición: José Montero Reguera

Editorial: Castalia Didáctica; Madrid

Segunda Jornada

(Escena entre el capitán, el sargento y Rebolledo)

CAPITÁN.	En un día el sol alumbra y falta; en un día se trueca un reino todo; en un día es edificio una peña; en un día una batalla pérdida y vitoria ostenta;	75
	en un día tiene el mar tranquilidad y tormenta; en un día nace un hombre y muere: luego pudiera en un día ver mi amor sombra y luz como planeta, pena y dicha como imperio, gente y brutos como selva, paz y inquietud como mar, triunfo y ruina como guerra, vida y muerte como dueño de sentidos y potencias. Y habiendo tenido edad en un día su violencia de hacerme tan desdichado, ¿por qué, por qué no pudiera tener edad en un día de hacerme dichoso? ¿Es fuerza que se engendren más despacio las glorias que las ofensas?	80 85 90 95 100
SARGENTO.	¿Verla una vez solamente a tanto extremo te fuerza?	
CAPITÁN.	¿Qué más causa había de haber, llegando a verla, que verla? De sola una vez a incendio crece una breve pavesa;	105



Fuera, señor, que la culpa,
si se entiende, será nuestra,
no tuya, si de rebozo
vas en la tropa.

CAPITÁN.

Aunque tenga
mayores dificultades,
pase por todas mi pena.
Juntaos todos esta noche,
mas de suerte que no entiendan
que yo lo mando. ¡Ah, Isabel,
qué de cuidados me cuestas!

150

155



TEXTO DRAMÁTICO Nº 10 - El alcalde de Zalamea (2)

Autor: Calderón de la Barca

Edición: Undécima Edición; A.J. Valbuena-Briones

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

Segunda Jornada

(Escena entre Pedro Crespo y Don Lope)

Salen DON LOPE y PEDRO CRESPO.

PEDRO CRESPO.	En este paso, que está más fresco, poned la mesa al señor don Lope. —Aquí os sabrá mejor la cena; que al fin los días de agosto no tienen más recompensa, que sus noches.	1080
DON LOPE.	Apacible estancia en extremo es ésta.	
PEDRO CRESPO.	Un pedazo es de jardín do mi hija se divierta. Sentaos. Que el viento suave, que en las blandas hojas suena de estas parras y estas copas, mil cláusulas lisonjeras hace al compás de esta fuente, cítara de plata y perlas, porque son en trastes de oro las guijas templadas cuerdas. Perdonad, si de instrumentos solos la música suena, de músicos que deleiten sin voces que os entretengan; que como músicos son los pájaros que gorjean, no quieren cantar de noche, ni yo puedo hacerles fuerza. Sentaos, pues, y divertid esa continua dolencia.	1085 1090 1095 1100



DON LOPE.	No podré; que es imposible, que divertimento tenga. ¡Válgame Dios!	1105
PEDRO CRESPO.	¡Valga, amén!	
DON LOPE.	¡Los cielos me den paciencia! Sentaos, Crespo.	
PEDRO CRESPO.	Yo estoy bien.	
DON LOPE.	Sentaos.	
PEDRO CRESPO.	Pues me dais licencia, digo, señor, que obedezco, aunque excusarlo pudierais.	1110
DON LOPE.	¿No sabéis qué he reparado? Que ayer la cólera vuestra os debió de enajenar de vos.	1115
PEDRO CRESPO.	Nunca me enajena a mí de mí nada.	
DON LOPE.	Pues ¿cómo ayer, sin que os dijera que os sentarais, os sentasteis, aun en la silla primera?	1120
PEDRO CRESPO.	Porque no me lo dijisteis, y hoy, que lo decís, quisiera no hacerlo. La cortesía tenerla con quien la tenga.	
DON LOPE.	Ayer todo erais reniegos, por vidas, votos y pesias; y hoy estáis más apacible, con más gusto y más prudencia.	1125
PEDRO CRESPO.	Yo, señor, siempre respondo en el tono y en la letra, que me hablan. Ayer vos así hablabais, y era fuerza que fuera de un mismo tono la pregunta y la respuesta.	1130



	Demás de que yo he tomado por política discreta, jurar con aquel que jura, rezar con aquel que reza. A todo hago compañía; y es aquesto de manera,	1135 1140
	que en toda la noche pude dormir en la pierna vuestra pensando, y amanecí con dolor en ambas piernas; que, por no errar la que os duele, si es la izquierda o la derecha, me dolieron a mí entrambas. Decidme ¡por vida vuestra! cuál es y sépalo yo, porque una sola me duela.	1145 1150
DON LOPE.	¿No tengo mucha razón de quejarme, si ha ya treinta años, que asistiendo en Flandes al servicio de la guerra, el invierno con la escarcha, y el verano con la fuerza del sol, nunca descansé, y no he sabido, qué sea estar sin dolor un hora?	1155
PEDRO CRESPO.	¡Dios, señor, os dé paciencia!	1160
DON LOPE.	¿Para qué la quiero yo?	
PEDRO CRESPO.	No os la dé.	
DON LOPE.	Nunca acá venga, sino que dos mil demonios carguen conmigo y con ella.	
PEDRO CRESPO.	¡Amén! Y si no lo hacen es por no hacer cosa buena.	1165
DON LOPE.	¡Jesús mil veces, Jesús!	
PEDRO CRESPO.	Con vos y conmigo sea.	
DON LOPE.	¡Voto a Cristo, que me muero!	
PEDRO CRESPO.	¡Voto a Cristo, que me pesa!	1170



JUAN.	Ya tienes la mesa aquí.	
DON LOPE.	¿Cómo a servirla no entran mis criados?	
PEDRO CRESPO.	Yo, señor, dije, con vuestra licencia, que no entraran a serviros, y que en mi casa no hicieran prevenciones; que a Dios gracias, pienso, que no os falte en ella nada.	1175
DON LOPE.	Pues, que no entran criados, hacedme favor que venga vuestra hija aquí a cenar conmigo.	1180
PEDRO CRESPO.	Dile que venga tu hermana al instante, Juan.	
	<i>[vase JUAN]</i>	
DON LOPE.	Mi poca salud me deja sin sospecha en esta parte.	1185
PEDRO CRESPO.	Aunque vuestra salud fuera, señor, la que yo os deseo, me dejara sin sospecha. Agravio hacéis a mi amor, que nada de eso me inquieta; que el decirle que no entrara aquí fue con advertencia de que no estuviese a oír ociosas impertinencias; que si todos los soldados cortesés, como vos, fueran, ella había de acudir a servirlos la primera.	1190 1195
DON LOPE.	<i>(Aparte.)</i> ¡Qué ladino es el villano, o cómo tiene prudencia!	1200



TEXTO DRAMÁTICO Nº 11 - La vida es sueño (1)

Autor: Calderón de la Barca

Edición: Trigésima Edición; Ciriaco Morón Arroyo

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

(Escena II, entre Rosaura y Segismundo)
(Dentro SEGISMUNDO.)

SEGISMUNDO.	¡Ay, mísero de mí, ay, infelice!	
ROSAURA.	¿Qué triste voz escucho? Con nuevas penas y tormentos lucho.	80
CLARÍN.	Yo con nuevos temores.	
ROSAURA.	¡Clarín!	
CLARÍN.	¡Señora!	
ROSAURA.	Huigamos los rigores desta encantada torre.	
CLARÍN.	Yo aún no tengo ánimo de huir, cuando a eso vengo.	
ROSAURA.	¿No es breve luz aquella caduca exhalación, pálida estrella, que en trémulos desmayos, pulsando ardores y latiendo rayos, hace más tenebrosa la obscura habitación con luz dudosa?	85
	Sí, pues a sus reflejos puedo determinar, aunque de lejos, una prisión obscura, que es de un vivo cadáver sepultura.	90
	Y porque más me asombre, en el traje de fiera yace un hombre de prisiones cargado y sólo de la luz acompañado.	95
	Pues huir no podemos, desde aquí sus desdichas escuchemos, sepamos lo que dice.	100



	cuando a todas partes gira, midiendo la inmensidad de tanta capacidad como le da el centro frío; ¿y yo, con más albedrío, tengo menos libertad? Nace el arroyo, culebra que entre flores se desata, y apenas, sierpe de plata, entre las flores se quiebra, cuando músico celebra de los cielos la piedad, que le dan la majestad del campo abierto a su ida; ¿y teniendo yo más vida, tengo menos libertad? En llegando a esta pasión, un volcán, un Etna hecho, quisiera sacar del pecho pedazos del corazón. ¿Qué ley, justicia o razón negar a los hombres sabe privilegio tan süave, excepción tan principal, que Dios le ha dado a un cristal, a un pez, a un bruto y a un ave?	150 155 160 165 170
ROSAURA.	Temor y piedad en mí sus razones han causado.	
SEGISMUNDO.	¿Quién mis voces ha escuchado? ¿Es Clotaldo?	175
CLARÍN.	Di que sí.	
ROSAURA.	No es sino un triste (¡ay de mí!), que en estas bóvedas frías oyó tus melancolías.	
	<i>(Ásela)</i>	
SEGISMUNDO.	Pues la muerte te daré porque no sepas que sé que sabes flaquezas mías. Sólo porque me has oído, entre mis membrudos brazos te tengo de hacer pedazos.	180 185



CLARÍN.	Yo soy sordo, y no he podido escucharte.	
ROSAURA.	Si has nacido humano, baste el postrarme a tus pies para librarme.	
SEGISMUNDO.	Tu voz pudo enternecerme, tu presencia suspenderme, y tu respeto turbarme. ¿Quién eres? Que aunque yo aquí tan poco del mundo sé	190
	—que cuna y sepulcro fue esta torre para mí—; y aunque desde que nací, si esto es nacer, sólo advierto este rústico desierto	195
	donde miserable vivo, siendo un esqueleto vivo, siendo un animado muerto; y aunque nunca vi ni hablé sino a un hombre solamente	200
	que aquí mis desdichas siente, por quien las noticias sé de cielo y tierra; y aunque aquí, porque más te asombres y monstruo humano me nombres,	205
	este asombros y quimeras, soy un hombre de las fieras y una fiera de los hombres. Y aunque en desdichas tan graves la política he estudiado	210
	de los brutos enseñado, advertido de las aves; y de los astros süaves los círculos he medido: tú sólo, tú, has suspendido la pasión a mis enojos,	215
	la suspensión a mis ojos, la admiración al oído. Con cada vez que te veo nueva admiración me das, y cuando te miro más,	220
	aún más mirarte deseo. Ojos hidrópicos creo que mis ojos deben ser, pues cuando es muerte el beber	225



las que dellas me sobraren.
Yo soy...



TEXTO DRAMÁTICO Nº 12 - La vida es sueño (2)

Autor: Calderón de la Barca

Edición: Fausta Antonucci

Editorial: Crítica; Clásicos y Modernos

Tercera Jornada

SEGISMUNDO

Corte ilustre de Polonia,
que de admiraciones tantas
sois testigos, atended, 3160
que vuestro príncipe os habla.
Lo que está determinado
del cielo, y en azul tabla
Dios con el dedo escribió,
de quien son cifras y estampas 3165
tantos papeles azules
que adornan letras doradas,
nunca mienten, nunca engañan;
porque quien miente y engaña
es quien, para usar mal dellas, 3170
las penetra y las alcanza.
Mi padre, que está presente,
por escusarse a la saña
de mi condición, me hizo
un bruto, una fiera humana; 3175
de suerte que, cuando yo
por mi nobleza gallarda,
por mi sangre generosa,
por mi condición bizarra,
hubiera nacido dócil 3180
y humilde, sólo bastara
tal género de vivir,
tal linaje de crianza,
a hacer fieras mis costumbres.
¡Qué buen modo de estorbarlas! 3185
Si a cualquier hombre dijese:
«Alguna fiera inhumana
te dará muerte», ¿escogiera
buen remedio en despertallas
cuando estuviesen durmiendo? 3190
Si dijeran: «Esta espada
que traes ceñida ha de ser



quien te dé la muerte», vana
diligencia de evitarlo
fuera entonces desnudarla 3195
y ponérsela a los pechos.
Si dijesen: «Golfos de agua
han de ser tu sepultura
en monumentos de plata»,
mal hiciera en darse al mar, 3200
cuando soberbio levanta
rizados montes de nieve,
de cristal crespas montañas.
Lo mismo le ha sucedido
que a quien, porque le amenaza 3205
una fiera, la despierta;
que a quien, temiendo una espada,
la desnuda; y que a quien mueve
las ondas de una borrasca;
y cuando fuera, escuchadme, 3210
dormida fiera mi saña,
templada espada mi furia,
mi rigor quieta bonanza,
la fortuna no se vence
con injusticia y venganza, 3215
porque antes se incita más.
Y así, quien vencer aguarda
a su fortuna, ha de ser
con prudencia y con templaza.
No, antes de venir el daño, 3220
se reserva ni se guarda
quien le previene; que aunque
puede humilde, cosa es clara,
reservarse dél, no es
sino después que se halla 3225
en la ocasión, porque aquésta
no hay camino de estorbarla.
Sirva de ejemplo este raro
espectáculo, esta estraña
admiración, este horror, 3230
este prodigio; pues nada
es más que llegar a ver,
con prevenciones tan varias,
rendido a mis pies a un padre
y atropellado a un monarca. 3235
Sentencia del cielo fue;
por más que quiso estorbarla,
él no pudo. ¿Y podré yo,
que soy menor en las canas,



	en el valor y en la ciencia, vencerla? Señor, levanta, dame tu mano; que ya que el cielo te desengaña de que has errado en el modo de vencerle, humilde aguarda mi cuello a que tú te vengues; rendido estoy a tus plantas.	3240 3245
BASILIO	Hijo, que tan noble acción otra vez en mis entrañas te engendra, príncipe eres. A ti el laurel y la palma se te deben. Tú venciste: corónente tus hazañas.	3250
TODOS	¡Viva Segismundo, viva!	
SEGISMUNDO	Pues que ya vencer aguarda mi valor grandes vitorias, hoy ha de ser la más alta vencerme a mí. Astolfo dé la mano luego a Rosaura, pues sabe que de su honor es deuda, y yo he de cobrarla.	3255 3260
ASTOLFO	Aunque es verdad que la debo obligaciones, repara que ella no sabe quién es; y es bajeza y es infamia casarme yo con mujer...	3265
CLOTALDO	No prosigas, tente, aguarda; porque Rosaura es tan noble como tú, Astolfo, y mi espada lo defenderá en el campo; que es mi hija, y esto basta.	3270
ASTOLFO	¿Qué dices?	
CLOTALDO	Que yo hasta verla casada, noble y honrada, no la quise descubrir. La historia desto es muy larga; pero, en fin, es hija mía.	3275
ASTOLFO	Pues siendo así, mi palabra	



	cumpliré.	
SEGISMUNDO	Pues porque Estrella no quede desconsolada, viendo que príncipe pierde de tanto valor y fama, de mi propia mano yo con esposo he de casarla que en méritos y fortuna, si no le excede, le iguala. Dame la mano.	3280 3285
ESTRELLA	Yo gano en merecer dicha tanta.	
SEGISMUNDO	A Clotaldo, que leal sirvió a mi padre, le aguardan mis brazos, con las mercedes que él pidiere que le haga.	3290
[SOLDADO] I	Si así a quien no te ha servido honras, ¿a mí, que fui causa del alboroto del reino, y de la torre en que estabas te saqué, qué me darás?	3295
SEGISMUNDO	La torre, y porque no salgas della nunca hasta morir, has de estar allí con guardas; que el traidor no es menester, siendo la traición pasada.	3300
BASILIO	Tu ingenio a todos admira.	
ASTOLFO	¡Qué condición tan mudada!	
ROSAURA	¡Qué discreto y qué prudente!	
SEGISMUNDO	¿Qué os admira? ¿Qué os espanta, si fue mi maestro un sueño y estoy temiendo en mis ansias que he de despertar y hallarme otra vez en mi cerrada prisión? Y cuando no sea, el soñarlo sólo basta; pues así llegué a saber que toda la dicha humana,	3305 3310



en fin, pasa como sueño.
Y quiero hoy aprovecharla
el tiempo que me durare,
pidiendo de nuestras faltas
perdón, pues de pechos nobles
es tan propio el perdonarlas.

3315



TEXTO DRAMÁTICO Nº 13 - La vida es sueño (3)

Autor: Calderón de la Barca

Edición: Fausta Antonucci

Editorial: Crítica; Clásicos y Modernos

Segunda Jornada, Escena VI

(Vase ASTOLFO y sale el REY.)

BASILIO	¿Qué ha sido esto?	
SEGISMUNDO	Nada ha sido. A un hombre que me ha cansado de ese balcón he arrojado.	1440
CLARÍN	(Que es el Rey está advertido.)	
BASILIO	¿Tan presto una vida cuesta tu venida el primer día?	1445
SEGISMUNDO	Díjome que no podía hacerse, y gané la apuesta.	
BASILIO	Pésame mucho que cuando, Príncipe, a verte he venido, pensando hallarte advertido, de hados y estrellas triunfando, con tanto rigor te vea, y que la primera acción que has hecho en esta ocasión un grave homicidio sea. 1455	1450
	¿Con qué amor llegar podré a darte agora mis brazos, si de sus soberbios lazos que están enseñados sé a dar muertes? ¿Quién llegó a ver desnudo el puñal que dio una herida mortal, que no temiese? ¿Quién vio sangriento el lugar adonde a otro hombre dieron muerte, que no sienta? Que el más fuerte a su natural responde.	1460 1465



	Yo así, que en tus brazos miro desta muerte el instrumento, y miro el lugar sangriento, de tus brazos me retiro; y aunque en amorosos lazos ceñir tu cuello pensé, sin ellos me volveré, que tengo miedo a tus brazos.	1470 1475
SEGISMUNDO	Sin ellos me podré estar como me he estado hasta aquí, que un padre que contra mí tanto rigor sabe usar, que con condición ingrata de su lado me desvía, como a una fiera me cría y como a un monstruo me trata, y mi muerte solicita, de poca importancia fue que los brazos no me dé, cuando el ser de hombre me quita.	 1480 1485
BASILIO	Al cielo y a Dios pluguiera que a dártele no llegara, pues ni tu voz escuchara, ni tu atrevimiento viera.	 1490
SEGISMUNDO	Si no me le hubieras dado no me quejara de ti, pero, una vez dado, sí, por habérmele quitado; que aunque el dar el acción es más noble y más singular, es mayor bajeza el dar para quitarlo después.	 1495
BASILIO	¡Bien me agradeces el verte, de un humilde y pobre preso, príncipe ya!	 1500
SEGISMUNDO	Pues en eso ¿qué tengo que agradecerte? Tirano de mi albedrío, si viejo y caduco estás muriéndote, ¿qué me das? ¿Dasme más de lo que es mío? Mi padre eres y mi rey;	 1505



	<p>luego toda esta grandeza me da la naturaleza por derechos de su ley. Luego, aunque esté en este estado, obligado no te quedo, y pedirte cuentas puedo del tiempo que me has quitado libertad, vida y honor; y así, agradéceme a mí que yo no cobre de ti, pues eres tú mi deudor.</p>	<p>1510</p> <p>1515</p>
BASILIO	<p>Bárbaro eres y atrevido; cumplió su palabra el cielo; y así, para él mismo apelo, ¡soberbio, desvanecido! Y aunque sepas ya quién eres y desengañado estés, y aunque en un lugar te ves donde a todos te prefieres, mira bien lo que te advierto: que seas humilde y blando, porque quizá estás soñando aunque ves que estás despierto.</p>	<p>1520</p> <p>1525</p> <p>1530</p>
	<p><i>Vase</i></p>	
SEGISMUNDO	<p>¿Que quizá soñando estoy aunque despierto me veo? No sueño, pues toco y creo lo que he sido y lo que soy. Y aunque agora te arrepientas, poco remedio tendrás; sé quién soy, y no podrás, aunque suspires y sientas, quitarme el haber nacido desta corona heredero. Y si me viste primero a las prisiones rendido fue porque ignoré quién era; pero ya informado estoy de quién soy, y sé que soy un compuesto de hombre y fiera.</p>	<p>1535</p> <p>1540</p> <p>1545</p>



TEXTO DRAMÁTICO Nº 14 - No hay burlas con el amor

Autor: Calderón de la Barca

Editorial: Linkgua

Acto Segundo, Escena IV

Vanse don DIEGO y don LUIS

INÉS	Bien está. Adiós, que es muy tarde.	
ALONSO	Dejas que vaya siquiera con vos aquese criado. No vais sola.	
INÉS	Norabuena; venga el criado conmigo	1185
MOSCATEL	(¡Que esto escuche! ¡Que esto vea!)	
ALONSO	Moscatel.	
MOSCATEL	¿Señor?	
ALONSO	Escucha: Inés me ha dado licencia para que en mi nombre vayas hasta su casa con ella; ve, y dirásle en el camino que como tal vez se venga a casa, no faltará algún regalo que hacerla.	1190
MOSCATEL	¿Es posible que tal dices?	1195
ALONSO	Sí, que si en su amor ya es fuerza acompañar a don Juan, no es muy mala conveniencia tener quien aquel instante también a mí me entretenga.	1200
MOSCATEL	Yo se lo diré.	



ALONSO	En los trucos te aguardo con la respuesta.	
	Vase don ALONSO	
MOSCATEL	(<i>Aparte</i>) (¡Quedamos buenos, honor!)	
INÉS	Vamos, Moscatel, ¿qué esperas?	
MOSCATEL	Vamos, Inés.	
INÉS	Pues, ¿tan triste conmigo vas, que aun apenas alzas a verme la cara? ¿Qué es aquesto?	1205
MOSCATEL	¡Ay, Inés bella! ¡Ay, dulce hechizo del alma qué de cuidados me cuestas!	1210
INÉS	¿Qué tienes?	
MOSCATEL	Amor y honor. Quiero y sirvo, y hoy es fuerza entre mi dama y mi amo, que no sirva o que no quiera.	
INÉS	No entiendo tus disparates.	1215
MOSCATEL	Pues yo haré que los entiendas. Don Alonso, mi señor, te vio, Inés, y a Dios pluguiera que antes cegase, aunque yo el mozo de ciego fuera.	1220
	Vióte, Inés, ¡ay Dios! , y al verte fue precisa consecuencia quererte; no tanto, Inés, por tu infinita belleza, como por su amor finito,	1225
	que eres, al fin, cara nueva. Conmigo a decirte envía ... (Aquí se turba mi lengua, aquí la voz se suspende, y aquí los sentidos tiemblan con más afectos que cuando Prado hizo al rey de Suecia) ...dice que si vas, Inés,	1230



	Pues tan triste, Inés, me dejas, "Bien podéis, ojos, llorar, no lo dejéis de vergüenza".	1275
INÉS	Aquésta es mi casa; el manto me he de quitar a la puerta, que para esto solamente creo que en las faldas nuestras usamos los guardainfantes. Ahora, aunque mi ama la necia me haya echado un rato menos, no sabrá que he estado fuera. Nadie de ustedes lo diga, que los cargo la conciencia.	1280 1285



TEXTO DRAMÁTICO Nº 15 - La dama duende (1)

Autor: Calderón de la Barca

Edición: Fausta Antonucci

Editorial: Crítica; Clásicos y Modernos

Segunda Jornada

Vanse, y salen por la alacena doña Ángela y Isabel

DOÑA ÁNGELA Isabel, pues recogida
está la casa y es dueño
de los sentidos el sueño,
ladrón de la media vida,
y sé que el huésped se ha ido,
robarle el retrato quiero
que vi en el lance primero.

ISABEL Entra quedo y no hagas ruido.

DOÑA ÁNGELA Cierra tú por allá fuera,
y hasta venirme a avisar
no saldré yo, por no dar
en más riesgo.

ISABEL Aquí me espera.

*Vase Isabel, cierra la alacena, y salen como a oscuras
don Manuel y Cosme*

COSME Ya está abierto.

DON MANUEL Pisa quedo
que, si aquí sienten rumor,
será alboroto mayor.

COSME ¿Creerásme que tengo miedo?
Este duende bien pudiera
tenernos luz encendida.

DOÑA ÁNGELA (La luz que truje escondida,
porque de aquesta manera
no se viese, es tiempo ya
de descubrir.)



*(Ellos están apartados, y ella saca una
luz de una linterna que trae cubierta)*

- COSME Nunca ha andado
el duende tan bien mandado:
¡qué presto la luz nos da!
Considera agora aquí
si te quiere bien el duende,
pues que para ti la enciende
y la apaga para mí.
- DON MANUEL ¡Válgame el cielo! Ya es
esto sobrenatural,
que traer con prisa tal
luz, no es obra humana.
- COSME ¿Ves
cómo a confesar veniste
que es verdad?
- DON MANUEL De mármol soy,
por volverme atrás estoy.
- COSME Mortal eres, ya temiste.
- DOÑA ÁNGELA (Hacia aquí la mesa veo,
y con papeles está.)
- COSME Hacia la mesa se va.
- DON MANUEL ¡Vive Dios! Que dudo y creo
una admiración tan nueva.
- COSME ¿Ves cómo nos va guiando
lo que venimos buscando,
sin que veamos quién la lleva?
- DOÑA ÁNGELA *(Saca la luz de la linterna,
pónela en un candelero que habrá
en la mesa, y toma una silla
y siéntase de espaldas a los dos)*
(Pongo aquí la luz y agora
la escribanía verá.)
- DON MANUEL Aguarda, que a los reflejos
de la luz todo se ve



y no vi en toda mi vida
tan soberana mujer.
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
Hidras, a mi parecer,
son los prodigios, pues de uno
nacen mil. Cielos, ¿qué haré?

COSME De espacio lo va tomando:
silla arrastra.

DON MANUEL Imagen es
de la más rara beldad
que el soberano pincel
ha labrado.

COSME Así es verdad
porque sólo la hizo él.

DON MANUEL Más que la luz resplandecen
sus ojos.

COSME Lo cierto es
que son sus ojos luceros
del cielo de Lucifer.

DON MANUEL Cada cabello es un rayo
del sol.

COSME Hurtáronlos dél.

DON MANUEL Una estrella es cada rizo.

COSME Sí será, porque también
se las trujeron acá,
o una parte de las tres.

DON MANUEL No vi más rara hermosura.

COSME No dijeras eso, a fe,
si el pie la vieras, porque éstos
son malditos por el pie.

DON MANUEL Un asombro de belleza,
un ángel hermoso es.

COSME Es verdad, pero patudo.



DON MANUEL ¿Qué es esto? ¿Qué querrá hacer
con mis papeles?

COSME Yo apuesto
que querrá mirar y ver
lo que buscas, porque aquí
tenemos menos que hacer,
que es duende muy servicial.

DON MANUEL ¡Válgame el cielo! ¿Qué haré?
Nunca me he visto cobarde
sino sola aquesta vez.

COSME Yo sí, muchas.

DON MANUEL Y calzado
de prisión de hielo el pie,
tengo el cabello erizado
y cada suspiro es
para mi pecho un puñal,
para mi cuello un cordel.
¿Mas yo he de tener temor?
¿Vive el cielo!, que he de ver
si sé vencer un encanto.

(Llega, y áselo)

Ángel, demonio o mujer,
a fe que no has de librarte
de mis manos esta vez.

DOÑA ÁNGELA ¡Ay infelice de mí!
(Fingida su ausencia fue:
más ha sabido que yo.)

COSME De parte de Dios-aquí es
Troya del diablo-nos di...

DOÑA ÁNGELA (Mas yo disimularé.)

COSME ...¿quién eres? ¿Y qué nos quieres?

DOÑA ÁNGELA Generoso Don Manuel
Enríquez, a quien está
guardado un inmenso bien:
no me toques, no me llegues,
que llegarás a perder



la mayor dicha que el cielo
te previno, por merced
del hado, que te apadrina
por decretos de su ley.
Yo te escribí aquesta tarde,
en el último papel,
que nos veríamos presto
y, anteviendo, aquesto fue;
y pues cumplí mi palabra,
supuesto que ya me ves
en la más humana forma
que he podido elegir, ve
en paz y déjame aquí,
porque aún cumplido no es
el tiempo en que mis sucesos
has de alcanzar y saber.
Mañana los sabrás todos;
y mira que a nadie des
parte desto, si no quieres
una gran suerte perder.
Ve en paz.

COSME

Pues que con la paz
nos convida, señor, ¿qué
esperamos?

DON MANUEL

¡Vive Dios!
Que corrido de temer
vanos asombros estoy;
y, puesto que no los cree
mi valor, he de apurar
todo el caso de una vez.
Mujer, quienquiera que seas
-que no tengo de creer
que eres otra cosa nunca-,
¡vive Dios!, que he de saber
quién eres, cómo has entrado
aquí, con qué fin y a qué.
Sin esperar a mañana
esta dicha gozaré,
si demonio, por demonio,
y si mujer, por mujer.
Que a mi esfuerzo no le da
qué recelar ni temer
tu amenaza, cuando fueras
demonio; aunque yo bien sé
que, teniendo cuerpo tú,



- COSME demonio no puedes ser,
sino mujer.
Todo es uno.
- DOÑA ÁNGELA No me toques, que a perder
echas una dicha.
- COSME Dice
el señor diablo muy bien:
no la toques, pues no ha sido
arpa, laúd ni rabel.
- DON MANUEL Si eres espíritu, agora
con la espada lo veré,
pues, aunque te hiera aquí,
no ha de poderte ofender.
- DOÑA ÁNGELA ¡Ay de mí! Detén la espada,
sangriento el brazo detén,
que no es bien que des la muerte
a una infelice mujer.
Yo confieso que lo soy
y, aunque es delito el querer,
no delito que merezca
morir mal por querer bien.
No manches pues, no desdoras
con mi sangre el rosicler
de ese acero.
- DON MANUEL Di quién eres.
- DOÑA ÁNGELA Fuerza el decirlo ha de ser,
porque no puedo llevar
tan al fin como pensé
este amor, este deseo,
esta verdad y esta fe.
Pero estamos a peligro,
si nos oyen o nos ven,
de la muerte, porque soy
mucho más de lo que ves;
y así es fuerza, por quitar
estorbos que puede haber,
cerrar, señor, esa puerta
y aun la del portal también,
porque no puedan ver luz
si acaso vienen a ver
quién anda aquí.



DON MANUEL Alumbra, Cosme,
cerremos las puertas. ¿Ves
cómo es mujer y no duende?

COSME ¿Yo no lo dije también?

Vanse los dos

DOÑA ÁNGELA Cerrada estoy por defuera;
ya, cielos, fuerza ha de ser
decir la verdad, supuesto
que me ha cerrado Isabel
y que el huésped me ha cogido
aquí.

Sale Isabel a la alacena

ISABEL Ce, señora, ce,
tu hermano por ti pregunta.

DOÑA ÁNGELA ¡Bien sucede! Echa el cancel
de la alacena. ¡Ay, amor,
la duda se queda en pie!

*Vanse y cierran la alacena, y vuelven a salir
don Manuel y Cosme*

DON MANUEL Ya están cerradas las puertas;
proseguid, señora, haced
relación... Pero ¿qué es esto?
¿Donde está?

COSME Pues yo qué sé.

DON MANUEL ¿Si se ha entrado en el alcoba?
Ve delante.

COSME Yendo a pie
es, señor, descortesía
ir yo delante.

DON MANUEL Veré
todo el cuarto:suelta, digo.
(*Toma la luz*)

COSME Digo que suelto.



DON MANUEL Crüel
 es mi suerte.

COSME Aun bien, que agora
 por la puerta no se fue.

DON MANUEL Pues ¿por donde pudo irse?

COSME Eso no alcanzo yo. ¿Ves
 -siempre te lo he dicho yo-
 cómo es diablo y no mujer?



TEXTO DRAMÁTICO Nº 16 - La dama duende (2)

Autor: Calderón de la Barca

Edición: Fausta Antonucci

Editorial: Crítica; Clásicos y Modernos

Tercera Jornada

ISABEL Espérame en esta sala;
 luego saldrá a verte aquí
 mi señora.

Vase como cerrando

DON MANUEL No está mala
 la tramoya. ¿Cerró? Sí.
 ¿Qué pena a mi pena iguala?
 Yo volví del Escorial
 y este encanto peregrino,
 este pasmo celestial
 que a traerme la luz vino
 y me dejó en duda igual,
 me tiene escrito un papel
 diciendo muy tierna en él:
 "Si os atrevéis a venir
 a verme, habéis de salir
 esta noche sin aquel
 criado que os acompaña;
 dos hombres esperarán
 en el cementerio-¡extraña
 parte! -de San Sebastián,
 y una silla". Y no me engaña:
 en ella entré y discurrí
 hasta que el tino perdí;
 y al fin a un portal, de horror
 lleno, de asombro y temor,
 solo y a oscuras, salí.
 Aquí llegó una mujer
 -al oír y al parecer-
 y a oscuras y por el tiento,
 de aposento en aposento,
 sin oír, hablar ni ver,
 me guió. Pero ya veo



luz, por el resquicio es
de una puerta. Tu deseo
lograste, amor, pues ya ves
la dama; aventuras leo.

(*Acecha*)

¡Qué casa tan alhajada!
¡Qué mujeres tan lucidas!
¡Qué sala tan adornada!
¡Qué damas tan bien prendidas!
¡Qué beldad tan estremada!

*Salen todas las mujeres con toallas y conservas y agua,
y haciendo reverencia todas, sale doña Ángela
ricamente vestida.*

DOÑA ÁNGELA (Pues presumen que eres ida
a tu casa mis hermanos,
quedándote aquí escondida,
los celos serán vanos
porque, una vez recogida,
ya no habrá que temer nada.)

DOÑA BEATRIZ (Y ¿qué ha de ser mi papel?)

DOÑA ÁNGELA (Agora el de mi criada;
luego el de ver, retirada,
lo que me pasa con él.)
¿Estaréis muy disgustado
de esperarme?

DON MANUEL No, señora;
que quien espera la aurora
bien sabe que su cuidado
en las sombras sepultado
de la noche oscura y fría
ha de tener; y así hacía
gusto el pesar que pasaba,
pues, cuanto más se alargaba,
tanto más llamaba al día.
Si bien no era menester
pasar noche tan oscura
si el sol de vuestra hermosura
me había de amanecer;
que para resplandecer
vos, soberano arrebol,



la sombra ni el tornasol
de la noche no os había
de estorbar, que sois el día
que amanece sobre el sol.
Huye la noche, señora,
y pasa, a la dulce salva
de los pájaros, el alba,
que ilumina, mas no dora;
después del alba, la aurora,
de rayos y luz escasa,
dora, mas no abrasa; pasa
la aurora, y tras su arrebol
pasa el sol; y sólo el sol
dora, ilumina y abrasa.
El alba, para brillar,
quiso a la noche seguir;
la aurora, para lucir,
al alba quiso imitar;
el sol, deidad singular,
a la aurora desafía;
vos al sol; luego la fría
noche no era menester,
si podéis amanecer,
sol del sol, después del día.

DOÑA ÁNGELA

Aunque agradecer debiera
discurso tan cortesano,
quejarme quiero-no en vano-
de ofensa tan lisonjera,
pues no siendo ésta la esfera
a cuyo noble ardimiento
fatigas padece el viento,
sino un albergue piadoso,
os viene a hacer sospechoso
el mismo encarecimiento.
No soy alba, pues la risa
me falta en contento tanto;
ni aurora, pues que mi llanto
de mi dolor no os avisa;
no soy sol, pues no divisa
mi luz la verdad que adoro;
y así lo que soy ignoro;
que sólo sé que no soy
alba, aurora o sol, pues hoy
ni alumbro, río, ni lloro.
Y así os ruego que digáis,
señor don Manuel, de mí,



que una mujer soy y fui
a quien vos solo obligáis
al extremo que miráis.

DON MANUEL Muy poco debe de ser,
pues, aunque me llevo a ver
aquí, os pudiera argüir
que tengo más que sentir,
señora, que agradecer;
y así me doy por sentido.

DOÑA ÁNGELA ¿Vos de mí sentido?

DON MANUEL Sí,
pues que no fiáis de mí
quién sois.

DOÑA ÁNGELA Solamente os pido
que eso no mandéis, que ha sido
imposible de contar.
Si queréis venirme a hablar,
con condición ha de ser
que no lo habéis de saber
ni lo habéis de preguntar;
porque para con vos hoy
una enigma a ser me ofrezco,
que ni soy lo que parezco,
ni parezco lo que soy.
Mientras encubierta estoy
podréis verme y podré veros;
porque si a satisfaceros
llegáis y quién soy sabéis,
vos quererme no querréis
aunque yo quiera quereros.
Pincel que lo muerto informa
tal vez un cuadro previene
que una forma a una luz tiene
y a otra luz tiene otra forma.
Amor, que es pintor, conforma
dos luces que en mí tenéis:
Si hoy a aquesta luz me veis
y por eso me estimáis,
cuando a otra luz me veáis,
quizá me aborreceréis.
Lo que deciros me importa
es en cuanto a haber creído
que de don Luis dama he sido,



- DON MANUEL y esta sospecha reporta
mi juramento y la acorta.
Pues. ¿qué, señora, os moviera
a encubriros dél?
- DOÑA ÁNGELA Pudiera
ser tan principal mujer
que tuviera qué perder
si don Luis me conociera.
- DON MANUEL Pues decidme solamente:
¿cómo a mi casa pasáis?
- DOÑA ÁNGELA Ni eso es tiempo que sepáis,
que es el mismo inconveniente.
- DOÑA BEATRIZ (Aquí entro yo lindamente.)
Ya el agua y dulce está aquí;
Vuexcelencia mire si...
- (Lleguen todas con toallas,
vidro y algunas cajas)*
- DOÑA ÁNGELA ¡Qué error y qué impertinencia!
Necia, ¿quién es "Excelencia"?
¿Quieres engañar así
al señor don Manüel,
para que con eso crea
que yo gran señora sea?
- DOÑA BEATRIZ Advierte...
- DON MANUEL (De mi crüel
duda salí con aquel
descuido: agora he creído
que una gran señora ha sido
que, por serlo, se encubrió
y que con el oro vio
su secreto conseguido.)
- (Llama dentro don Juan, y túrbanse todas)*
- DON JUAN Abre aquí, abre esta puerta.
- DOÑA ÁNGELA ¡Ay, cielos! ¿Qué ruido es éste?
- ISABEL (Yo soy muerta.)



- DOÑA BEATRIZ (Helada estoy)
- DON MANUEL (¿Aún no cesan mis crueles
fortunas? ¡Válgame el cielo!)
- DOÑA ÁNGELA Señor, mi esposo es aquéste.
- DON MANUEL ¿Qué he de hacer?
- DOÑA ÁNGELA Fuerza es que os vais
a esconderos a un retrete.
Isabel, llévale tú
hasta que oculto le dejes
en aquel cuarto que sabes
apartado... ya me entiendes.
- ISABEL Vamos presto.

Vase

- DON JUAN ¿No acabáis
de abrir la puerta?
- DON MANUEL Valedme,
cielos, que vida y honor
van jugadas a una suerte.

Vase

- DON JUAN La puerta echaré en el suelo.
- DOÑA ÁNGELA Retírate tú, pues puedes,
en esa cuadra, Beatriz:
No te hallen aquí.

Sale don Juan



TEXTO DRAMÁTICO Nº 17 - Casa con dos puertas mala es de guardar (1)

Autor: Calderón de la Barca

Editorial: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
(<http://www.cervantesvirtual.com>)

ESCENA PRIMERA

JORNADA I

LISARDO:

Con estilo lisonjero,
áspid ya de sus verdores,
no deidad de sus primores,
desde entonces fuistes; pues
áspid, que no deidad, es
quien da muerte entre las flores.
Dijístime que volviera
otra mañana a este prado,
y puntual mi cuidado
me trujo como a mi esfera.
No adelanté la primera
ocasión, porque bastante
no fue mi ruego constante,
a que corriese la fe,
que adora lo que no ve,
ese velo de delante:
viendo, pues, que siempre es nuevo
el riesgo, y el favor no,
quiero a mí deberme yo
lo que a vuestra luz no debo:
y así a seguimos me atrevo,
que hoy he de veros, o ver
quien sois.

MARCELA:

Hoy no puede ser,
y así dejadme por hoy,
que yo mi palabra os doy
de que muy presto saber
podáis mi casa, y entrar
a verme en ella.

CALABAZAS:



[A SILVIA.]
¿Y a ella
doncella desa doncella
(la verdad en su lugar,
que yo no quiero infernar
mi alma) hay cosa que le obligue
a taparse?

SILVIA:

Y si me sigue,
tenga por muy cierto.

CALABAZAS:

¿Qué?

SILVIA:

Que me persigue, porque
quien me sigue me persigue.

CALABAZAS:

Ya sé el caso vive Dios.

SILVIA:

¿Qué va que no le declaras?

CALABAZAS:

Muy malditísimas caras
debéis de tener las dos.

SILVIA:

Mucho mejores que vós.

CALABAZAS:

Y está bien encarecido,
porque yo soy un cupido,

SILVIA:

Cupidos somos yo y tú.

CALABAZAS:

¿Cómo?

SILVIA:

Yo el pido, y tú el cu.



CALABAZAS:

No me está bien el partido.

MARCELA:

[A LISARDO.]
Esto os vuelvo a asegurar
otra vez.

LISARDO:

Pues ¿qué fianza
le dejáis a mi esperanza
de las dos que he de lograr?

MARCELA:

(Descúbrese.)
La de dejarme mirar.

LISARDO:

Usar desa alevosía
para turbar mi osadía,
ha sido traición, pues ya
viéndoos, ¿cómo os dejará
quien sin veros os seguía?

MARCELA:

¡Quedad, pues, de mí seguro
de que muy presto sabréis
mi casa, y entenderéis
cuánto serviros procuro,
esto otra vez aseguro.

LISARDO:

Ya en seguiros soy de hielo.

MARCELA:

Y yo sin ningún recelo
de que agradecida estoy,
por esta calle me voy.

LISARDO:

Id con Dios.

MARCELA:



Guárdeos el cielo.
(Vanse las dos.)

CALABAZAS:

¡Linda tramoya, señor!
Sigámosla hasta saber
quién ha sido una mujer
tan embustera.

LISARDO:

Es error
Calabazas, si en rigor
ella se recata así,
seguirla.

CALABAZAS:

¿Eso dices?

LISARDO:

Sí.

CALABAZAS:

Vive Dios, que la siguiera
yo, aunque hasta el infierno fuera.

LISARDO:

¿Qué me debe, necio, di,
de haber cuatro días hablado
conmigo en este lugar,
para darle yo un pesar,
de quien ella se ha guardado?

CALABAZAS:

Debe el haber madrugado
estos días.

LISARDO:

Ya que estamos
solos, ya que así quedamos
sobre lo que podrá ser
tan recatada mujer,
discurramos.



CALABAZAS:

Discurramos.
Dime tú, ¿qué has presumido
de lo que has visto y notado?

CALABAZAS:

Mucho mejor pienso yo.

LISARDO:

Pues no te detengas, di.

CALABAZAS:

Mujer que se viene así
a hablar con quien no la vea,
donde ostentarse desea
bachillera y importuna,
que me maten si no es una
muy discretísima fea,
que por el pico ha querido
pescarnos.

LISARDO:

¿Y si la hubiera
visto yo, y un ángel fuera?

CALABAZAS:

¡Vive Dios, que me has cogido!
La Dama Duende habrá sido,
que volver a vivir quiere.

LISARDO:

Aun bien, sea lo que fuere,
que mañana se sabrá.

CALABAZAS:

¿Luego crees que vendrá
mañana?

Si no viniere,
poco, o nada habrá perdido
la necia esperanza mía.



El madrugar a otro día
¿poca pérdida habrá sido?

LISARDO:

El negocio a que he venido
a madrugar me ha obligado,
no le debo a este cuidado.

CALABAZAS:

Cerca de casa vivió,
pues de vista se perdió
cuando a casa hemos llegado.

LISARDO:

Y tarde debe de ser.

CALABAZAS:

Sí, pues vistiéndose sale
quien a los dos nos mantiene,
sin ser los dos justas reales.

(Salen DON FÉLIX y el ESCUDERO como vistiéndose.)

LISARDO:

Don Félix, bésoos las manos.

DON FÉLIX:

El cielo, Lisardo, os guarde.

LISARDO:

¿Tan de mañana vestido?

DON FÉLIX:

Un cuidado, que me trae
desvelado, no permite
que sosiegue ni descanse.
Pero vós, que os admiráis
de que a esta hora me levante,
¿no me dijistes anoche,
que a dar unos memoriales
habíais de ir a Aranjuez?
¿Pues cómo a Ocaña os tornastis
desde el camino?



LISARDO:

Si bien
me acuerdo, regla es del arte,
que la pregunta y respuesta
siempre un mismo caso guarden;
y puesto que a mi pregunta
fue la respuesta más fácil
un cuidado de la vuestra,
otro cuidado me saque,
que es el que a Ocaña me ha vuelto.

DON FÉLIX:

¿Apenas ayer llegastes,
y hoy tenéis cuidado?

LISARDO:

Sí.

DON FÉLIX:

Pues por obligaros antes
que me obliguéis a decirle:
este es el mío, escuchadme.

CALABAZAS:

En tanto que ellos se pegan
dos grandísimos romances,
¿tendréis, Herrera, algo que
se atreva a desayunarse?

ESCUDERO:

Vamos hacia mi aposento,
Calabazas, que al instante
que entréis vós en él,
no faltará algo fiambre.
(Vanse los dos.)



TEXTO DRAMÁTICO Nº 18 - Casa con dos puertas mala es de guardar (2)

Autor: Calderón de la Barca

Editorial: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
(<http://www.cervantesvirtual.com>)

ESCENA 2 JORNADA II

SILVIA:

A Ocaña he dado mil vueltas
hasta hallarle.

MARCELA:

Silvia, ¿qué hay?

SILVIA:

Que di tu papel, y apenas
le leyó, cuando tras mí
vino, y queda ya a la puerta,
que me dijiste.

MARCELA:

Ya, Laura,
no hay cómo excusarte puedas.

LAURA:

De mala gana te sirvo
en esto.

MARCELA:

Quítame, Celia,
este manto; llama, Silvia,
tú a Lisardo; y tú no quieras
verle, que eres muy hermosa
para criada.

LAURA:

Ya quedas
hecha dueña de mi casa,
mira, Marcela, por ella.
(*Aparte*)
¡Oh, a qué de cosas se obliga.
quien tiene una amiga necia!



(Salen SILVIA y LISARDO, y vase LAURA.)

SILVIA:

Esta es la casa, señor,
de aquella dama encubierta,
que ya descubierta veis.

LISARDO:

¡Quién vio dicha como esta!

MARCELA:

Estaríades, señor
Lisardo, muy olvidado
de que iría mi cuidado
a buscaros.

LISARDO:

Mi temor
confieso, y que la esperanza
desta ventura perdí
que siempre andar juntos vi
fortuna y desconfianza.

MARCELA:

Aunque es verdad que pudiera
hoy, por el gusto [de] hablaros,
señor Lisardo, llamaros
a mi casa, no lo hiciera,
a no tener que reñiros
un descuido contra mí.

LISARDO:

¿Descuido contra vós?

MARCELA:

Sí,
de que me importa advertiros.

LISARDO:

Si vós misma disculpáis
mi ignorancia, con que ha sido
descuido mal advertido,
ya importa que le digáis,



porque no vuelva a incurrir
en lo que ignorante estoy.

MARCELA:

¿A quién empezastis hoy
nuestro suceso a decir,
que os estorbó una criada
la relación?

LISARDO:

Ya os entiendo,
y aunque pueda, no pretendo
satisfaceros en nada;
porque mujer que de mí,
donde no soy conocido,
tanta noticia ha tenido;
mujer que se guarda así
de un hombre, de quien yo soy
amigo; mujer que tiene
criada en su casa, que viene
con las nuevas que le doy...
harto callando la digo,
harto con irme la muestro,
porque antes que galán vuestro,
fui de don Félix amigo.

MARCELA:

Habéis sin duda pensado
por las nuevas que yo os doy,
que dama de Félix soy;
pues estáis muy engañado,
y esto me habéis de creer:
si algo cree quien dice que ama,
que no solo soy su dama,
mas que no lo puedo ser.

LISARDO:

Si los principios negáis,
mal argumento tenéis.
¿De quién mi nombre sabéis,
y de mí informada estáis?
¿De quién, pues, habéis sabido
(decir puede en un momento)
lo que en su mismo aposento
a los dos ha sucedido?



MARCELA:

Para que aquí se concluya
lo que a dudar os obliga,
sabed que yo soy amiga
de una hermosa dama suya.
Esta, hablando pues conmigo,
en Félix nuevas me dio
de vós, porque en vós habló
como de Félix amigo;
y aunque él es tan caballero,
en nadie un secreto cupo
mejor, que en quien no le supo;
y así suplicaros quiero
que a don Félix no le deis
más señas, señor, de mí,
ni le digáis que yo os vi,
ni que mi casa sabéis;
porque me van en rigor
a una sospecha creída,
hoy por lo menos la vida,
y por lo más el honor.

LISARDO:

Bien pensáis que habrá cesado
de mis dudas la razón,
y antes mayor confusión
es la que me habéis dejado;
porque si no sois...
(Sale CELIA.)

CELIA:

Señora.

MARCELA:

¿Qué hay, Celia?

CELIA:

Que mi señor
viene por el corredor.

MARCELA:

Esto me faltaba agora.
¿Podrá salir?



[CELIA]:

No, que viene
por la puerta que él entró,
y saber que hay otra no
es posible, ni conviene.
Hasta aquí entra ya.

LISARDO:

¿Qué haré?

FABIO:

Celia, ¿qué [es] esto?
Esta puerta, ¿cuándo abierta
sueles por dicha tener?

CELIA:

Esconderos es forzoso
en esta cuadra.

LISARDO:

Dudoso
estoy.

MARCELA:

Presto, que si os ve...

LISARDO:

¡Vive Dios, que estoy perdido!
(Escóndese en una puerta, y sale LAURA.)

MARCELA:

Cercada de penas muero.

LAURA:

¿Ves, Marcela? En el primero
hurto al fin nos han cogido.
¡En buena ocasión me has puesto!

MARCELA:

¿Quién pudiera prevenir,
que ahora hubiese de venir
tu padre?
(Sale FABIO.)



FABIO:

Celia, ¿qué [es] esto?
Esta puerta, ¿cuándo abierta
sueles por dicha tener?

LAURA:

Vínome Marcela a ver,
y por estar esa puerta
la más cerca de una casa
adonde ella estaba, yo
la hice abrir; por ella entró,
y quedose así: esto pasa.

FABIO:

Perdonad, bella Marcela,
que como la luz del día
ya se va a poner, no os vía.

LAURA:

[Aparte.]
¡Gran daño el alma recela!

CELIA:

[Aparte.]
¡Qué confusión!
(Vase.)

SILVIA:

[Aparte.]
¡Qué temor!

MARCELA:

Yo, habiendo agora sabido
la tristeza que ha tenido
Laura, me trujo mi amor
a verla, y ver si merezco
de sus penas consolar
la tristeza y el pesar.

LAURA:

Son tantas las que padezco,
que me añade más dolor
el remedio prevenido,
y antes pienso que has venido



a hacerme tú mayor;
que crece con el remedio
este accidente.

FABIO:

No sé
qué te diga, ni sabré
hallar a tus males medio:
-Hola, traed luces aquí.
(Sale CELIA con luces, pónelas en un bufete, y sale el
ESCUADERO.)

CELIA:

Ya aquí las luces están.

ESCUADERO:

Las ocho y media serán,
habemos de irnos de aquí
esta noche, pues que ya
ha anochecido, señora,
¿no es de recogernos hora?

MARCELA:

Pena el dejarte me da,
Laura, con este cuidado,
pero excusarle no puedo.

LAURA:

Yo, en fin, a pagar me quedo
las culpas que no he pecado.

MARCELA:

¿Qué puedo hacer? ¡Ay de mí!
Dame licencia.

FABIO:

Yo iré
sirviéndoos.

MARCELA:

No hay para qué
me tratéis, señor, así,
quedad con Dios.

LAURA:



[Aparte a MARCELA.]
Mejor es
dejarle ir, para que pueda
irse este hombre que aquí queda.

FABIO:

Yo tengo de ir con vós.

MARCELA:

Pues
me honráis tanto, replicar
vuestra grande cortesía
pareciera grosería.

FABIO:

La mano me habéis de dar.

MARCELA:

Sois tan galán, que no puedo
negaros ese favor.
(Vanse FABIO, MARCELA, el ESCUDERO y SILVIA.)

LAURA:

¿Hay, Celia, pena mayor
que la pena con que quedo?
¿Quién creará, que yo encerrado
aquí tengo un hombre que
no conozco? Y si me ve,
¿quedará desengañado
de que Marcela no ha sido
el dueño de aquesta casa?

CELIA:

Todo cuanto aquí nos pasa
fácil enmienda ha tenido
con irse ahora mi señor.
Retírate tú de aquí;
yo le sacaré de allí,
sin que pueda del error
en que está desengañarse,
pues él sin verte se irá,
ni a ti, ni a Marcela.

LAURA:



Ya
solo falta efectuarse.
La puerta abre, mas detente,
que parece que he sentido
en esta sala ruido.

CELIA:

Ya es otro el inconveniente.
(Sale DON FÉLIX.)

DON FÉLIX:

Apenas la sombra oscura
tendió, Laura, el manto negro,
capa de noche que viste
para disfrazarse el cielo,
cuando a tu puerta me hallaron
las estrellas, que el deseo
tanto anticipa las horas,
que a verte a estas horas vengo,
haciendo el tiempo en tu calle,
porque no se pierda el tiempo.
Vi que mi hermana salía
de tu casa, y advirtiéndome
que tu padre la acompaña,
a entrar hasta aquí me atrevo;
porque las paces de hoy
me tienen con tal contento,
que no quise dilatar
solo un instante, un momento
el verte desenojada.

LAURA:

Pues no haces bien, si es que advierto,
que un enojo apenas quitas,
cuando otro vas disponiendo.
¿Tanto podía tardar
([Aparte.]
Apenas a hablarte acierto.)
en recogerse mi casa,
que temerario y resuelto
te entras aquí, sin mirar,
que ha de volver al momento
mi padre?

DON FÉLIX:



Solo he querido,
que sepas, Laura, que espero
en la calle, que sea hora
para hablarte: porque luego
no digas, que de otra parte
vengo, cuando a verte vengo.
En la calle, pues, estoy.

LAURA:

Eso sí, vuélvete presto,
que en recogíendose al punto
mi padre, hablarnos podemos
más despacio. No me tengas
con tanto susto, que creo
que sospechoso, ¡ay de mí!,
está ya del amor nuestro;
tanto, que a esta puerta falsa
la llave ha quitado.
([Aparte.]
Esto
digo por asegurar
el paso al que está acá dentro.)
Y anda todos estos días
a casa, yendo y viniendo.

DON FÉLIX:

Por quitarle este temor
me voy, en la calle espero.
(Dentro FABIO.)

FABIO:

Hola, bajad una luz.

LAURA:

Él viene ya.

CELIA:

Dicho y hecho.
(Toma CELIA una luz, y vase.)

DON FÉLIX:

Si desotra puerta dices
que quitó la llave, es cierto
que no hay por donde salir;
y así en aqueste aposento



me esconderé.

(Va a entrar donde está LISARDO, y ella se pone delante.)

LAURA:

Aguarda, espera;
que no has de entrar aquí dentro.

DON FÉLIX:

¿Por qué?

LAURA:

Porque siempre aquí
está mi padre escribiendo
mucha parte de la noche.

DON FÉLIX:

¡Vive Dios, que no es por eso!
Porque al entreabrir la puerta
he visto un bulto allá dentro.

LAURA:

Mira...

DON FÉLIX:

¿Aquí qué hay que mirar?

LAURA:

Advierte...

DON FÉLIX:

Ya nada temo.

LAURA:

Que entra ya mi padre.

DON FÉLIX:

¡Ay triste,
en que gran duda estoy puesto!,
si aquí hago alboroto, a Fabio
de sus ofensas advierto;
si callo, sufro las mías.
(Sale FABIO.)

FABIO:

¡Vós aquí, Félix! ¿Qué es esto?



LAURA:

[Aparte a DON FÉLIX.]
Mira, por Dios, lo que haces;
pues en quien es caballero,
el honor de las mujeres
siempre ha de ser lo primero.

DON FÉLIX:

([Aparte.]
Y es verdad, disimular
tomo por mejor acuerdo,
si celos se disimulan.)
[A FABIO.]
Buscando a mi hermana vengo,
que me dijeron, que aquí
estaba.

FABIO:

Ya yo la dejo
en su casa, y vuelvo agora
de servirla de escudero.

LAURA:

Eso es lo mismo que yo
le estaba, señor, diciendo.

DON FÉLIX:

Dios os guarde por la honra
que a mi hermana le habéis hecho.

FABIO:

Ella os espera ya en casa.

DON FÉLIX:

([Aparte.]
No sé, ¡ay Dios!, lo que hacer debo.
Estarme aquí es necedad;
irme, si aquí un hombre dejo,
es desaire; alborotar
aquesta casa, desprecio:
pues esperarle en la calle,
si hay dos puertas, ¿cómo puedo
yo solo? ¡Oh, quién a Lisardo,
que es mi amigo verdadero,
consigo hubiera traído!



Mas ya he pensado el remedio.)
Quedad con Dios.

FABIO:

Él os guarde.

DON FÉLIX:

[Aparte.]

Hoy he de ver, ¡vive el cielo!
si es verdad que a la fortuna
ayuda el atrevimiento.

(DON FÉLIX se va muy aprisa, FABIO está a la puerta con él, y
CELIA después toma la una luz y se va, toma la otra luz FABIO.)

FABIO:

Alumbra, Celia, a don Félix,
Laura, éntrate tú acá dentro,
que tengo que hablar a solas
contigo.

LAURA:

[Aparte.]

Otro susto, ¡cielos!,
mi padre ¿qué me querrá?
Laura ¿en qué ha de parar esto?

(Vanse los dos, y sale CELIA con la luz que llevó como con
temor.)

CELIA:

Sin esperar que bajara
a alumbrarle, en un momento
se me desapareció Félix.
Bien se deja ver su intento,
que es de dar presto la vuelta
a la calle; mas primero
que él llegue, ya habrá salido
esotro, que en su aposento
está mi señor con Laura
no hay que esperar. Caballero,
[A LISARDO.]
en gran confusión estamos
por vós.

LISARDO:

Ya sé lo que os debo,
que aunque he entendido muy poco



del caso, porque aquí dentro
llegaban muertas las voces,
he entendido por lo menos
los empeños desta casa.

CELIA:

Vamos de aquí.

LISARDO:

Vamos presto.



TEXTO DRAMÁTICO Nº 19 - Casa con dos puertas mala es de guardar (3)

Autor: Calderón de la Barca

Editorial: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
(<http://www.cervantesvirtual.com>)

ESCENA 3 JORNADA II

CALABAZAS:

Ya la dije a una criada,
que me sacase la ropa;
porque hoy nos vamos a Irlanda.

LISARDO:

En efeto, me destierran
antes de tiempo de Ocaña
tramoyas de una mujer

(Sale MARCELA con manto, y SILVIA sin él.)

SILVIA:

Mira a qué te atreves.

MARCELA:

Nada
me digas, porque no estoy
para escucharte palabra.
¿Que hoy se va no dices?

SILVIA:

Sí.

MARCELA:

Pues Silvia, ¿de qué te espantas
que haga locuras mi amor?
Sin duda le dijo Laura
quién soy, y de mí va huyendo.

SILVIA:

Pues si eso temes, ¿qué tratas?



MARCELA:

Hablarle ya claramente;
que puesto que a esta hora falta
mi hermano, ya no vendrá
hasta que le lleven capa,
y valona, o sea de noche.
Tú, Silvia, a esa puerta aguarda.
(Vase SILVIA.)

LISARDO:

Mira si ha venido Félix.

CALABAZAS:

Félix no, pero la dama
tapada sí que ha venido.

LISARDO:

¿Qué dices?

CALABAZAS:

Ecce quem amas.

MARCELA:

Señor Lisardo, no sé
que sea acción cortesana
el iros sin despediros
hoy de una mujer que os ama.

LISARDO:

¿Tan presto tuvistis nuevas
de mi partida?

MARCELA:

Las malas
vuelan mucho.

CALABAZAS:

¡Vive Dios,
que con los demonios hablas!
Si es Catalina de Acosta,
que anda buscando su estatua.

MARCELA:

En fin, ¿os vais?



LISARDO:

Sí, y huyendo
de vós, que vós sois la causa.

MARCELA:

Deso infiero que sabéis
ya quién soy, ¡estoy turbada!
y si el haberlo sabido
anticipa la jornada,
id con Dios; pero advirtiéndome
que fue en mí y en vós la causa
imposible de decirla,
y imposible de callarla.

LISARDO:

No os entiendo, pues no sé
de vós esta verdad clara,
más de lo que sé de vós,
y antes la desconfianza
que hacéis de mí, es quien me mueve
a irme.

CALABAZAS:

Ce, por la sala
entra don Félix.

MARCELA:

¡Ay triste!

LISARDO:

¿Qué os turba? ¿Qué os embaraza?
Conmigo estáis.

MARCELA:

Es verdad,
mas puesto que mis desgracias
unas con otras tropiezan,
y tan en mi alcance andan,
sabed que yo soy... No puedo,
no puedo hablar más palabra,
que entra ya. Mi vida está
en vuestras manos; guardadla,
que yo me escondo aquí.
(Escóndese.)



LISARDO:

¡Cielos,
sacadme de dudas tantas!
Ella es su dama sin duda,
pues que tanto dél se guarda.
(Sale DON FÉLIX.)

DON FÉLIX:

Lisardo.

LISARDO:

Pues ¿qué traéis
don Félix?

DON FÉLIX:

Traigo un pesar,
y véngole a consolar
con vós que me aconsejéis.

LISARDO:

Cuando por haber faltado
de casa, vete de aquí,
(Vase CALABAZAS.)
toda la noche creí
que habíades celebrado
las paces con vuestra dama,
¿al amanecer venís
con el pesar que decís?

DON FÉLIX:

Sí, que un mal a otro mal llama.
¡Ay Lisardo! Bien dijistis
cuando hablastis de los celos,
que sus mortales desvelos,
y que sus efetos tristes,
eran tan otros tenidos,
que dados cuanto se ofrece
entre quien hace y padece,
pues padecen mis sentidos
el daño que antes hicieron.
¡Oh quien mil siglos los diera,
y un punto no los tuviera!

LISARDO:



Pues ¿cómo o de qué nacieron?

(Aparte.)

¡Vive Dios!, que él ha seguido
esta dama, y que sus celos
son de mí y della

LISARDO:

Cuando por haber faltado
de casa, vete de aquí,
(Vase CALABAZAS.)
toda la noche creí
que habíades celebrado
las paces con vuestra dama,
¿al amanecer venís
con el pesar que decís?

DON FÉLIX:

Sí, que un mal a otro mal llama.
¡Ay Lisardo! Bien dijistis
cuando hablastis de los celos,
que sus mortales desvelos,
y que sus efetos tristes,
eran tan otros tenidos,
que dados cuanto se ofrece
entre quien hace y padece,
pues padecen mis sentidos
el daño que antes hicieron.
¡Oh quien mil siglos los diera,
y un punto no los tuviera!

LISARDO:

Pues ¿cómo o de qué nacieron?

(Aparte.)

¡Vive Dios!, que él ha seguido
esta dama, y que sus celos
son de mí y della.

MARCELA:

(Aparte.)

Los cielos
den mis penas a partido.

DON FÉLIX:

Muy rendido ayer llegué
donde, ¡ay de mí!, satisfice
con los extremos que hice



las lágrimas que lloré,
las mal fundadas sospechas,
que de mí, ¡ay cielos!, tenía
la hermosa enemiga mía,
y cuando ya satisfechas
estaban, y yo esperaba
de los sembrados rigores,
coger el fruto en favores
de la calle en que aguardaba,
entré a vella muy contento;
y porque fue fuerza así
un aposento entreabrí,
¡mal haya mi sufrimiento!,
y en él, ¡qué torpes desvelos!,
el bulto de un hombre vi.

LISARDO:

(Aparte.)
¡Esto es lo que anoche a mí
me pasó, viven los cielos!

DON FÉLIX:

¡Oh, mal haya yo, porque
aunque su padre viniera,
y aunque su honor se perdiera,
a darle muerte no entré!
Quedarme pude escondido
con ánimo de volver
a buscar el hombre, y ver
quién era.

LISARDO:

¿Habeislo sabido?

DON FÉLIX:

No, porque ya una criada
le había sacado de allí,
tras él al punto salí,
pero no pude hallar nada.
Así hasta medio día
toda la mañana he estado,
¡mirad qué necio cuidado!,
pensando que volvería.
Ved si habrá en el mundo quien
tenga el dolor que yo tengo,



pues hoy aquí a tener vengo
celos, sin saber de quién.

LISARDO:

(Aparte.)
En este punto creí
todo cuanto imagine;
la dama esta dama fue,
y yo el encerrado fui.
Las señas son, mas supuesto
que él no sabe que fui yo,
ni que ella aquí se ocultó,
ponga fin a todo esto
mi ausencia, puesto que así
todo el silencio lo sella;
pues no sabrá agravios della,
ni tendrá quejas de mí.

DON FÉLIX:

¿Ahora suspenso estáis?
¿Cómo no me respondéis?

LISARDO:

Como admirado me habéis,
aun más de lo que pensáis.

DON FÉLIX:

¿Qué puedo hacer?

LISARDO:

Olvidar.

DON FÉLIX:

¡Ay, Lisardo, quién pudiera!

(Sale CALABAZAS.)

CALABAZAS:

Señor, una dama ahí fuera
dice que te quiere hablar.

DON FÉLIX:

Ella es, que habrá venido
a verme. Yo no he de vella.



LISARDO:

Mirad primero si es ella.
(Sale LAURA tapada.)

DON FÉLIX:

¿No he de haberla conocido?
Ella es, que en conclusión,
querrá agora, que yo crea
que todo mentira sea.

LISARDO:

(Aparte.)
Ya es otra mi confusión,
si esta es la que Félix ama,
y dentro en su casa vio
un hombre, y este fui yo,
¿quién es, quién, estotra dama?

LAURA:

Lisardo, por caballero
os ruego, que os ausentéis,
y con Félix me dejéis,
porque hablar con Félix quiero.

DON FÉLIX:

¿Quién te ha dicho, que querrá
el Félix hablarte a ti?

LAURA:

Dejadnos solos.

LISARDO:

Por mí
obedecida estáis ya.
[Aparte.]
Fuerza es dejar encerrada
la otra dama hasta después,
y estar a la vista. Nada
tengo ya que temer, pues
no es su dama mi tapada.
(Vanse CALABAZAS y LISARDO.)

LAURA:



Ya que estamos los dos solos,
don Félix, y que podré
decir a lo que he venido,
escúchame.

DON FÉLIX:

¿Para qué?
Ya sé que quieres decirme,
que ilusión, que engaño fue
cuanto oí, y cuanto vi,
y si esto, en fin, ha de ser,
ni tú tienes qué decir,
ni yo tengo qué saber.

LAURA:

¿Y si nada fuese deso,
sino todo eso al revés?

DON FÉLIX:

¿Cómo?

LAURA:

Escucha, oíraslo.

DON FÉLIX:

¿Iraste
si te escucho?

LAURA:

Sí.

DON FÉLIX:

Di, pues.

LAURA:

Negarte que estaba un hombre
en mi aposento...

DON FÉLIX:

Detén.
¿Y es estilo de obligar,
modo de satisfacer,
decirme, cuando esperaba
un rendimiento cortés,
una disculpa amorosa,



confesar la ofensa? ¿Ves
cómo otra vez la repites,
porque la sienta otra vez?

LAURA:

Si no me oyes hasta el fin...

MARCELA:

[Aparte.]
¡Quién vio lance más cruel!

DON FÉLIX:

¿Qué he de escuchar?

LAURA:

Mucho.

DON FÉLIX:

¿Iraste
si te escucho?

LAURA:

Sí.

DON FÉLIX:

Di, pues.

LAURA:

Negarte que estaba un hombre
en mi aposento, y también
que Celia le abrió la puerta,
no fuera justo; porque
negarle a un hombre en su cara
lo mismo que escucha y ve,
es darle a un desesperado
para consuelo un cordel;
mas pensar tú que fue agravio
de tu amor y de mi fe,
es pensar que cupo mancha
en el puro rosicler
del sol, porque con mi honor
aún es sombra todo él.

DON FÉLIX:

Pues ¿quién aquel hombre era?



LAURA:

No puedo decirte quién.

MARCELA:

[Aparte.]
¡Quién vio confusión igual!

DON FÉLIX:

¿Por qué?

LAURA:

Porque no lo sé.

DON FÉLIX:

¿Qué hacía escondido allí?

LAURA:

No lo sé tampoco.

DON FÉLIX:

¿Pues,
dónde la satisfacción
está?

LAURA:

En no saberlo.

DON FÉLIX:

Bien,
no saberlo es la disculpa,
la culpa el saberlo es,
pues ¿cómo quieres que venza
lo que sé a lo que no sé?
Laura, Laura, no hay disculpa.

LAURA:

Félix, Félix, déjame,
que aunque lo puedo decir,
tú no lo puedes saber.

DON FÉLIX:

Otra vez me has dicho ya,
baldón o despecho fue,
eso mismo, y ¡vive Dios!



de no escucharlo otra vez;
porque aquí me has de decir
la verdad desto.

MARCELA:

[Aparte.]
¿Qué haré?
Que, por disculparse a sí,
me ha de echar a mí a perder.

DON FÉLIX:

Que nada me está peor,
que el pensarlo.

LAURA:

Sí diré.

MARCELA:

[Aparte.]
No dirás, porque primero
(Pasa por delante tapada, como jurándosela a DON FÉLIX, él
quiere seguirla, y LAURA le detiene.)
tus voces estorbaré
con esta resolución.
Amor ventura me de
como me da atrevimiento,
solo esto he querido ver.
(Vase.)

DON FÉLIX:

¿Qué mujer es esta?

LAURA:

Hazte
de nuevas.

DON FÉLIX:

Déjame que
la siga y la reconozca.

LAURA:

¡Eso querías tú porque
pudieras desenojalla,
diciéndole a ella después,



que me dejaste por ir
tras ella! Pues no ha de ser.

DON FÉLIX:

Laura mía, mi señora,
el cielo me falte, amén,
si sé qué mujer es esta.

LAURA:

Yo sí, yo te lo diré:
Nise era, que al pasar
yo la conocí muy bien.

DON FÉLIX:

Ni era Nise, ni sé yo
cómo estaba aquí.

LAURA:

Muy bien;
la disculpa es no saberlo,
la culpa el saberlo es.
Pues ¿cómo quieres que venza
lo que sé a lo que no sé?
Adiós Félix.

DON FÉLIX:

Si no basta
el desengaño que ves,
¿cómo quieres que yo crea
lo que tú, Laura, no crees?

LAURA:

Porque yo digo verdad,
y soy quien soy.

DON FÉLIX:

Yo también,
y vi en tu aposento a un hombre.

LAURA:

Yo en el tuyo una mujer.

DON FÉLIX:

No sé quién fue.



LAURA:

Yo tampoco.

DON FÉLIX:

Sí supiste, Laura; pues
ya me lo ibas a decir.

LAURA:

Ya sin decirlo me iré
por no dar satisfacciones
a un hombre tan descortés.

DON FÉLIX:

Mira Laura...

LAURA:

Suelta Félix.

DON FÉLIX:

Vete, que es cosa cruel
haber de rogar quejoso.

LAURA:

Quédate, que es rabia haber
de llevar traiciones, cuando
finezas vine a traer.

DON FÉLIX:

Yo bien disculpado estoy.

LAURA:

Si a aqueso va, yo también.

DON FÉLIX:

Pues vi en tu aposento un hombre.

LAURA:

Yo en el tuyo una mujer.

DON FÉLIX:

Si esto, cielos, es amar...

LAURA:



Si esto fortuna, es querer...

LOS DOS:

¡Fuego de Dios en el querer
bien!
Amén, Amén.



TEXTO DRAMÁTICO Nº 20 - El vergonzoso en palacio (1)

Autor: Tirso de Molina

Edición: Undécima Edición ; Everett W. Hesse

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

ACTO SEGUNDO

(Sale MIRENO, galán, y dice de rodillas.)

MIRENO.	Aunque ha sido atrevimiento el venir a la presencia, señora, de vuexcelencia mi poco merecimiento, ser agradecido trato al recibido favor;	125
	porque el pecado mayor es el que hace un hombre ingrato. Por haber favorecido de un desdichado la vida -que al noble es deuda debida- me vi preso y perseguido; pero en la misma moneda me pagó el cielo, sin duda, pues libre, con vuestra ayuda, mi vida, señora, queda.	130
	¿Libre dije? Mal he hablado; que el noble, cuando recibe, cautivo y esclavo vive, que es lo mismo que obligado; y, ojalá mi vida fuera tal que, si esclava quedara, alguna parte pagara desta merced, que ella hiciera excesos; pero, entre tantas que mi humildad envilecen y como esclavos ofrecen sus cuellos a vuestras plantas, a pagar con ella vengo la mucha deuda en que estoy; pues no os debo más si os doy, gran señora, cuanto tengo.	135
	Levantaos del suelo.	140
MADAL.		145
		150



MIRENO.	Así estoy, gran señora, bien.	
MADAL.	Haced lo que os digo. (<i>Aparte.</i>) ¿Quién me ciega el alma? ¡Ay de mí! ¿Sois portugués?	155
MIRENO.	(<i>Levántase.</i>) Imagino que sí.	
MADAL.	¿Que lo imagináis? ¿Desa suerte incierto estáis de quién sois?	
MIRENO.	Mi padre vino al lugar adonde habita, y es de alguna hacienda dueño, trayéndome muy pequeño; mas su trato lo acredita. Yo creo que en Portugal nacimos.	160 165
MADAL.	¿Sois noble?	
MIRENO.	Creo que sí, según lo que veo en mi honrado natural, que muestra más que hay en mí.	
MADAL.	Y ¿darán las obras vuestras, si fuere menester, muestras que sois noble?	170
MIRENO.	Creo que sí. Nunca de hacellas dejé.	
MADAL.	Creo, decís a cualquier punto. ¿Creéis, acaso, que os pregunto artículos de la fe?	175
MIRENO.	Por la que debe guardar a la merced recibida de vuexcelencia mi vida, bien los puede preguntar, que mi fe su gusto es.	180
MADAL.	¡Qué agradecido venís!	



MIRENO.	No nació para servir mi inclinación, que es más alta.	215
MADAL.	Pues cuando volar presume, las plumas la han de ayudar.	
MIRENO.	¿Cómo he de poder volar con solamente una pluma?	220
MADAL.	Con las alas del favor; que el vuelo de una privanza mil imposibles alcanza.	
MIRENO.	Del privar nace el temor, como muestra la experiencia; y tener temor no es justo.	225
MADAL.	Don Dionís: este es mi gusto.	
MIRENO.	¿Gusto es de vuesa excelencia que sirva el duque? Pues, alto: cúmplase, señora, ansí, que ya de un vuelo subí al primer móvil más alto. Pues, si en esto gusto os doy, ya no hay que subir más arriba: como el duque me reciba, secretario suyo soy. Vos, señora, lo ordenad.	230 235
MADAL.	Deseo vuestro provecho, y ansí lo que veis he hecho; que, ya que os di libertad, pesárame que en la guerra la malograrais; yo haré cómo esta plaza se os dé por que estéis en nuestra tierra.	240
MIRENO.	Mil años el cielo guarde tal grandeza.	245
MADAL.	(<i>Aparte.</i>) Honor: huir; que revienta por salir, por la boca, amor cobarde.	(<i>Vase.</i>)
MIRENO.	Pensamiento: ¿en qué entendéis? Vos, que a las nubes subís,	250



decidme: ¿qué colegís de lo que aquí visto habéis? Declaraos, que bien podéis. Decidme: tanto favor ¿nace de sólo el valor	255
que a quien es honra ennoblece, o erraré si me parece que ha entrado a la parte amor? ¡Jesús! ¿qué gran disparate! Temerario atrevimiento	260
es el vuestro, pensamiento; ni se imagine ni trate: mi humildad el vuelo abate con que sube el deseo vario; mas, ¿por qué soy temerario si imaginar me prometo que me ama en lo secreto quien me hace su secretario? ¿No estoy puesto en libertad por ella? Y, ya sin enojos, por el balcón de sus ojos, ¿no he visto su voluntad? Amor me tiene. –Callad, lengua loca; que es error imaginar que el favor	265
que de su nobleza nace, y generosa me hace, está fundado en amor. Mas el desear saber mi nombre, patria y nobleza, ¿no es amor? Esa es bajeza. Pues alma, ¿qué puede ser? Curiosidad de mujer. Sí; mas ¿dijera, alma, advierte, a ser eso desa suerte sin reinar amor injusto: «don Dionís, este es mi gusto»? Este argumento, ¿no es fuerte? Mucho: pero mi bajeza no se puede persuadir que vuele y llegue a subir al cielo de tal belleza; pero ¿cuándo hubo flaqueza en mi pecho? Esperar quiero; que siempre el tiempo ligero hace lo dudoso cierto; pues mal vivirá encubierto	270
	275
	280
	285
	290
	295



el tiempo, amor y dinero.



	comienza, si humana mano al vivo puede copiar la belleza singular de un serafín.	795
PINTOR.	Es humano; bien podré.	
ANTONIO.	Pues ¿no te admiras de su vista soberana?	800
SERAFINA.	El espejo, doña Juana; tocaréme.	
JUANA.	<i>(Trae un espejo.)</i> Si te miras en él, ten, señora, aviso, no te enamores de ti.	
SERAFINA.	¿Tan hermosa estoy así?	805
JUANA.	Temo que has de ser Narciso.	
SERAFINA.	¡Bueno! Desta suerte quiero los cabellos recoger, por no parecer mujer cuando me quite el sombrero: pon el espejo. ¿A qué fin le apartas?.	810
JUANA.	Porque así impido a un pintor que está escondido por copiarte en el jardín.	
SERAFINA.	¿Cómo es eso?	
PINTOR.	¡Vive Dios, que a questa mujer nos vende! Si el duque acaso esto entiende, medrado habemos los dos.	815
SERAFINA.	¿En el jardín hay pintor?	
JUANA.	Sí: deja que te retrate.	820
ANTONIO.	¡Cielos! ¿Hay tal disparate?	
SERAFINA.	¿Quién se atrevió a eso?	



JUANA.

Amor,
que, como en Chipre, se esconde
enamorado de ti
por retratarte.



TEXTO DRAMÁTICO Nº 22 - El vergonzoso en palacio (3)

Autor: Tirso de Molina

Edición: Undécima Edición ; Everett W. Hesse

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

ACTO SEGUNDO

(*Salen DOÑA MADALENA y MIRENO.*)

MADAL.	Mi maestro habéis de ser desde hoy.	1075
MIRENO.	¿Qué ha visto en mí, vuestra excelencia, que así me procura engrandecer? Dará lición al maestro el discípulo desde hoy.	1080
MADAL.	(<i>Aparte.</i>) ¡Qué claras señales doy del ciego amor que le nuestro!	
MIRENO.	(<i>Aparte.</i>) ¿Qué hay que dudar, esperanza? Esto ¿no es tenerme amor? Dígalo tanto favor, muéstrelo tanta privanza. Vergüenza: ¿por qué impedís la ocasión que el cielo os da? Daos por entendido ya.	1085
MADAL.	Como tengo, don Dionís, tanto amor...	1090
MIRENO.	(<i>Aparte.</i>) ¡Ya se declara, ya dice que me ama, cielos!	
MADAL.	... al conde de Vasconcelos, antes que venga, gustara, no sólo hacer buena letra, pero saberle escribir, y por palabras decir lo que el corazón penetra; que el poco uso que en amar tengo, pide que me adiestre esta experiencia y, me muestre	1095 1100



MADAL.	¿Qué tenéis?	
MIRENO.	Ninguna cosa.	
MADAL.	<i>(Aparte.)</i> Un favor me manda amor que le dé. <i>(Tropieza y dala la mano MIRENO.)</i> ¡Válgame Dios! Tropecé... <i>(Aparte.)</i> Que siempre tropieza amor. El chapín se me torció.	1145
MIRENO.	<i>(Aparte.)</i> ¡Cielos! ¿Hay ventura igual? ¿Hízose acaso algún mal vueselencia?	
MADAL.	Creo que no.	1150
MIRENO.	¿Qué la mano la tomé?	
MADAL.	Sabed que al que es cortesano le dan, al darle una mano, para muchas cosas pie, <i>(Vase.)</i>	
MIRENO.	«¡Le dan, al darle una mano, para muchas cosas pie!» De aquí, ¿qué colegiré? Decid, pensamiento vano: en aquesto, ¿pierdo o gano? ¿Qué confusión, qué recélos son aquestos? Decid, cielos: ¿esto no es amor? Mas no, que llevo la estatua yo del conde de Vasconcelos. Pues ¿qué enigma es darme pie la que su mano me ha dado? Si sólo el conde es amado, ¿qué es lo que espero? ¿Qué sé? Pie o mano, decid, ¿por qué dais materia a mis desvelos? Confusión, amor, recelos, ¿soy amado? Pero no, que llevo la estatua yo del conde de Vasconcelos. El pie que me dio será pie para darla lición en que escriba la pasión	1155 1160 1165 1170 1175



que el conde y su amor la da.
Vergüenza, sufrí y callá;
basta ya, atrevidos vuelos,
vuestra ambición, si a los cielos
mi desatino os subió;
que llevo la estatua yo
del conde de Vasconcelos.

1180



TEXTO DRAMÁTICO Nº 23 - El vergonzoso en palacio (4)

Autor: Tirso de Molina

Edición: Everett W. Hesse

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

Acto tercero

(Sale DOÑA JUANA)

JUANA. Don Dionís, señora, viene
a darle lición.

MADAL. *(Aparte.)* A dar
lición vendrá de callar,
pues aun palabras no tiene. 445
De suerte me trata amor
que mi pena no consiente
más silencio; abiertamente
le declararé mi amor,
contra el común orden y uso;
mas tiene de ser de modo 450
que diciéndoselo todo,
le he de dejar más confuso.

*(Siéntase en una silla; finge que duerme,
y sale MIRENO, descubierto.)*

MIRENO. ¿Qué manda vuestra excelencia?
¿Es hora de dar lición?
(Aparte.) Ya comienza el corazón 455
a temblar en su presencia.
Pues que calla, no me ha visto;
sentada sobre la silla,
con la mano en la mejilla
está.

MADAL. *(Aparte.)* En vano me resisto: 460
yo quiero dar a entenderme
como que dormida estoy.

MIRENO. Don Dionís, señora, soy.
¿No me responde? Sí duerme,
durmiendo está. Atrevimiento, 465
ahora es tiempo; llegad



	a contemplar la beldad que ofusca mi entendimiento. Cerrados tiene los ojos, llegar puedo sin temor; que, si son flechas de amor, no me pondrán dar enojos. ¿Hizo el Autor soberano de nuestra naturaleza más acabada belleza? Besarla quiero una mano. ¿Llegaré? Sí; pero no; que es la reliquia divina, y mi humilde boca, indina de tocalla. ¡Pero yo soy hombre y tiemblo! ¿Qué es esto? Animo. ¿No duerme? Sí.	470
		475
		480
	<i>(Llega y retírase.)</i>	
	Voy. ¿Si despierta? ¡Ay de mí, que el peligro es manifiesto, y moriré si recuerda hallándome deste modo. Para no perderlo todo, bien es que esto poco pierda. El temor al amor venza: afuera quiero esperar.	485
		490
MADAL.	<i>(Aparte.)</i> ¡Que no se atrevió a llegar! ¡Mal haya tanta vergüenza!	
MIRENO.	No parezco bien aquí solo, pues durmiendo está. Yo me voy.	
MADAL.	<i>(Aparte.)</i> ¿Qué al fin se va?	495
	<i>(Como que duerme.)</i>	
	Don Dionís...	
MIRENO.	¿Llamóme? Sí. ¡Qué presto que despertó! Miren, ¡qué bueno quedara si mi intento ejecutara! ¿Está despierta? Mas no; que en sueños pienso que acierta	500



	mi esperanza entretenida; y quien me llama dormida, no me quiere mal despierta. ¿Si acaso soñando está en mí? ¡Ay, cielos! ¿quién supiera lo que dice?	505
MADAL.	<i>(Como que duerme.)</i> No os vais fuera; llegaos, don Dionís, acá.	
MIRENO.	Llegar me manda su sueño. ¡Qué venturosa ocasión! Obedecella es razón, pues, aunque duerme, es mi dueño. Amor: acabad de hablar; no seáis corto.	510
MADAL.	<i>(Todo lo que hablare ella es como entre sueños.)</i> Don Dionís: ya que a enseñarme venís a un tiempo a escribir y amar al conde de Vasconcelos...	515
MIRENO.	¡Ay, celos! ¿Qué es lo que veis?	
MADAL.	Quisiera ver si sabéis qué es amor y qué son celos; porque será cosa grave que ignorante por vos quede, pues que ninguno otro puede enseñar lo que no sabe. Decidme: ¿tenéis amor? ¿De qué os ponéis colorado? ¿Que vergüenza os ha turbado? Responded, dejá el temor; que el amor es un tributo y una deuda natural en cuantos viven, igual desde el ángel hasta el bruto. <i>(Ella misma se pregunta y responde como que duerme.)</i> Si esto es verdad, ¿para qué os avergonzáis así? ¿Queréis bien? — Señora: sí— ¡Gracias a Dios que os saqué una palabra siquiera!	520 525 530 535



MIRENO.	¡Hay sueño más amoroso? ¡Oh, mil veces venturoso quien le escucha y considera! Aunque tengo por más cierto que yo solamente soy el que soñándolo estoy; que no debo estar despierto.	540
MADAL.	¿Ya habéis dicho a vuestra dama vuestro amor? — No me he atrevido— . ¿Luego nunca lo ha sabido? — Como el amor todo es llama, bien lo habrá echado de ver por los ojos lisonjeros, que son mudos pregoneros—. La lengua tiene de hacer ese oficio, que no entiende distintamente quien ama esa lengua que se llama algarabía de aliende.	545 550 555
	¿No os ha dado ella ocasión para declararos?— Tanta, que mi cortedad me espanta— Hablad, que esa suspensión hace a vuestro amor agravio. — Temo perder por hablar lo que gozo por callar—. Eso es necedad, que un sabio al que calla y tiene amor compara a un lienzo pintado de Flandes que está arrollado. Poco medrará el pintor si los lienzos no descoge que al vulgo quiere vender para que los pueda ver.	560 565 570
	El palacio nunca acoge la vergüenza; esa pintura desdoblada, pues que se vende, que el mal que nunca se entiende difícilmente se cura. — Sí; mas la desigualdad que hay, señora, entre los dos me acobarda—. Amor ¿no es dios? — Sí, señora — . Pues hablad, que sus absolutas leyes saben abatir monarcas y igualar con las abarcas	575 580



MADAL.	Dormíme, en fin, y no entiendo de qué pudo sucederme, que es gran novedad en mí quedarme dormida así. (<i>Levántase.</i>)	620
MIRENO.	Si sueña siempre que duerme vuestra excelencia del modo que agora, ¡dichoso yo!	625
MADAL.	(<i>Aparte.</i>) ¡Gracias al cielo que habló este mudo!	
MIRENO.	(<i>Aparte.</i>) Tiemblo todo.	
MADAL.	¿Sabéis vos lo que he soñado?	
MIRENO.	Poco es menester saber para eso.	630
MADAL.	Debéis de ser otro Josef.	
MIRENO.	Su traslado en la cortedad he sido, pero no en adivinar.	
MADAL.	Acabad de declarar cómo el sueño habéis sabido.	635
MIRENO.	Durmiendo, vuestra excelencia, por palabras le ha explicado.	
MADAL.	¡Válame Dios!	
MIRENO.	Y he sacado en mi favor la sentencia, que falta ser confirmada, para hacer mi dicha cierta, por vueselencia despierta.	640
MADAL.	Yo no me acuerdo de nada. Decídmelo; podrá ser que me acuerde de algo agora.	645
MIRENO.	No me atrevo, gran señora.	
MADAL.	Muy malo debe de ser,	



	pues no me lo osáis decir.	
MIRENO.	No tiene cosa peor que haber sido en mi favor.	650
MADAL.	Mucho lo deseo oír; acabad ya, por mi vida.	
MIRENO.	Es tan grande el juramento, que anima mi atrevimiento, Vuestra excelencia dormida... Tengo vergüenza.	655
MADAL.	Acabad, que estáis, don Dionís, pesado.	
MIRENO.	Abiertamente ha mostrado que me tiene voluntad.	660
MADAL.	¿Yo? ¿Cómo?	
MIRENO.	Alumbró mis celos, y en sueños me ha prometido...	
MADAL.	¿Sí?	
MIRENO.	Que he de ser preferido al conde de Vasconcelos.	



TEXTO DRAMÁTICO Nº 24 - Marta la Piadosa

Autor: Tirso de Molina

Edición: Antonio Prieto

Editorial: Biblioteca Nueva; 1997; Madrid

Acto I, Escena I

(Sala en casa de DON GÓMEZ, en Madrid.)

DOÑA MARTA, *sola, de luto galán.*

DOÑA MARTA El tardo buey atado a la coyunda
la noche espera y la cerviz levanta,
y el que tiene el cuchillo a la garganta
en alguna esperanza el vivir funda.
Espera la bonanza, aunque se hunda, 5
la nave a quien el mar bate y quebranta:
Sólo el infierno causa pena tanta
porque dél la esperanza no redundo.
Es común este bien a los mortales,
pues quien más ha alcanzado, más espera, 10
y a veces el que espera, al fin alcanza.
Mas a mí la esperanza de mis males
de tal modo me aflige y desespera,
que no puedo esperar ni aun esperanza.

DOÑA LUCÍA *(Para sí)*
Que no puedo esperar ni aun esperanza, 15
me dice la fortuna, aunque inconstante.
Lloro un hermano muerto, y un amante
de su vida homicida y mi confianza.
Esperar vida a un muerto, ¿quién lo alcanza?
Esperar que en la ausencia sea constante 20
amor, es esperanza de ignorante;
que es huésped de la ausencia la mudanza.
Al homicida de mi hermano adoro.
¡Ved si se iguala a mi tormento alguno,
pues amo, aborreciendo juntamente! 25



	¿Luego quise yo jamás a Don Felipe?	
DOÑA LUCÍA	¡Jesús! ¿Querer? ¡Bonita eres tú! Hasle aborrecido más que el tordo a las guindas. Eso ¿no es claro? ¿Eres tú mujer que a nadie había de querer? Tú no eres de carne y hueso.	95 100
DOÑA MARTA	A lo menos fuera afrenta que amara yo a quien de ti es amado.	
DOÑA LUCÍA	¿Cómo así?	
DOÑA MARTA	Porque no es hombre de cuenta en quien tú los ojos pones; y cuando tenga valor, sólo por tenelle amor tú, le pierde[s].	105
DOÑA LUCÍA	Mil razones te sobran.	
DOÑA MARTA	Y en conclusión, ya sabes lo que perdiera, si elección de mi amor hiciera de quien tú haces elección; porque dijeran de mí, teniéndote, aun quien te precia y sirve, por fría y necia, que me parecía a ti.	110 115
DOÑA LUCÍA	Soy yo la misma frialdad, y eres tú el mismo calor. Andan perdidos de amor los hombres por tu beldad.	120



	Eres un sol en el talle, y hasle parecido en todo de tal suerte, que del modo que ninguna osa miralle, porque ciega el resplandor que visten sus rayos rojos; nadie pone en ti los ojos, porque los ciegas de amor y así, aunque abrasa y admira tu hermosura de mil modos, como el sol te alaban todos; pero ninguno te mira, porque ninguno hasta agora hace de servirte caso. Yo que ni quemo ni abraso, ni soy sol, ni soy aurora, de tu discreción me río; pues con ser menos perfecta, no tan hermosa y discreta; por más que yelo y enfrío, tengo muchos pretendientes, que a pesar de tu beldad, estiman más mi frialdad que no tus rayos ardientes.	125
		130
		135
		140
DOÑA MARTA	Serán amantes felpados, destos rubios moscateles, que para que no los yeles, irán a verte forrados; porque como cada día truecan las cosas los cielos, y ya se venden los hielos, estimárante por fría. Mas qué dices ¿que también don Felipe te adoraba, y con tu nieve templaba su fuego? ¿Quísote bien?	145
		150
		155



DOÑA LUCÍA Así le quisiera yo.

DOÑA MARTA ¿Que no le quieres?

DOÑA LUCÍA Ni es justo
gastar el tiempo y el gusto
con quien sabes que mató 160
a mi hermano; antes deseo
que la justicia castigue
su crueldad, porque mitigue
la pena que nunca creo
ha de tener fin en mí. 165



TEXTO DRAMÁTICO Nº 25 - El burlador de Sevilla

Autor: Tirso de Molina

Edición: Antonio Prieto

Editorial: Biblioteca Nueva; 1997; Madrid

JORNADA PRIMERA

(Saca en brazos CATALINÓN a DON JUAN, mojados.)

CATALINÓN: ¡Válgame la cananea³⁰,
y qué salado está el mar!
Aquí puede bien nadar
el que salvarse desea,
que allá dentro es desatino,
donde la muerte se fragua;
donde Dios juntó tanta agua,
no juntara tanto vino.
Agua salada; ¡estremada
cosa para quien no pesca!
Si es mala aun el agua fresca,
¡qué será el agua salada?
¡Oh, quién hallara una fragua
de vino, aunque algo encendido!
Si del agua que he bebido
escapo yo, no más agua.
Desde hoy abernuncio della,
que la devoción me quita
tanto, que aun agua bendita
no pienso ver, por no vella.
¡Ah, señor! Helado y frío
está. ¿Si estará ya muerto?
Del mar fue este desconcierto,
y mío este desvarío.
¡Mal haya aquel que primero
pinos en la mar sembró³¹,
y que sus rumbos midió
con quebradizo madero!
¡Maldito sea el vil sastre
que cosió el mar que dibuja
con astronómica aguja³²,
causa de tanto desastre!
¡Maldito sea Jasón,
y Tifis maldito sea!³³



Muerto está, no hay quien lo crea;
¡mísero Catalinón!
¿Qué he de hacer?

TISBEA: Hombre, ¿Qué tienes
en desventuras iguales?

CATALINÓN: Pescadora, muchos males,
y falta de muchos bienes.
Veo, por librarme a mí,
sin vida a mi señor. Mira
si es verdad.

TISBEA: No, que aún respira.

CATALINÓN: ¿Por donde? ¿Por aquí?

TISBEA: Sí;
pues ¿por donde?

CATALINÓN: bien podía
respirar por otra parte.

TISBEA: Necio estás.

CATALINÓN: Quiero besarte
las manos de nieve fría.

TISBEA: Ve a llamar a los pescadores
que en aquella choza están.

CATALINÓN: Y si los llamo, ¿vendrán?

TISBEA: Vendrán presto. No lo ignores.
¿Quién es este caballero?

CATALINÓN: Es hijo aqieste señor



del camarero mayor
del rey, por quien ser espero
antes de seis días conde
en Sevilla, donde va,
y donde su alteza está,
si a mi amistad corresponde.

TISBEA: ¿Cómo se llama?

CATALINÓN: Don Juan
Tenorio.

TISBEA: Llama mi gente.

CATALINÓN: Ya voy

(Coge en el regazo TISBEA a DON JUAN.)

TISBEA: Mancebo excelente,
gallardo, noble y galán.
Volved en vos, caballero.

DON JUAN: ¿Donde estoy?

TISBEA: Ya podéis ver:
en brazos de una mujer.

DON JUAN: Vivo en vos, si en el mar muero.
Ya perdí todo el recelo,
que me pudiera anegar,
pues del infierno del mar
salgo a vuestro claro cielo.
Un espantoso huracán
dio con mi nave al través,
para arrojarme a esos pies
que abrigo y puerto me dan.
Y en vuestro divino oriente
renazco, y no hay que espantar,
pues veis que hay de amar a mar
una letra solamente.



TISBEA: Muy grande aliento tenéis
para venir sin aliento,
y tras de tanto tormento
muy gran contento ofrecéis.
Pero si es tormento el mar
y son sus ondas crueles,
la fuerza de los cordeles³⁴,
pienso que os hace hablar.
Sin duda que habéis bebido
del mar la oración pasada,
pues, por ser de agua salada,
con tan grande sal ha sido.
Mucho habláis cuando no habláis,
y cuando muerto venís
mucho al parecer sentís;
¡plega a Dios que no mintáis!
Parecéis caballo griego
que el mar a mis pies desagua,
pues venís formado de agua,
y estáis preñado de fuego³⁵.
Y si mojado abrasáis,
estando enjuto, ¿qué haréis?
Mucho fuego prometéis;
¡Plega a Dios que no mintáis!

DON JUAN: A Dios, zagala, plugiera
que en el agua me anegara
para que cuerdo acabara
y loco en vos no muriera;
que el mar pudiera anegarme
entre sus olas de plata
que sus límites desata;
mas no pudiera abrasarme.
Gran parte del sol mostráis
pues que el sol os da licencia,
pues sólo con la apariencia,
siendo de nieve abrasáis.

TISBEA: Por más helado que estáis
tanto fuego en vos tenéis,
que en este mío os ardéis.
¡Plega a Dios que no mintáis!



TEXTO DRAMÁTICO Nº 26 - El castigo del penseque (1)

Autor: Tirso de Molina

Editorial: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
(<http://www.cervantesvirtual.com>)

ACTO PRIMERO

Escena I

Salen don RODRIGO y CHINCHILLA

- CHINCHILLA:** ¡Gracias a Dios, señor mío,
que ha permitido que pises
tierra en flamencos países.
- RODRIGO:** Mala bestia es un navío.
- CHINCHILLA:** Más que mula de alquiler, 5
si furiosa se desboca;
pero, en fin, anda con toca;
lo que tiene de mujer
la deshonra.
- RODRIGO:** Por la vela, 10
la llamas mujer tocada.
- CHINCHILLA:** Y porque cuando le agrada,
le sirve el viento de espuela.
Da al diablo tal caminar;
que si una vez tira coces,
no servirá el darle voces, 15
ni te podrás apeaar
mientras le dura el enojo
sino que a la primer suerte,
con ser tan seca la muerte, 20
has de morir en remojo.
No hayas miedo, aunque lo mandes,
que me mezca la Fortuna
segunda vez en su cuna.
- RODRIGO:** Ya estamos cerca de Flandes. 25
Términos parte con él
y con la antigua Alemaña
esta apacible montaña.
- CHINCHILLA:** Flandes todo es un verjel.
- RODRIGO:** Cómo lo sabes?



	de un mayorazgo felpado, rico por ser el mayor, le heriste, con la licencia que da un hablar descortés, de hermanos segundos es Flandes valerosa herencia.	75
RODRIGO:	¿No traes cartas de favor para el archiduque? Sí;	
CHINCHILLA:	mas basta ser para mí... ¿Pues de qué tienes temor?	80
RODRIGO:	No está el archiduque en Flandes.	85
CHINCHILLA:	¡Muy buen despacho, por Dios, para no tener los dos un cuatrín!	
RODRIGO:	Desdichas grandes me persiguen estos días. No hay remedio. ¿Qué he de hacer?	90
CHINCHILLA:	Si pudiéramos comer desdichas tuyas y más, no echáramos el dinero menos; porque con mandar a la huéspeda guisar cuatro desdichas, primero que aquellas se digirieran, si hay para ellas digestión, porque hubiera provisión, otras tantas acudieran, y comiéramos los dos desde hoy más nuestras desdichas.	95 100
RODRIGO:	¿Tantas tengo?	
CHINCHILLA:	A ser salchichas, a vernos viniera Dios.	
RODRIGO:	No he de ser en todas partes desdichado.	
CHINCHILLA:	Ni hay lugar donde no sepa llegar con sus agüeros un martes. Si caminaran a pie las desgracias, imagino que por huir las de un camino, no nos siguieran.	110



RODRIGO:	No sé, aunque a Monblán he llegado, dónde me pueda hospedar.	
CHINCHILLA:	Si no tienes que gastar, vamos al mesón del prado.	115
RODRIGO:	¿Es tiempo de burlas éste?	
CHINCHILLA:	¿Pues de qué quieres que sea?	
RODRIGO:	Cuando algún noble me vea, podrá ser que dé o que preste.	120
CHINCHILLA:	¿Preste aquí? ¡Vocablo extraño! Los negros lo entenderán que sirven al Preste-Juan. Un preste hace tanto daño como tiña o pestilencia. De “peste” a “preste” verás que hay una letra no más. En tan poca diferencia, nadie se querrá apear por prestar.	125



TEXTO DRAMÁTICO Nº 27 - El castigo del penseque (2)

Autor: Tirso de Molina

Editorial: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
(<http://www.cervantesvirtual.com>)

ACTO SEGUNDO

ESCENA II

- CONDESA:** Clavela.
- CLAVELA:** Señora mía.
- CONDESA:** Después que en mi casa estás,
y con tu presencia das
tregua a mi melancolía,
cuanto tú más la deshaces,
más la aumentan mis cuidados,
que en esta guerra engendrados,
no admiten medios de paces.
Ninguna cosa me agrada. 1105
- CLAVELA:** No fueras tú tan prudente
a no tener al presente
pena de verte cercada. 1110
- CONDESA:** (¡No lo estuviera yo más Aparte
de alterados pensamientos,
que, todos atrevimientos,
no vuelven un paso atrás!)
Sentémonos aquí un rato,
pues contra agravios del sol
nos sirve de quitasol
el compuesto y verde ornato
de estos jazmines y nuezas,
que con apacibles lazos
traen estos muros en brazos,
formando calles y piezas. 1125
- CLAVELA:** En aqueste cenador
hay sillas. 1130
- CONDESA:** Siéntate en una.



CLAVELA:	No hagas a mi fortuna, señora, tanto favor. En el suelo estaré bien.	1135
CONDESA:	Gocemos de la llaneza, que alborota la grandeza de palacio. No nos ven críados que nos murmuren. Siéntate, Clavela, aquí.	1140
CLAVELA:	Aunque no hay partes en mí que esta merced aseguren, por servirte, te obedezco.	1145
CONDESA:	¿Quieres bien a Pinabel?	
CLAVELA:	Si he de tener dueño en él, y por tu mano merezco darle título de esposo, cuando impedimentos quite mi hermano que los permite, quererle bien es forzoso.	1150
CONDESA:	¿Forzoso dices? Amor no es perfeto, si es forzado. Si anduviera Amor armado, llevárase por rigor. Desnudo nos da señales que quien le ha de conquistar, Clavela, ha de pelear con él con armas iguales.	1155
CLAVELA:	Si Casimiro advirtiera aqueso, no te cercara.	1160
CONDESA:	Es necio, pues no dudara que Amor, que espera se altera al ver espadas desnudas.	1165
CLAVELA:	Sí, porque es de la paz dueño.	
CONDESA:	El ver a amor tan pequeño materia ha dado a mis dudas; porque siendo tan antiguo cuanto ha que el mundo es amante, ya pudiera ser gigante; pero después que averiguo	1170



	que entra por la vista Amor, y que tan pequeña puerta la entrada hace más incierta, cuanto es el que entra mayor, no me causa espanto el ver que a ser niño Amor se aplica; pues se desnuda y achica, Clavela, para caber mejor, pequeño y desnudo, por entrada tan estrecha. Pues si el conde se aprovecha de las armas, cuando pudo dejar marciales despojos, y pide en la vista entrada, no es bien que entre con la espada, que me sacará los ojos. Amor, Clavela, es ladrón. Siempre se entra sin rüido, y así del conde atrevido venganza me dará Otón, en quien miro, te prometo, un gallardo capitán, un cortesano galán, un secretario discreto, y un... (¿Dónde vais? Deteneos, pensamientos mal nacidos, que os arrojáis atrevidos tras desbocados deseos, que os tienen de despeñar.)	1175	
		1180	
		1185	
		1190	
		1195	
			Aparte
		1200	
CLAVELA:	Por la parte que me cabe de que vuexcelencia alabe mi hermano; a poderla dar la corona de Alemaña, honrándose en su cabeza, aumentara su grandeza; aunque después que de España vino Otón tan mejorado en valor y cortesía, discrecion y gallardía, la merced con que le ha honrado vuexcelencia, la merece.	1205	
		1210	
CONDESA:	Es muy sazonado Otón. Muy buena conversación tiene... (Y muy bien me parece.) Holgárame de saber	1215	Aparte



	qué dama es la que entretiene sus penas, por ver si tiene tan buen gusto en escoger como en lo demás.	1220
CLAVELA:	¿Quién duda que no querrá ser Otón en la mejor perfección imagen compuesta y muda? No creo que el pensamiento tan divertido tendrá, que algún tiempo no tendrá para algún atrevimiento digno de tan buen sujeto; pero Otón es tan callado, que hasta ahora no ha pagado censo a nadie su secreto. (Mucho se informa de Otón Aparte la Condesa, y la eficacia con que conserva su gracia, unos lejos de afición descubre de cuando en cuando. Celos, si sois adivinos, sospechando desatinos, la verdad vais apurando.)	1225 1230 1235 1240
CONDESA:	(Mucho, Amor, manifestáis Aparte mi fuego; pues sois su centro. Alma, amad puertas adentro. ¿Para qué lo pregonáis? Pero sois fuego que apura verdades contra el sosiego, y diréis que nunca el fuego supo profesar clausura. Divertir quiero a Clavela; no sospeche que amo a Otón.) Si en materia de afición cursara el conde la escuela de cortesía, y dejara las armas, pudiera ser que mereciera vencer, y mi rigor se ablandara; que no me pareció mal cuando desde las almenas, dando vidas a sus penas, del muro hizo tribunal. Buen talle tiene.	1245 1250 1255 1260



- CLAVELA:** (Eso sí.) Aparte
¿Qué, tan bien te pareció?
- CONDESA:** Después que el duque murió,
no casarme prometí;
pero esto de no tener herederos... 1265
- CLAVELA:** Deja achaques;
que cuando sin ellos saques
a luz tu amor, merecer
puede el conde Casimiro
que digas te ha desvelado 1270
más de una vez, y que has dado
por él más de algún suspiro.
- CONDESA:** No tanto.
- CLAVELA:** ¿Por qué razón?
¿Hay más gallardo sujeto,
más valiente, mas discreto? 1275
- CONDESA:** Sí, Clavela.
- CLAVELA:** ¿Quién!
- CONDESA:** Otón.
- CLAVELA:** ¿Otón más que el conde? (¡Ay cielos!) Aparte
- CONDESA:** (Desvelos, ¿queréis callar? Aparte
¿Qué? ¿No os puedo refrenar?)
- CLAVELA:** (Despertad otra vez, celos.) Aparte 1280
- CONDESA:** Si ello va a decir verdad,
bien quiero al conde, Clavela.
Lo demás todo es cautela.
Yo le tengo voluntad,
y si desdén he finjido 1285
es porque el conde en rigor
no diga, pudiendo Amor,
que Marte me dio marido.
Esto solo me hace esquivar,
pues si me viene a vencer, 1290
no me tendrá por mujer
sino sólo por cautiva.



	Por esto deseo que Otón le venza y traiga a mis ojos, y entre soberbios despojos humille su presunción. Podrá ser que entonces pruebe dichas, que ahora no es justo; porque agradezca a mi gusto lo que a sus armas no debe. Esto es verdad, en rigor.	1295
CLAVELA:	Tu deseo veas cumplido.	
CONDESA:	No piense, si no es vencido, verse el conde vencedor.	
CLAVELA:	(Alguna satisfacción Aparte tenéis ya, niño tirano. ¡Que me dé celos mi hermano!)	1305
CONDESA:	(¡Que quiera yo bien a Otón!) Aparte	



TEXTO DRAMÁTICO Nº 28 - El lindo Don Diego

Autor: Agustín Moreto

Edición: Frank P. Casa y Berislav Primorac

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

Sale MOSQUITO

MOSQUITO.	¡Jesús, Jesús! Dadme albricias.	285
D ^a . LEONOR.	¿De qué las pides, Mosquito?	
MOSQUITO.	De haber visto a vuestros novios; que apenas el viejo hoy dijo la sobriniboda, cuando partí como un hipogrifo; fui, vi y vencí mi deseo, y vi vuestro par de primos.	290
D ^a . LEONOR.	Y ¿cómo son?	
MOSQUITO.	Hombres son.	
D ^a . LEONOR.	Siempre estás de un humor mismo; pues ¿podían no ser hombres?	295
MOSQUITO.	Bien podían ser borricos; que en traje de hombre hay hartos.	
D ^a . LEONOR.	Y ¿cómo te han parecido?	
MOSQUITO.	El don Mendo, que es el tuyo, galán, discreto, advertido, cortés, modesto y afable; menos algún revoltillo que se le irá descubriendo con el uso de marido.	300
D ^a . LEONOR.	Si él es tan afable ahora, casado será lo mismo.	305
MOSQUITO.	Eso no, que suelen ser como espadas los maridos, que en la tienda están derechas, y comprándolas sin vicio,	310



	en el primer lance salen con más corcova que un cinco.	
D ^a . INÉS.	¿Y don Diego?	
MOSQUITO.	Ese es un cuento sin fin, pero con principio; que es lindo el don Diego, y tiene más que de Diego de lindo.	315
	Él es tan rara persona, que, como se anda vestido, puede en una mo jiganga ser figura de capricho.	320
	Que él es muy gran marinero se ve en su talle y su brío, porque el arte suyo es arte de marear los sentidos.	
	Tan ajustado se viste, que al andar sale de quicio, porque anda descoyuntado del tormento del vestido.	325
	De curioso y aseado tiene bastantes indicios, porque, aunque de traje no, de sangre y bolsa es muy limpio.	330
	En el discurso parece ateísta, y lo colijo de que, según él discurre, no espera el día del juicio.	335
	A dos palabras que hable le entenderás todo el hilo del talento, que él es necio, pero muy bien entendido.	340
	Y porque mejor te informes de quién es y de su estilo, te pintaré la mañana que con él hoy he tenido.	
	Yo entré allá, y le vi en la cama, de la frente al colodrillo ceñido de un tocador, que pensé que era judío.	345
	Era el cabello, hecho trenzas, clín de caballo morcillo, aunque la comparación de rocín a ruin ha ido.	350
	Con su bigotera puesta estaba el mozo jarifo,	



	como mulo de arriero con jáquima de camino; las manos en unos guantes de perro, que por aviso del uso de los que da, las aforra de su oficio.	355
	Deste modo, de la cama salió a vestirse a las cinco, y en ajustarse las ligas llegó a las ocho de un giro. Tomó el peine y el espejo, y, en memoria de Narciso, le dio las once en la luna; y en daga y espada y tiros, capa, vueltas y valona, dio las dos, y después dijo:	360
	«Dios me vuelva a Burgos, donde sin ir a visitas vivo, que para mí es una muerte cuando de priesa me visto.— Mozo, ¿dónde habrá ahora misa?» Y el mozo, humilde, le dijo: «A las dos dadas, señor, no hay misa sino en el libro.» Y él respondió muy contento: «No importa, que yo he cumplido con hacer la diligencia. Vamos a ver a mi tío. » Este es el novio, señora, que de Burgos te ha venido; tal que primero que al novio esperara yo un novillo.	365
		370
		375
		380
		385
D ^a . INÉS.	¡Ay, don Juan! Con estas nuevas es menos ya el temor mío, pues mi padre no es posible que me entregue a este martirio.	390
D. JUAN.	Inés, por cualquiera parte crece el temor y el peligro; no es nuevo ser tú mi vida, y ya en tus labios la miro.	
D ^a . INÉS.	Vete, don Juan, que es forzoso ir las dos a prevenirnos.	395



D. JUAN. D ^a . INÉS.	Ya no es posible ausentarme. Albricias doy al peligro; mas, ¿cómo, si de mi padre ya has quedado despedido?	400
D. JUAN. D ^a . INÉS.	Fingiré algún embarazo. ¿Y lograrásme un alivio?	
D. JUAN. D ^a . INÉS.	A eso voy. ¡Guárdete el cielo!	
D. JUAN. MOSQUITO.	Guárdeste tú, que es lo mismo. ¡Ah, señor don Juan!	
D. JUAN. MOSQUITO.	¿Qué quieres? Tres portes de papelillos, que, a doblón, montan...	405
D. JUAN. MOSQUITO.	Ve a casa, y llevarás un vestido. Vase. Pues si él ha de ser llevado, no me le dé usted traído.	410
D ^a . INÉS. MOSQUITO.	Vamos, Leonor. ¡Ah, señora!	
D ^a . INÉS. MOSQUITO.	¿Qué dices? Tengo contigo una intercesión y un ruego; y aunque con sol tan divino es osadía, me atrevo a título de Mosquito.	415
D ^a . INÉS. MOSQUITO.	¿Qué es lo que quieres? Beatriz, después que la has despedido, anda pidiendo limosna.	
D ^a . INÉS.	Pues si mi padre lo hizo, ¿qué puedo yo remediar?	420



MOSQUITO. D ^a . INÉS.	Ese es rigor. Mas no mío.	
MOSQUITO. D ^a . INÉS.	Pues pide, dale; que es pobre. ¿Qué la he de dar?	
MOSQUITO. D ^a . INÉS.	Un recibo, y vuelva a servirte a casa, pues ya llora el pan perdido.	425
MOSQUITO. D ^a . INÉS.	Espero hoy otra criada.	
MOSQUITO. D ^a . INÉS.	No la llegará al tobillo ninguna de cuantas vengan. ¿Por qué no?	
MOSQUITO. D ^a . INÉS.	Eso ¿no está visto? Ella es golosa, chismosa, respondona y alza el grito, ventanera y todo el día gasta en tratar de su aliño. Pues ¿dónde has de hallar criada que cumpla más con su oficio?	430 435
MOSQUITO. D ^a . INÉS.	¡Ah, Dios mío, lo que hace un buen abogado!	
MOSQUITO. D ^a . INÉS.	Dila que venga, Mosquito.	
MOSQUITO. D ^a . LEONOR.	Y entre sin verla mi padre.	445
MOSQUITO. D ^a . INÉS.	¿Y si está aquí? Entre contigo. <i>Vanse.</i>	
MOSQUITO.	Vitoria por mis camisas.— ¡Ah, Beatricilla!	





TEXTO DRAMÁTICO Nº 29 - Don Juan Tenorio (1)

Autor: José Zorrilla

Edición: Octava Edición; Aniano Peña

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

Acto II (Escena VII, entre Don Juan y Don Luis)

DON JUAN, DON LUIS

LUIS.	Mas se acercan. ¿Quién va allá?	
JUAN.	Quien va.	
LUIS.	De quien va así, ¿qué se infiere?	
JUAN.	Que quiere.	1165
LUIS.	¿Ver si la lengua le arranco?	
JUAN.	El paso franco.	
LUIS.	Guardado está.	
JUAN.	¿Y soy yo manco?	
LUIS.	Pidiéraislo en cortesía.	
JUAN.	Y ¿a quién?	
LUIS.	A don Luis Mejía.	1170
JUAN.	<i>Quien va, quiere el paso franco.</i>	
LUIS.	¿Conocéisme?	
JUAN.	Sí.	
LUIS.	¿Y yo a vos?	
JUAN.	Los dos.	
LUIS.	Y ¿en qué estriba el estorballe?	
JUAN.	En la calle.	1175



- LUIS. ¿De ella los dos por ser amos?
- JUAN. Estamos.
- LUIS. Dos hay no más que podamos necesitarle a la vez.
- JUAN. Lo sé.
- LUIS. ¡Sois don Juan!
- JUAN. ¡Pardiez!
los dos ya en la calle estamos. 1180
- LUIS. ¿No os prendieron?
- JUAN. Como a vos.
- LUIS. ¡Vive Dios!
Y ¿huisteis?
- JUAN. Os imité.
¿Y qué? 1185
- LUIS. Que perderéis.
- JUAN. No sabemos.
- LUIS. Lo veremos.
- JUAN. La dama entrambos tenemos sitiada, y estáis cogido.
- LUIS. Tiempo hay.
- JUAN. Para vos perdido. 1190
- LUIS. *¡Vive Dios, que lo veremos!*
- (DON LUIS desenvaina su espada; mas CIUTTI, que ha bajado con los suyos cautelosamente, hasta colocarse tras él, le sujeta.)*
- JUAN. Señor don Luis, vedlo, pues.
- LUIS. Traición es.
- JUAN. La boca...



(A los suyos, que se la tapan a DON LUIS.)

LUIS. ¡Oh!

(Le sujetan los brazos.)

JUAN.

Sujeto atrás:
más.

1195

La empresa es, señor Mejía,
como mía.

Encerrádmele hasta el día. *(A los suyos.)*

La apuesta está ya en mi mano.

(A DON LUIS.)

Adiós, don Luis: si os la gano,
traición es; mas como mía.

1200



TEXTO DRAMÁTICO Nº 30 - Don Juan Tenorio (2)

Autor: José Zorrilla

Edición: Octava Edición; Aniano Peña

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

ESCENA IX

DON JUAN, DON GONZALO

- GONZ. ¿Adónde está ese traidor?
- JUAN. Aquí está, comendador.
- GONZ. ¿De rodillas?
- JUAN. Y a tus pies.
- GONZ. Vil eres hasta en tus crímenes.
- JUAN. Anciano, la lengua ten,
y escúchame un solo instante.
- GONZ. ¿Qué puede en tu lengua haber
que borre lo que tu mano
escribió en este papel?
¡Ir a sorprender, ¡infame!,
la cándida sencillez
de quien no pudo el veneno
de esas letras precaver!
¡Derramar en su alma virgen
traidoramente la hiel
en que rebosa la tuya,
seca de virtud y fe!
¡Proponerse así enlodar
de mis timbres la alta prez,
como si fuera un harapo
que desecha un mercader!
¿Ése es el valor, Tenorio,
de que blasonas? ¿Ésa es
la proverbial osadía
que te da el vulgo a temer?
¿Con viejos y con doncellas
la muestras...? Y ¿para qué?
¡Vive Dios!, para venir



sus plantas así a lamer
mostrándote a un tiempo ajeno
de valor y de honradez.

JUAN.

¡Comendador!

GONZ.

Miserable,
tú has robado a mi hija Inés
de su convento, y yo vengo
por tu vida, o por mi bien.

JUAN.

Jamás delante de un hombre
mi alta cerviz incliné,
ni he suplicado jamás,
ni a mi padre, ni a mi rey.
Y pues conservo a tus plantas
la postura en que me ves,
considera, don Gonzalo,
que razón debo tener.

GONZ.

Lo que tienes es pavor
de mi justicia.

JUAN.

¡Pardiez!
Óyeme, comendador,
o tenerme no sabré,
y seré quien siempre he sido,
no queriéndolo ahora ser.

GONZ.

¡Vive Dios!

JUAN.

Comendador,
yo idolatro a doña Inés,
persuadido de que el cielo
nos la quiso conceder
para enderezar mis pasos
por el sendero del bien.
No amé la hermosura en ella,
ni sus gracias adoré;
lo que adoro es la virtud,
don Gonzalo, en doña Inés.
Lo que justicias ni obispos
no pudieron de mí hacer
con cárceles y sermones,
lo pudo su candidez.
Su amor me torna en otro hombre,
regenerando mi ser,



y ella puede hacer un ángel
de quien un demonio fue.
Escucha, pues, don Gonzalo,
lo que te puede ofrecer
el audaz don Juan Tenorio
de rodillas a tus pies.
Yo seré esclavo de tu hija,
en tu casa viviré,
tú gobernarás mi hacienda,
diciéndome *esto ha de ser*.
El tiempo que señalares,
en reclusión estaré;
cuantas pruebas exigieres
de mi audacia o altivez,
del modo que me ordenares
con sumisión te daré:
y cuando estime tu juicio
que la puedo merecer,
yo la daré un buen esposo
y ella me dará el Edén.

- GONZ. Basta, don Juan; no sé cómo
me he podido contener,
oyendo tan torpes pruebas
de tu infame avilantez.
Don Juan, tú eres un cobarde
cuando en la ocasión te ves,
y no hay bajeza a que no oses
como te saque con bien.
- JUAN. ¡Don Gonzalo!
- GONZ. Y me avergüenzo
de mirarte así a mis pies,
lo que apostabas por fuerza
suplicando por merced.
- JUAN. Todo así se satisface,
don Gonzalo, de una vez.
- GONZ. ¡Nunca, nunca! ¿Tú su esposo?
Primero la mataré.
¡Ea! Entrégamela al punto,
o sin poderme valer,
en esa postura vil
el pecho te cruzaré.



- JUAN. Míralo bien, don Gonzalo;
que vas a hacerme perder
con ella hasta la esperanza
de mi salvación tal vez.
- GONZ. ¿Y qué tengo yo, don Juan,
con tu salvación que ver?
- JUAN. ¡Comendador, que me pierdes!
- GONZ. Mi hija.
- JUAN. Considera bien
que por cuantos medios pude
te quise satisfacer;
y que con armas al cinto
tus denuestos toleré,
proponiéndote la paz
de rodillas a tus pies.

ESCENA X

DICHOS; DON LUIS, soltando una carcajada de burla

- LUIS. Muy bien, don Juan.
- JUAN. ¡Vive Dios!
- GONZ. ¿Quién es ese hombre?
- LUIS. Un testigo
de su miedo, y un amigo,
Comendador, para vos.
- JUAN. ¡Don Luis!
- LUIS. Ya he visto bastante,
don Juan, para conocer
cuál uso puedes hacer
de tu valor arrogante;
y quien hiere por detrás
y se humilla en la ocasión,
es tan vil como el ladrón
que roba y huye.
- JUAN. ¿Esto más?



- LUIS. Y pues la ira soberana
de Dios junta, como ves,
al padre de doña Inés
y al vengador de doña Ana,
mira el fin que aquí te espera
cuando a igual tiempo te alcanza,
aquí dentro su venganza
y la justicia allá fuera.
- GONZ. ¡Oh! Ahora comprendo... ¿Sois vos
el que...?
- LUIS. Soy don Luis Mejía,
a quien a tiempo os envía
por vuestra venganza Dios.
- JUAN. ¡Basta, pues, de tal suplicio!
Si con hacienda y honor
no os muestro ni doy valor
a mi franco sacrificio:
y la leal solicitud
con que ofrezco cuanto puedo
tomáis, ¡vive Dios!, por miedo
y os mofáis de mi virtud,
os acepto el que me dais
plazo breve y perentorio,
para mostrarme el Tenorio
de cuyo valor dudáis.
- LUIS. Sea; y cae a nuestros pies,
digno al menos de esa fama
que por tan bravo te aclama.
- JUAN. Y venza el infierno, pues.
Ulloa, pues mi alma así
vuelves a hundir en el vicio,
cuando Dios me llame a Juicio,
tú responderás por mí.
- (Le da un pistoletazo.)*
- GONZ. ¡Asesino!
- JUAN. Y tú, insensato,
que me llamas vil ladrón,
di en prueba de tu razón
que cara a cara te mato.



(Riñen, y le da una estocada.)

LUIS. ¡Jesús!

(Cae)

JUAN. Tarde tu fe ciega
acude al cielo, Mejía,
y no fue por culpa mía;
pero la justicia llega,
y a fe que ha de ver quién soy.

CIUT. *(Dentro)*
¿Don Juan?

JUAN. *(Asomado al balcón.)*
¿Quién es?

CIUT. *(Dentro.)*
Por aquí;
salvaos.

JUAN. ¿Hay paso?

CIUT. Sí;
arrojaos.

JUAN. Allá voy.
Llamé al cielo y no me oyó,
y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra
responda el cielo, y no yo.

(Se arroja por el balcón, y se le oye caer en el agua del río, al mismo tiempo que el ruido de los remos muestra la rapidez del barco en que parte, se oyen golpes en las puertas de la habitación; poco después entra la justicia, soldados, etc.)



TEXTO DRAMÁTICO Nº 31 - Don Juan Tenorio (3)

Autor: José Zorrilla

Edición: Vigésimonovena Edición; Aniano Peña

Editorial: Cátedra; Letras Hispánicas; Madrid

Parte primera, Acto I, Escena XII

LUIS.

Estamos.

JUAN.

Como quien somos cumplimos.

LUIS.

Veamos, pues, lo que hicimos.

JUAN.

Bebamos antes.

LUIS.

Bebamos. (*Lo hacen.*)

JUAN.

La apuesta fue... (2)

LUIS.

Porque un día
dije que en España entera
no habría nadie que hiciera
lo que hiciera Luis Mejía.

JUAN.

Y siendo contradictorio
al vuestro mi parecer,
yo os dije: Nadie ha de hacer
lo que hará don Juan Tenorio.
¿No es así?

LUIS.

Sin duda alguna: (2)
y vinimos a apostar
quién de ambos sabría obrar



peor, con mejor fortuna,
en el término de un año;
juntándonos aquí hoy
a probarlo

JUAN.

Y aquí estoy.

LUIS.

Y yo.

CENT.

¡Empeño bien extraño, (2)
por vida mía!

JUAN.

Hablad, pues.

LUIS.

No, vos debéis empezar.

JUAN.

Como gustéis, igual es,
que nunca me hago esperar.
Pues, señor, yo desde aquí,
buscando mayor espacio
para mis hazañas, di
sobre Italia, porque allí
tiene el placer un palacio.
De la guerra y del amor
antigua y clásica tierra,
y en ella el emperador,
con ella y con Francia en guerra,
díjeme: «¿Dónde mejor?

Donde hay soldados hay juego, (4)
hay pendencias y amoríos.» (6)

Di, pues, sobre Italia luego,
buscando a sangre y a fuego
amores y desafíos.

En Roma, a mi apuesta fiel, (1)
fijé, entre hostil y amatorio,
en mi puerta este cartel:

*«Aquí está don Juan Tenorio
para quien quiera algo de él.» (3)*

De aquellos días la historia
a relataros renuncio:



remítome a la memoria
que dejé allí, y de mi gloria
podéis juzgar por mi anuncio.
Las romanas, caprichosas,
las costumbres, licenciosas,
yo, gallardo y calavera:
¿quién a cuento redujera
mis empresas amorosas?
Salí de Roma, por fin,
como os podéis figurar:
con un disfraz harto ruin,
y a lomos de un mal rocín,
pues me querían ahorcar.
Fui al ejército de España;
mas todos paisanos míos,
soldados y en tierra extraña,
dejé pronto su compañía
tras cinco o seis desafíos.

Nápoles, rico vergel **(1)**
de amor, de placer emporio,
vio en mi segundo cartel:
*«Aquí está don Juan Tenorio, **(3)**
y no hay hombre para él.
Desde la princesa altiva
a la que pesca en ruin barca,
no hay hembra a quien no suscriba;
y a cualquier empresa abarca,
si en oro o valor estriba.
Búsquenle los reñidores; **(3)**
cérquenle los jugadores; **(4)**
quien se precie que le ataje, **(6)**
a ver si hay quien le aventaje **(7)**
en juego, en lid o en amores.» **(8)***
Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó
Nápoles, no hay lance extraño,
no hay escándalo ni engaño
en que no me hallara yo.
Por donde quiera que fui,
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé,
y a las mujeres vendí.
Yo a las cabañas bajé,
yo a los palacios subí,
yo los claustros escalé,
y en todas partes dejé



memoria amarga de mí. (7)

Ni reconocí sagrado,
ni hubo ocasión ni lugar
por mi audacia respetado;
ni en distinguir me he parado
al clérigo del seglar.
A quien quise provoqué,
con quien quiso me batí,
y nunca consideré
que pudo matarme a mí
aquel a quien yo maté.
A esto don Juan se arrojó,
y escrito en este papel
está cuanto consiguió:
y lo que él aquí escribió,
mantenido está por él.

LUIS.

Leed, pues.

JUAN.

No; oigamos antes (2)
vuestros bizarros extremos,
y si traéis terminantes
vuestras notas comprobantes, (6)
lo escrito cotejaremos.

LUIS.

Decís bien; cosa es que está,
don Juan, muy puesta en razón;
aunque, a mi ver, poco irá
de una a otra relación.

JUAN.

Empezad, pues. (2)

LUIS.

Allá va.
Buscando yo, como vos,
a mi aliento empresas grandes,
dije: « ¿Dó iré, ¡vive Dios!,
de amor y lides en pos,
que vaya mejor que a **Flandes? (1)**
Allí, puesto que empeñadas
guerras hay, a mis deseos
habrá al par centuplicadas



ocasiones extremadas
de riñas y galanteos.»
Y en Flandes conmigo di,
mas con tan negra fortuna,
que al mes de encontrarme allí
todo mi caudal perdí,
dobla a dobla, una por una.
En tan total carestía
mirándome de dineros,
de mí todo el mundo huía;
mas yo busqué compañía
y me uní a unos bandoleros.
Lo hicimos bien, ¡voto a tall!,
y fuimos tan adelante,
con suerte tan colosal,
que entramos a saco en **Gante (1)**
el palacio episcopal.
¡Qué noche! Por el decoro **(8)**
de la Pascua, el buen Obispo
bajó a presidir el coro,
y aún de alegría me crispo
al recordar su tesoro.
Todo cayó en poder nuestro:
mas mi capitán, avaro,
puso mi parte en secuestro:
reñimos, fui yo más diestro,
y le crucé sin reparo.
Juróme al punto la gente
capitán, por más valiente:
juréles yo amistad franca:
pero a la noche siguiente (8)
huí, y les dejé sin blanca.
Yo me acordé del refrán
de que quien roba al ladrón
ha cien años de perdón, TODOS
y me arrojé a tal desmán
mirando a mi salvación.
Pasé a **Alemania** opulento: **(1)**
mas un provincial jerónimo,
hombre de mucho talento,
me conoció, y al momento
me delató en un anónimo,
Compré a fuerza de dinero
la libertad y el papel;
y topando en un sendero
al fraile, le envié certero
una bala envuelta en él.



Salté a Francia. ¡**Buen país!**, (1)
y como en Nápoles vos,
puse un cartel en París
diciendo: «*Aquí hay un don Luis
que vale lo menos dos.* (3)
*Parará aquí algunos meses,
Y no trae más intereses
ni se aviene a más empresas,
que a adorar a las francesas (6)
y a reñir con los franceses.*» (4)
Esto escribí; y en medio año
que mí presencia gozó
París, no hubo lance extraño,
ni hubo escándalo ni daño
donde no me hallara yo.
Mas, como don Juan, mi historia
también a alargar renunció;
que basta para mi gloria
la magnífica memoria (8)
que allí dejé con mi anuncio.
Y cual vos, por donde fui
la razón atropellé, (2)
la virtud escarnecí, (7)
a la justicia burlé, (4)
y a las mujeres vendí. (3)
Mi hacienda llevo perdida
tres veces: mas se me antoja
reponerla, y me convida
mi boda comprometida
con doña Ana de Pantoja.
Mujer muy rica me dan,
y mañana hay que cumplir
los tratos que hechos están;
lo que os advierto, don Juan,
por si queréis asistir.
**A esto don Luis se arrojó,
y escrito en este papel
está lo que consiguió: (8)**
y lo que él aquí escribió,
mantenido está por él.

JUAN.

**La historia es tan semejante
que está en el fiel la balanza; (6)**
mas vamos a lo importante,
**que es el guarismo a que alcanza
el papel: conquie adelante. (2)**



LUIS.

Razón tenéis, en verdad.
Aquí está el mío: mirad,
por una línea apartados
traigo los nombres sentados,
para mayor claridad.

JUAN.

Del mismo modo arregladas
mis cuentas traigo en el mío:
en dos líneas separadas,
los muertos en desafío,
y las mujeres burladas.
Contad.

LUIS.

Contad.

JUAN.

Veinte y tres.

LUIS.

Son los muertos. A ver vos.
¡Por la cruz de San Andrés!
Aquí sumo treinta y dos.

JUAN.

Son los muertos.

LUIS.

Matar es.

JUAN.

Nueve os llevo.

LUIS.

Me vencéis.
Pasemos a las conquistas.

JUAN.

Sumo aquí cincuenta y seis.

LUIS.



Y yo sumo en vuestras listas
setenta y dos.

JUAN.

Pues perdéis.

LUIS.

¡Es increíble, don Juan! (7)

JUAN.

Si lo dudáis, apuntados
los testigos ahí están,
que si fueren preguntados
os lo testificarán.

LUIS.

¡Oh! Y vuestra lista es cabal. (7)

JUAN.

Desde una princesa real
a la hija de un pescador,
¡oh!, ha recorrido mi amor
toda la escala social.
¿Tenéis algo que tachar?

LUIS.

Sólo una os falta en justicia.

JUAN.

¿Me la podéis señalar?

LUIS.

Sí, por cierto: una novicia
que esté para profesar.

JUAN.

¡Bah! Pues yo os complaceré
doblemente, porque os digo
que a la novicia uniré
la dama de algún amigo
que para casarse esté.

LUIS.

¡Pardiez, que sois atrevido! TODOS



JUAN.

Yo os lo apuesto si queréis.

LUIS.

Digo que acepto el partido.
Para darlo por perdido,
¿queréis veinte días?

JUAN.

Seis.

LUIS.

¡Por Dios, que sois hombre extraño! TODOS
¿Cuántos días empleáis
en cada mujer que amáis?

JUAN.

Partid los días del año
entre las que ahí encontráis.
Uno para enamorarlas, (2)
otro para conseguirlas, (3)
otro para abandonarlas, (4)
dos para sustituirlas (8)
y una hora para olvidarlas.
Pero, la verdad a hablaros,
pedir más no se me antoja,
porque, pues vais a casaros,
mañana pienso quitaros
a doña Ana de Pantoja.

LUIS.

Don Juan, ¿qué es lo que decís?

JUAN.

Don Luis, lo que oído habéis.

LUIS.

Ved, don Juan, lo que emprendéis.

JUAN.

Lo que he de lograr, don Luis.



TEXTO DRAMÁTICO Nº 32 - Angelina o el honor de un brigadier

Autor: Enrique Jardiel Poncela

Edición: Francisco J. Díaz de Castro

Editorial: Austral; Contemporánea Teatro

ACTO PRIMERO

Al levantarse el telón nuevamente, segundos después, GERMÁN se halla solo en escena, paseándose nerviosamente, en la actitud del que espera algo. Dentro suena un rigodón.

GERMÁN

¿Vendrá? ¿No vendrá?...¡Cruel
incertidumbre me agobia!
¿Acudirá, o será fiel
a su condición de novia?
¿Quién va a poder más? ¿Yo o él?
La duda destroza, ruda,
mis sentidos doloridos.
¡No hay peor cosa que la duda,
para los cuatro sentidos!
(Deteniéndose de pronto)
¿Cuatro o cinco? Mi razón
duda ya con tanto ahínco,
que hasta duda esta cuestión...
(Contando con los dedos)
Uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco...
¡Sí, sí! Cinco. Cinco son.
Cinco, y mis cinco sentidos
de Angelina están prendidos:
la vista para mirarla,
el gusto para besarla,
el olfato para olerla,
el oído para escucharla
y el tacto para tocarla
como se toca una perla:
¡con el ansia de cogerla
y el miedo de espachurrarla!

Por la izquierda entra ANGELINA, que va hacia él, el cual la recoge en sus brazos.

Angelina. ¿Tú aquí?

ANGELINA



¡ Sí!

GERMÁN

¡Has venido!...

ANGELINA

Ya lo ves...
No vengo yo; ¡son mis pies,
Que me arrastran hacia ti!
Yo, con estar a tu lado,
Tengo bastante...

GERMÁN *(Con ansia.)*

¿Es verdad?
¿Hablas con sinceridad?
¿No estás mintiendo?

ANGELINA

No, a fe.

GERMÁN

¿Es que me quieres?

ANGELINA

No sé.

GERMÁN

¿Y a qué esta perplejidad?
Angelina, explícate...

ANGELINA

Yo quiero a Rodolfo...

GERMÁN

¿Qué?



ANGELINA

Le quiero a él; pero tú eres
para mí la tentación
y, como a tantas mujeres,
me has sorbido la razón...
¿En qué fundadas están
estas inquietudes mías?
Lo ignoro; mas hace días
que en mi inexplicable afán
tú me guías con las guías
de tu bigote, Germán.

GERMÁN

Es que eres una chiquilla...
Pues ¿qué te habría ocurrido
si me hubieses conocido
cuando llevaba perilla?

ANGELINA

Quizá me hubiera tu anhelo
acabado de vencer.

GERMÁN

Óyeme entonces, mi cielo:
por un poco más de pelo
no cambies de parecer.

ANGELINA

¡Germán!

GERMÁN

¡Te amo en arrebató!
(La abraza estrechamente.)

ANGELINA *(Desfalleciendo progresivamente.)*

¡Germán!

GERMÁN

¡Amor insensato!



ANGELINA

¡Germán!

GERMÁN

¡Mi vida está rota!

ANGELINA

¡Germán!

GERMÁN

¡Quiéreme o me mato!

ANGELINA

¡Germán!

GERMÁN

¡Me tienes idiota!
(Apasionadamente)
Mírame con las miradas
ardientes de tus pupilas.
¡Vuelve a mí las cuatro filas
de tus pestañas rizadas!
¡Olvida tu condición
de muchacha prometida
y confíesame, mi vida,
si no me amas!...

ANGELINA *(Rendida)*

¡Con pasión;
Aunque un infierno entreveo
al mirarte frente a frente!...

GERMÁN *(Arrollador)*

El infierno del deseo;
¡ven hacia él valientemente!
¡Huyamos!

ANGELINA



¿Huir? ¡¡Qué horror!!
¿Marcharme contigo? ¿Adónde?

GERMÁN

¡Al sitio donde se esconde
la paz para nuestro amor!
No me hagas reproches vanos,
que huir conmigo es tu afán.
lo estoy leyendo... en tus manos.

ANGELINA

Será en mis ojos, Germán.

GERMÁN

No; en las manos el Destino
Marca en rayas su camino...

ANGELINA

¿En rayas? ¡Qué extravagancia!

GERMÁN *(tomándola de una mano.)*

Mira: esta raya ligera
es tu juventud y tu infancia;
esta raya es la constancia,
y ésta es... la raya de Francia:
quiero decir, la frontera.
¡Allí podemos estar
mañana al romper el día,
si accedes hoy a escapar
conmigo, chiquilla mía!
Aprovechemos la noche...
¡Ven, Angelina!

ANGELINA

No, no...

GERMÁN

Ahí fuera tengo mi coche.

ANGELINA



¿Una berlina?

GERMÁN

Un landó;
pero en landó o en berlina
ven, que te he de llevar yo
hacia la dicha, Angelina.

ANGELINA

¿Y nos casaremos?

GERMÁN

Sí.

ANGELINA

¿Por la iglesia?

GERMÁN

Claro está.

ANGELINA

¡Jura!...

GERMÁN

Lo juro por ti.

ANGELINA

¿Qué va a decir mi papá?

GERMÁN

¡Que diga Diego!

ANGELINA

¡Ay de mí!

GERMÁN



Decídete, ten coraje...

ANGELINA

Bueno, Germán; pero calma,
que he de arreglar mi equipaje...

GERMÁN

Te basta con este traje.

ANGELINA

¿Voy a ir así?

GERMÁN

Sí, mi alma.
En París te comprarás
otros muchos... ¡Ya verás
los trajes que hay en París!

ANGELINA *(Súbitamente entusiasmada y haciéndose a la idea de que está
en los bulevares.)*

Me gustaría uno gris
con un lacito aquí atrás,
(Se señala la cintura)
que tuviera un entredós
en...

GERMÁN

¡Angelina, por Dios!
¡No hables del vestido más
y vámonos...!

ANGELINA

Vámonos...
(Mirando amorosamente a su alrededor.)
¡Adiós, casa en que naciera
porque el Destino lo quiso!
¡Adiós, sala y cristalera!
¡Adiós, salón y escalera,
con su baranda y su friso!



GERMÁN *(Impaciente)*

Angelina, al otro piso
escribele desde fuera...

ANGELINA

¡Adiós, pasillo y jardín!
Me marchó... ¡Quedad con Dios!

GERMÁN

Vamos, ven...
(Aparte, triunfal, mientras se la lleva.)
¡Es mía al fin!

ANGELINA

¡Ay! ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós!

Hacen mutis por el foro derecha. GERMÁN la lleva del brazo, y ella, a quien se le han saltado las lágrimas, dice adiós al decorado, agitando su pañuelo. Por el foro izquierda sale RODOLFO en actitud de buscar a ANGELINA.

RODOLFO

Angelina, tu mamá
me ha dicho que... ¿Dónde está?
(De pronto mira hacia el foro derecha y en su actitud se nota que ve a ANGELINA y a GERMÁN alejarse por el jardín)
Pero ¡mi abuelo!, ¿qué miro?
¿Estoy borracho? ¿Deliro?
¿O qué me pasa? ¿Se va?
¡Si no salgo de mi asombro!
¿Ella con Germán? ¿Qué es eso?
¡Ahora se reclina en su hombro
para sacudirle un beso!...
(Le falta aire, balbucea.)
¡Pero si no puede ser!
¡Si no lo puedo creer!
¿Y qué hago yo que no corro
a evitarlo ya?
(Corre hacia el foro derecha. Luego se arrepiente y se detiene, dudando.)
¡¡Socorro!!
¡¡Federico!! ¡¡Brigadier!!



Por el foro izquierda, entran alarmadísimos

DON MARCIAL, MARCELA, DOÑA CALIXTA, LUISA, CARLOTA, DON JUSTO, DON ELÍAS Y FEDERICO.

DON MARCIAL.

¿Qué es?

MARCELA

¿Qué ocurre?

DON JUSTO

¿Qué pasa?

RODOLFO

¡¡Se la llevan!! ¡¡Por ahí van!!

DON MARCIAL

¿Quién?

RODOLFO

¡Se la ha llevado de casa!

¡Voy tras ellos!

(Se va escapado por el foro izquierda.)

DON JUSTO

¡Qué desmán!

MARCELA

¡Santo Dios!

(Le da un vahído y DOÑA CALIXTA la sostiene.)

DON MARCIAL

¡Le buscaré
cruzándome en su camino;
a un duelo le retaré...
y en duelo le mataré!

(Encarándose con DON JUSTO.)

¡Usted será mi padrino!



¡Robarme a mi hija! Esta idea
me enloquece y de ira estallo.
¡Si tuviera aquí el caballo
Que utilicé en Alcolea!

Por el foro, izquierda, sale RODOLFO montado en un velocípedo de la época.

RODOLFO

No le importe a usted, señor,
que si no tiene caballo
yo tengo esto, que es mejor.
¡Tras ellos voy, brigadier,
con rapidez de ciclón!

DON MARCIAL

¡Ve con Dios!

DON ELÍAS

¡Hasta más ver!

DON JUSTO *(Con un gesto de resignación para sus ideas.)*

¡De algo había de valer
Tanta civilización!

TELÓN



TEXTO DRAMÁTICO Nº 33 - Bodas de Sangre

Autor: Federico García Lorca

Edición: Allende Josephs y Juan Caballero, 1986

Editorial: CATEDRA

(Salen rápidos. Se oyen lejanos dos violines que expresan el bosque. Vuelven los LEÑADORES. Llevan las hachas al hombro. Pasan lentos entre los troncos.)

LEÑADOR 1º.-

¡Ay muerte que sales!
Muerte de las hojas grandes.

LEÑADOR 2º.-

¡No abras el chorro de la sangre!

LEÑADOR 1º.-

¡Ay muerte sola!
Muerte de las secas hojas.

LEÑADOR 3º.-

¡No cubras de flores la boda!

LEÑADOR 2º.-

¡Ay triste muerte!
Deja para el amor la rama verde.

LEÑADOR 1º.-

¡Ay muerte mala!
¡Deja para el amor la verde rama!

(Van saliendo mientras hablan. Aparecen LEONARDO y la NOVIA.)

LEONARDO.-

¡Calla!

NOVIA.-

Desde aquí yo me iré sola.
¡Vete! Quiero que to vuelvas.



LEONARDO.-

¡Calla, digo!

NOVIA.-

Con los dientes,
con las manos, como puedas,
quita de mi cuello honrado
el metal de esta cadena,
dejándome arrinconada
allá en mi casa de tierra.
Y si no quieres matarme
como a víbora pequeña,
pon en mis manos de novia
el cañón de la escopeta.
¡Ay, qué lamento, qué fuego
me sube por la cabeza!
¡Qué vidrios se me clavan en la lengua!

LEONARDO.-

Ya dimos el paso; ¡calla!
porque nos persiguen cerca
y te he de llevar conmigo.

NOVIA.-

¡Pero ha de ser a la fuerza!

LEONARDO.-

¿A la fuerza? ¿Quién bajó
primero las escaleras?

NOVIA.-

Yo las bajé.

LEONARDO.-

¿Quién le puso al caballo bridas nuevas?

NOVIA.-

Yo misma. Verdá.

LEONARDO.-

¿Y qué manos me calzaron las espuelas?

NOVIA.-

Estas manos, que son tuyas,
pero que al verte quisieran
quebrar las ramas azules
y el murmullo de tus venas.



¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Aparta!
Que si matarte pudiera,
te pondría una mortaja con los fillos de violetas.
¡Ay, qué lamento, qué fuego
me sube por la cabeza!

LEONARDO.-

¡Qué vidrios se me clavan en la lengua!
Porque yo quise olvidar
y puse un muro de piedra
entre tu casa y la mía.
Es verdad. ¿No lo recuerdas?
Y cuando te vi de lejos
me eché en los ojos arena.
Pero montaba a caballo
y el caballo iba a tu puerta.
Con alfileres de plata
mi sangre se puso negra,
y el sueño me fue llenando
las carnes de mala hierba.
Que yo no tengo la culpa,
que la culpa es de la tierra
y de ese olor que te sale
de los pechos y las trenzas.

NOVIA.-

¡Ay qué sinrazón! No quiero
contigo cama ni cena,
y no hay minuto del día
que estar contigo no quiera,
porque me arrastras y voy,
y me dices que me vuelva
y te sigo por el aire
como una brizna de hierba.
He dejado a un hombre duro
y a toda su descendencia
en la mitad de la boda
y con la corona puesta.
Para ti será el castigo
y no quiero que lo sea.
¡Déjame sola! ¡Huye tú!
No hay nadie que te defienda.

LEONARDO.-

Pájaros de la mañana
por los árboles se quiebran.
La noche se está muriendo



en el filo de la piedra.
Vamos al rincón oscuro
donde yo siempre te quiera,
que no me importa la gente
ni el veneno que nos echa.
(La abraza fuertemente.)

NOVIA.-

Y yo dormiré a tus pies
para guardar lo que sueñas.
Desnuda, mirando al campo,
(Dramática.)
como si fuera una perra,
¡porque eso soy! Que te miro
y tu hermosura me quema.

LEONARDO.-

Se abrasa lumbre con lumbre.
La misma llama pequeña
mata dos espigas juntas
¡Vamos! (La arrastra).

NOVIA.-

¿Adónde me llevas?

LEONARDO.-

Adonde no puedan ir
estos hombres que nos cercan.
¡Donde yo pueda mirarte!

NOVIA.- (Sarcástica.)

Llévame de feria en feria,
dolor de mujer honrada,
a que las gentes me vean
con las sábanas de boda al aire,
como banderas.

LEONARDO.-

También yo quiero dejarte
si pienso como se piensa.
Pero voy donde tú vas.
Tú también. Da un paso. Prueba.
Clavos de luna nos funden
mi cintura y tus caderas.
(Toda esta escena es violenta, llena de gran sensualidad.)



NOVIA.-

¿Oyes?

LEONARDO. –

Viene gente.

NOVIA:

¡Húye!

Es justo que yo aquí muera
con los pies dentro del agua
y espinas en la cabeza.

Y que me lloren las hojas,
mujer perdida y doncella.

LEONARDO.-

Cállate. Ya suben.

NOVIA.-

¡Vete!

LEONARDO.-

Silencio. Que no nos sientan.
Tú delante. ¡Vamos, digo!

(Vacila la NOVIA.)

NOVIA.-

¡Los dos juntos!

LEONARDO.-(Abrazándola.)

¡Como quieras!
Si nos separan, será
porque esté muerto.

NOVIA.-

Y yo muerta. (Salen abrazados.)



TEXTO DRAMÁTICO Nº 34 - La Marquesa Rosalinda (1)

Autor: Ramón María del Valle Inclán

Edición: 1961, Colección Austral

Editorial: Espasa Calpe

JORNADA SEGUNDA

AMARANTA

¡Marquesa Rosalinda, hay dos círculos rojos,
de amor o de dolor, en torno de tus ojos!

ROSALINDA

Me lavaré en la fuente, para que no los vea
mi galán. He llorado, y eso me pone fea.

AMARANTA

Si amor te hace llorar no le hagas acogida,
porque amor ha de ser primavera florida.

ROSALINDA

Mi amor corta sus flechas por huertos de rosales,
y cuando vuelan, cantan alondras matinales.

AMARANTA

¿Tus lágrimas entonces, qué las motiva?

ROSALINDA

Pues
los celos que esta luna le entraron al Marqués.
Pretende que me vista con saya de estameña,
y que me ponga tocas y espejuelos de dueña,
y que rece trisagios y suspire con flato.

AMARANTA

¡Pero se ha vuelto loco!

ROSALINDA

¡Siempre fue un mentecato!

AMARANTA

Recuerdo que otro tiempo le vendabas los ojos.

ROSALINDA

¡Nunca! Pero él sabía respetar mis antojos.
Se constipaba entrando en mis habitaciones,
sonaba en la tarima la caña y los tacones,



me besaba la mano... ¡Mirándose al espejo
todo lo comprendía! Y al encontrarse viejo,
me hablaba en su gabacho, llamándome de vos.

AMARANTA

¡Se ha visto al gentilhomme en el golpe de tos!
¡Bien dicen que Versalles de Francia sabe hacer
cortesano al marido, si es linda la mujer!

ROSALINDA

Pues de un brinco ha pasado con su borla de estoico
doctorado en Versalles, a castellano heroico.
¡Por mí, jamás temblara de su venganza!... Pero
tiemblo al puñal, que puede comprarse con dinero
para llevar la muerte a quien me da la vida!

AMARANTA

¿Tú sabes?

ROSALINDA

Sé que anda la traición escondida.

AMARANTA

Mientras tú no peligres, buena va la traición,
y el Santísimo Padre mejore la ocasión.

ROSALINDA

Si el corazón que adoro pasan traidores filos,
has de ver de mi pecho manar la sangre a hilos.
Me apagaré al suspiro de Arlequín, como luz
que apaga misterioso viento, al pie de una cruz.
¡El mismo golpe puede pasar dos corazones
Si en el pecho del uno tiene el otro prisiones!

AMARANTA

No dejes que se vaya el corazón de tuna.
Más que al rayo de sol teme al claro de luna.

ROSALINDA

Con un vuelo y un canto se remontó de mí.
No recuerdo si fue que le presté o le di.

AMARANTA

¿Y no has vuelto a sentirle?

ROSALINDA

A veces un momento...
Pero es cuando Arlequín me abraza en pensamiento.



AMARANTA

¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Deja que me santigüe!
¡Que le tengas en prenda y Arlequín lo atestigüe!
¿Te lo mima siquiera? ¿Lo salta en las rodillas?
¿Lo lleva galopando a las Siete Cabrillas?
¿Te lo canta, y lo mece con balancín de cuna?
¿Cuando llora, de un hilo le hace bailar la luna?

ROSALINDA

Lo lleva por los prados a cazar mariposas,
y lo explica el divino misterio de las rosas
y las aves. Le canta la canción de los pinos,
aprendida en el tiempo que iba por los caminos:
¡Cuando en tardes calinas, embriagado de azul,
se tornaban doradas cúpulas de Estambul,
Los viejos palomares, con palomos zahareños,
las torres derruidas, con nidos de cigüeños!
¡Cuando encantó las penas de su vivir errante,
el carro, con su lento vaivén alucinante.
Y el clarín de los gallos y el volar de las hadas
oía en el dormido corral de las posadas,
descubriendo el arcano secreto de las cosas
que parecen vulgares y son maravillosas!

AMARANTA

¡Vuelve en ti! ¿Con qué ensalmo podrás hacer coraza
seguro de la vida que el puñal amenaza?
¿No te ocurrió pedirle a armero de Milán
una cotilla para defensa del galán?

ROSALINDA

¡Espero que me raptel!

AMARANTA

¿Y el señor Arlequín
qué hace?

ROSALINDA

Lo medita sin decidirse al fin.
A mi ruego responde que el caballo cojea
Y que nos prenderían en la primera aldea.

AMARANTA

¡Raptada una Marquesa en carro de farsantes!
¡Saldrás en las historias para ejemplo de amantes!
Ciegos y bululúes cantarán tu rabona
en romances de jácara y en coplas de chacona.



ROSALINDA

Fue en Grecia donde un día, oyendo a las cigarras
entre espigas de oro y bajo verdes parras,
cantar, cantaba un ciego con ritmos soberano,
El divino romance de Elena y del Troyano.
¡Deja que mi alma vuele como una mariposa
que saliese del húmedo socavón de una fosa!
Mi alma, que de vieja se moría, Amaranta,
y que en dos leves alas ahora se levanta,
entregándose al soplo matinal de las brisas,
perfumadas de nardos y musical de risas.
Deja que se columpie en el rayo de luna,
y en el rayo de sol, y sobre la laguna,
y en todos los ramajes que dan sombra al jardín,
y en la capa y en los plumajes de Arlequín.

AMARANTA

Marquesa Rosalinda, que le hurtas al bufete
de Colombina, el naípe pringado en colorete,
qué meriendas tan ricas, de pan y de cebolla,
harás con la Farándula, si el carro no se atolla
en medio de una senda.

ROSALINDA

No te pongas prosaica.
Cuando cruzó el desierto con hambre y sed, la hebraica
tribu, la luna ahilaba en la noche serena,
Benéfico maná sobre la ardiente arena.

AMARANTA

¿Y esperas que del Cielo te llegue la merienda
en el pico de una paloma de leyenda?

ROSALINDA

Amaranta burlona, si la estrella de amor
nos alumbra la senda, un divino sabor
de miel, encontraremos en la hogaza centena
Que parta el mesonero al servirnos la cena.

AMARANTA

¡Cómo devana rayos de sol tu fantasía!
Debes probar a darte un baño de agua fría.

ROSALINDA

Fuentes, mares y ríos no calman mis afanes.
En las azules minas estallan los volcanes.



AMARANTA

Bien hace tu marido queriéndote llevar
a un convento.

ROSALINDA

¡Abrenuncio!

AMARANTA

¡Estás loca de atar!
Y he de hacerte un sermón de padre capuchino.

ROSALINDA

Deja girar al viento las aspas del molino.



TEXTO DRAMÁTICO Nº 35 - La Marquesa Rosalinda (2)

Autor: Ramón María del Valle Inclán

Edición: 1961, Colección Austral

Editorial: Espasa Calpe

JORNADA SEGUNDA

ARLEQUIN

Señora, levantad una punta del velo,
aunque haya de cegarme el sol de vuestro cielo.

ROSALINDA

Bien quisiera encubrir las huellas de mi pena.
He llorado esta tarde como una Magdalena,
y empañaron las lágrimas el brillo de mis ojos
que agonizan, sepultos en dos círculos rojos.
Apenas puedo entreabrirlos con la jaqueca,
y me he puesto en las sienes dos parches de manteca.

ARLEQUIN

¡Rosalinda!

ROSALINDA

¡Qué grito tan extraño!

ARLEQUIN

¡Señora!

ROSALINDA

Parece que me habéis reconocido ahora.

ARLEQUIN

Asombro fue, mi bella, al ver tu palidez
amante, y la divina claridad de tu tez.
¡Oh, Marquesa celeste, a un tiempo estrella y flor,
que de la Luna en Sirio tienes el resplandor!
Vuelve a hacer musicales las fuentes y las brisas
con el teclado armónico de tus divinas risas,
que enseñan la primera lección de sus escalas
al ruiseñor, cuando abre en el nido las alas.
Y tu mano lunaria, el esquife de plata
de mi ensueño, conduzca a oír la serenata
de las liras, enfermas de aquel celeste mal,
que el narigudo Ovidio llamó mal autumnal.



ROSALINDA

¡Galano discreto! Mas oye atentamente:
¿Cuántos años cumpliste?

ARLEQUIN

Los que dice la gente.
La edad de un comediante, Marquesa, no persigas.
Yo, como soy tu amante, tendré la que tú digas.

ROSALINDA

No juzgues mi curiosa pregunta inoportuna.
Te adoro, y por los dedos quería sacar una
cuenta. Saber el tiempo que aún seguirá clavada
en nuestros corazones la saeta dorada.
Porque llegó el momento de decirnos adiós,
o de pedirle al carro dosel para los dos.
Tu vida está en un hilo, y como soy sensible,
no hago más que llorar. ¡Me estoy poniendo horrible!
¿Arlequín, en qué piensas?

ARLEQUIN

Pienso en tus pobres huesos,
en los tumbos del carro por los caminos esos,
En el rodar constante de una aldea a otra aldea,
peregrinos que nunca llegamos a Judea.

ROSALINDA

Pues así no podemos seguir. A mi marido
le entró, un furor sangriento que nunca había tenido.
¡No sé qué mal de ojo le hicieron en España!
¡Es Castilla que aceda las uvas del Champaña!
¡Son los Autos de fe que hace la Inquisición!
¡Y las comedias de don Pedro Calderón!

ARLEQUIN

Yo mejor lo atribuyo al cambio de manjares:
¡La sobreasada de las Islas Baleares!
¡El marisco gallego, que es de tanto deleite!
¡Y ese queso manchego tan metido en aceite,
¡Y el de Burgos! ¡Y aquel vino rancio y espeso
que reclama la boca tras de morder el queso!
¡Y el jamón y los embutidos de los charros!
¡Salamanca con sus doctores y sus guarros!
¡Y Córdoba y Navarra! ¡Y Lugo y Candelario!
¡Y el pimentón, que en Francia es algo extraordinario!
¡Y el sol!



ROSALINDA

¿El sol?

ARLEQUIN

El viejo que canta entre las viñas,
que grana los racimos y el amor de las niñas;
que hace muecas burlonas a candiles y alcuzas,
en donde su latín aprenden las lechuzas;
que saluda a los vientos con doradas bocinas,
buceadas en el fondo de las azules minas;
que despierta a la mosca y a la cigarra alegre,
y es como un trampolín para la pulga negra;
que presta sus bordones al tábano en la fuente,
y el arco de la luna pone al toro en la frente;
que guía las estrellas por el azul del cielo
Y nuestro pensamiento por debajo del pelo.
¡El sol, el sol ha sido!

ROSALINDA

¡Acaso...! Porque el sol
también se anuncia en la frente del caracol.

ARLEQUIN

Pues que se pone rojo tu marido, soplando
en el cuerno de guerra, como un nuevo Rolando,
dispondré la carreta.

ROSALINDA

¡Te has convencido al fin!

ARLEQUIN

¡Huyamos, Rosalinda!

ROSALINDA

¡Huyamos, Arlequín!
A las nueve en la reja esta noche.

ARLEQUIN

Señora,
pues nos vigilan, hemos de ser cautos ahora.
suspendamos la cita y guardemos sigilo.

ROSALINDA

¡Sin verte me tendrás con el alma en un hilo!

ARLEQUIN

Dos puñales acechan en la sombra.



ROSALINDA

¡Ay de mí!
Los de dos valentones que en este sitio vi.

ARLEQUIN

¿También esos bellacos te intimidaron?

ROSALINDA

¡No!
¿Pero a ti? ¿Qué ha pasado? ¿Estás herido?

ARLEQUIN

Yo
llevó al cinto una espada, y estoy acostumbrado
a matar al amigo Pierrot, sobre el tablado.

ROSALINDA

¡Cualquier desgracia tuya me enfermaría de pena!
¡Adiós! Voy a las Madres, donde hago una novena.

ARLEQUIN

¿Suspiras?

ROSALINDA

Un recuerdo que el convento me envía.
Allí se queda una parte del alma mía.
Allí riega geranios y rosales mi Estrella.

ARLEQUIN

¡Nunca te hice el cumplido de que tu hija es muy bella!

ROSALINDA

¡Apenas una niña! ¡Ay! No la podrán ver
los ojos de su madre convertida en mujer.

ARLEQUIN

Parece una muñeca que llevase su Dueña,
regalo de los Magos a una reina pequeña.
Y al galán que la bese, le ocurrirá dudar
si ha de tomarla en brazos o se ha de arrodillar.
Marquesa Rosalinda, un rayo de juicio
me alumbró. Yo no acepto tu hermoso sacrificio.
¡Te debes a tu hija!

ROSALINDA

¡Calla, por compasión!
Mi hija va conmigo.



ARLEQUIN

¡Hola!

ROSALINDA

¡En el corazón!
Cecea a mis criados. Con tus palabras locas
el deseo me vino de ver volar sus tocas
en aquel locutorio de las Descalzas. Antes
a tu custodia quiero entregar mis diamantes,
mis áureas filigranas, mis zarcillos menudos
y mis claros joyeles y un puñado de escudos.
¡Adiós, señor mi dueño!

ARLEQUIN

¡Adiós, alondra de oro!
¡Que el mundo del ensueño me abres como un tesoro!
¡Adiós, dama encantada por los encantadores!
¡Señora de las rosas! ¡Dueña de ruiseñores!